



330614
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

INSTITUTO CULTURAL HELENICO 7

**ESTAMPAS VIRREINALES
EL TRAJE CIVIL Y LAS ARTES APLICADAS
EN LA VIDA COTIDIANA DE LA CIUDAD DE MEXICO
EN EL SIGLO XVIII**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
LICENCIADO EN HISTORIA**

P R E S E N T A

GILLERMINA SOLE PEÑALOSA



ASESOR : MANUEL GRAJALES

MEXICO, D.F.

2762.23
2000



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INTRODUCCION

"...la historia...hasta donde pueden llegar
mis recuerdos, siempre me ha divertido
mucho...Cuidémonos de quitar a nuestra
ciencia su parte de poesía.

Marc Bloch.

A partir de las primeras décadas del siglo XVIII, se empieza a sentir en el virreinato de la Nueva España el cambio por las Reformas Borbónicas (como el refinamiento en la organización del gobierno para impedir el despilfarro y por ende el mejor aprovechamiento de los recursos, la limpieza y ampliación de los espacios urbanos como medidas de higiene, la imposición del estilo neoclásico como ideal artístico que promovía la estabilidad espiritual en contraposición al barroco que implicaba la exacerbación de las almas, la prohibición de ciertas prácticas como los carnavales y cierto tipo de espectáculos que inflamaban lo que para la Ilustración eran los "bajos instintos" de la población, las ordenes para cambiar algunas prendas del ropajes por ser consideradas instigadoras de comportamientos carentes de civilidad, etc.), sin embargo, no por ello desaparecen muchas de las antiguas tradiciones que se habían ido gestando desde tiempo atrás (como el profundo mestizaje en los hábitos alimenticios, en el lenguaje, en las ropas y en las concepciones, la continuación del uso del barroco como forma que encuadraba en el esquema de la *psique* del novohispano, el tratamiento fuera del estricto protocolo entre las diferentes clases sociales, etc.).

Debido a esto, en el siglo XVIII confluyen tanto las ideas de rancia tradición así como las recién surgidas en la Ilustración. Los gobiernos virreinales hacen lo posible por actualizar el ámbito colonial no obstante, su éxito sólo alcanza ciertos niveles. Aunado a esto, la Nueva España alcanza su mayor esplendor económico, cosa que acentúa las diferencias sociales. Estos hechos provocan una mezcla de costumbres, ideas y formas a las cuales les podemos dar el nombre de barrocas (en *stricto sensu* barruecas, es decir, irregulares, desiguales).

La presente investigación se enmarcará en el siglo XVIII, con mayor énfasis en la segunda mitad de éste y se centrará en la Ciudad de México, por ser ésta el punto irradiador de ciertas formas que accedieron a gran parte del virreinato.

El punto focal del actual trabajo es la vida cotidiana de los habitantes de la capital novohispana y las artes aplicadas que estos últimos utilizaban, tanto para facilitar como para embellecer su diario devenir.

Cabe explicar el interés por abordar estos temas: primeramente pienso que, en general, cuando accedo al conocimiento de las artes aplicadas¹, observo que éste se centra en valiosos estudios monográficos y aunque son de gran importancia, las más de las veces los encuentro descontextualizados de la realidad que les dio vida. Por otro lado, ocurre que, al darse una visión de lo que fue la vida cotidiana de una determinada época, se omiten muchos de los aspectos formales que ayudaron a que esa vida fuera de tal manera.

¹ ARTES APLICADAS: son objetos que tienen un uso cotidiano como sillas, mesas, cajas, vajillas, ropajes, etc. pero en cuya elaboración va implícito un alto grado artístico.

El tratar de reconstruir en forma global un determinado modo de vida, además de ser interesante por sí mismo, puede dar claves sobre el comportamiento actual de una sociedad y sobre los orígenes de éste.

En el presente trabajo utilizaré como vehículo de acceso a la historia, a la clase pudiente novohispana. Las razones son, por un lado de carácter puramente práctico, y por el otro, basadas en planteamientos hipotéticos: las razones prácticas son que las artes aplicadas tienen ese rango por ser, no solamente elementos de uso cotidiano, sino que poseen un trabajo artístico de alta calidad, por esto mismo, sólo las clases con recursos económicos tenían la posibilidad de adquirirlos y hacer uso de ellos.

Por otro lado, y basándome en mi hipótesis, pienso que la élite novohispana, principal aprehensora de las formas de vanguardia, marcaba un determinado camino estilístico que sería seguido con más lentitud por el resto de la población.

Mi hipótesis se basa en la idea de que existen dos planos históricos, uno de corta duración, en donde estaría enmarcada la clase con recursos económicos y otro de larga duración en el cual se mueve el resto de la población. Es decir que las clases pertenecientes a la élite, por poseer los recursos suficientes, tienen la posibilidad de acceder al conocimiento de las nuevas formas y de apropiárselas a su conveniencia. Sin embargo, esta apropiación no permanece por mucho tiempo, sino que la dinámica subsiste y esa misma élite conoce poco tiempo después nuevas formas (que se están generando continuamente) y con sus recursos tiene la posibilidad de desplazar las ya antiguas y apropiarse de las que acaban de crearse. Esto sucede a nivel formal y también conceptual. Su permanencia es de corta duración.

Por otro lado, y aunque son contemporáneos a la élite, las clases con escasos o simplemente con menores recursos, no tienen la posibilidad, ni de conocer lo que se

está gestando, ni mucho menos de apropiárselo; más bien su modo de acceder a los nuevos modelos, es la observación continua de las clases que ostentan la vanguardia. Estas clases observadoras van adoptando con mayor lentitud los modelos, los van digiriendo y adaptando a sus propias necesidades, ideologías y tradiciones. Por no poseer los medios para adueñarse de las innovaciones, la adquisición de los nuevos modos es más lenta y éstos permanecen por más tiempo. Su historia es de larga duración.

Esto se puede observar tanto en formas de pensamiento, como costumbres, tradiciones, lenguaje, objetos de uso diario y manera de vivir. Es esta historia de larga duración la que crea la base de lo que se podría llamar formas culturales o el espíritu de un pueblo.

Asimismo, intentaré en esta investigación, entrelazar los conocimientos adquiridos de algunos de los espacios que abarca la cotidianeidad, para así poder formar una visión no esquematizada sino completa de una determinada realidad. Ciertamente este trabajo no pretende abarcar la totalidad del conjunto, sino que el objetivo será tratar de aprehender la mayor parte del espectro, a sabiendas de que siempre quedará algo por investigar. De esta manera se podrá probar la hipótesis de que las clases receptoras de ciertas influencias continúan con algunas formas y prácticas por períodos largos.

Presentaré esta investigación en forma de capítulos, cada uno llevará como título una idea que fungirá como hilo conductor de la narración, sin embargo debo aclarar que éstos títulos son sólo un pretexto para presentar una variada exposición sobre actos de la vida cotidiana y de los objetos empleados en ella.

Los capítulos no llevarán una secuencia cronológica, sino que cada uno girará alrededor de un determinado momento según el hecho que se esté abordando, sin embargo, dentro del mismo se hará una narración coherente con un principio y un final. Para aclarar un poco más lo referente a cada uno de ellos, presento aquí los puntos principales que trato:

LA MUY NOBLE Y LEAL E IMPERIAL CIUDAD DE MÉXICO SAECULUM DOMINAE XVIII. En este primer capítulo, como si de una obertura de ópera se tratara, haré una exposición global de cómo era la Ciudad de México durante el siglo XVIII y sólo haré breve mención de los temas que serán desarrollados en los capítulos posteriores. Con esto pretendo introducir a mi lector tanto al espacio y a la temporalidad como al ambiente del siglo que estoy trabajando y con esto tratar de captar su interés para proseguir la lectura.

UNA MAÑANA DE MERCADO. Como si fuera el inicio de una fiesta popular, este capítulo es el que reúne mayor colorido, movimiento y es en donde (como sucede en la realidad) confluyen las diversas clases sociales para proveerse de sus mantenimientos. Se mencionan los diversos mercados que había en la ciudad, los productos que ahí se vendían y las personas que los frecuentaban, tanto para comprar como para vender, así como para robar, cantar y bailar. Se habla asimismo, de los diferentes tipos de indumentaria que se podían ver en esos lugares y que, por ser tan distinta, aumentaba junto a las flores y frutos, el colorido que llenaba el ambiente.

LA HORA DEL CHOCOLATE. Aquí, el ambiente es más relajado y sosegado, ya que transcurre en el interior de una residencia señorial. Hablo de la forma que tenían estas casas, de las clases sociales que las habitaban, su indumentaria y los objetos y artes aplicadas que formaban parte de su diario devenir.

UN BILLETE PARA EL TEATRO. Este capítulo está estructurado en forma de obra del período del teatro clásico, es decir que tiene una "obertura" y posteriormente se presentan el primero, segundo y tercer acto, existiendo entre ellos los llamados entreactos con sus entremeses y sainetes. En cada una de las partes se da diferente información: una breve reseña de los teatros que hubo en la capital novohispana hasta mediados del siglo XVIII, cuando se inauguró el teatro llamado Coliseo Nuevo, el tipo de obras que se ponían en escena, la gente que acudía al teatro, la situación de los actores y el costo de las entradas. Toda esta información lleva el mismo ritmo que la obra teatral que transcurre en escena, puesto que el capítulo abarca dos tiempos: el primero (que debe considerarse como el tiempo real) que coincide con la duración de la obra teatral y el segundo, que es el que abarca diferentes momentos históricos y digresiones informativas y de supuestos interpretativos. En este capítulo trato de conservar constantemente la dinámica de lo que sucedía en escena, en la sala de espectadores, así como del momento histórico.

ESPARCIMIENTO Y REGOCIJO. En este capítulo trato sobre el descanso en forma de paseo que se procuraban los habitantes de la capital del virreinato. Se menciona la Alameda, el Paseo de Bucareli, Chapultepec, La Viga y el Peñón de los Baños. Menciono también la misa dominical, la higiene del día de fiesta, la indumentaria y a los Santos que protegían el diario devenir de los capitalinos.

TARDE DE TOROS. Aquí hago una exposición sobre una corrida de toros llevada a cabo en una fresca tarde de invierno en la Ciudad de México. Hablo acerca de los cosos, de los bureles, de las ganaderías, también de la fiesta, así como de los toreros, los espectadores y de la muerte.

El estilo literario que empleo es el de narración a manera de reseña costumbrista, utilizando un lenguaje coloquial (para dar el tono de la vida cotidiana) pero que, a la vez, recuerde la dinámica del lenguaje barroco y con esto ambientar el siglo que estoy tratando y darle al escrito una apariencia de palimpsesto.

Asimismo, aclaro que esta investigación está basada en datos fidedignos que se entrelazan con supuestos históricos para con ello estructurar cada estampa y darle una dimensión histórica. Es decir, que cada una de las estampas (capítulos) es una ventana que se abre a un determinado momento histórico y que aunque existe bastante de interpretación, ésta sólo se basa en supuestos lógicos, coherentes, reseñables y en muchos de los casos en experiencias vitales propias de cualquier hombre.

Con respecto al marco teórico que utilicé en el presente trabajo, es importante señalar que no está basado en una sola escuela teórica, sino que hice uso de los elementos que consideré necesarios para construir un discurso histórico fundamentado.

Es decir que existe una base de positivismo² en cuanto a organización de material, ubicación temporal y división de clases sociales. Por otro lado, se encuentra implícito en el texto la idea sobre la importancia de los recursos económicos dentro la dinámica histórica, sin plantear por ello que los ostentadores de los recursos estén en constante dialéctica con otros grupos.

² Al decir esto, me refiero a la escuela positivista creada por Augusto Comte en Francia en la primera mitad del siglo XIX. Cabe aclarar que no comulgo completamente con este parámetro teórico, ya que no me da la libertad que yo requiero para llevar a cabo mi investigación, sin embargo pienso que su metodología en cuanto a la organización del material investigado no ha sido superada. Trabajo de fichas organizadas por temas, por cronología y por autores. Asimismo, en mi investigación asumo los tiempos históricos según la división tradicional, es decir: Siglo XVIII, Ilustración, etc. y no empleo otras divisiones *verbi gratia* los Modos de Producción.

Pienso que la teoría metodológica a la que más me acerco es a la historiografía francesa, por el hecho de abordar la vida cotidiana y las formas materiales que predominaron en ella.

Los autores que representan mi principal fuente metodológica son: Hira de Gortari, Ruggiero Romano, Marc Bloch, María Alba Pastor, Daniel Roche y Leopoldo Zea, a los cuales citaré en mis conclusiones.

Con respecto a mi hipótesis, arriba mencionada, aclaro que tuve presente la premisa Braudeliense en cuanto a la idea de las diferentes duraciones de la historia, sin embargo mi tratamiento no implica el mismo proceso conceptual de Braudel.

En cuanto a la metodología práctica, diré que la actual investigación está basada en bibliografía histórica, teatral, de novela y de poesía. Además llevé a cabo investigación de archivo, así como análisis iconográfico tanto de retratos novohispanos, como de orombos, pintura de castas y pintura costumbrista de la época. Asimismo localicé la música de dos de los compositores más famosos de Nueva España en el siglo XVIII: Ignacio de Jerusalén y Manuel de Zumaya.

LA MUY NOBLE Y LEAL E IMPERIAL CIUDAD DE MÉXICO

SAECULUM DOMINAE XVIII

“No blasonen los Argivos las grandezas de la antigua Memphis, no los Thebanos la soberbia... Thebas, ni los Romanos las magnificencias... de Roma, pues si cada una de estas hermosísimas ciudades fué un assombro de los pasados tiempos por su riqueza... y hermosura, la noble, Imperial Ciudad de México parece que hace competencia a todas éstas...”³

Con el fin del siglo XVII termina en España una dinastía, una concepción del mundo y un proyecto de vida. Al quedar sin herederos la Casa de los Habsburgo, Carlos II último de los Austria, nombró a un francés para sucederle, este sería Felipe de Anjou de la familia Borbón y nieto del rey de Francia Luis XIV⁴.

Aunque lentamente, el cambio de dinastía fue provocando cambios sustanciales en España, cambios que también se verían reflejados en sus colonias de ultramar, no

³ Agustín de Vetancurt. *La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780). Tres crónicas*. México, CONACULTA, 1990.:191.

⁴ Carlos II Habsburgo murió el primero de noviembre de 1700 y le sucedió Felipe V Borbón en 1701. Así pues, coincide el cambio de dinastía con la entrada del nuevo siglo.

sólo a nivel conceptual sino también en otras esferas. Esto, provocado tanto por las guerras que libró la metrópoli (La Guerra de Sucesión Española y luego las rivalidades entre Francia e Inglaterra que hicieron que la península se viera envuelta en luchas transoceánicas) como también por la "revolución ilustrada", que aunque en España y sus colonias tuvo su propia digestión y una evolución menos radical, sí transformó el antiguo ritmo natural de la sociedad.

Nueva España "la perla" de las colonias españolas en América salía del siglo XVII en no muy buenas condiciones⁵. Esto se debía a que su desarrollo económico había sido sólo interno y a que la población, sobre todo indígena, había decrecido y además se habían dado numerosas pestes de viruela e influenza y motines como el de 1692.

El cambio de dinastía en España provocó una manera de pensar más "a la francesa" y aunque la Nueva España se tardó mas tiempo en encontrar su cauce, finalmente a partir de mediados del siglo, logró unos resultados formidables que la hicieron convertirse en el virreinato mas rico e importante de España, no sólo por la cantidad de plata que se extrajo de sus vetas (lo cual la hizo primera productora mundial y que su peso de plata mexicana se convirtiera en la primera moneda internacional⁶) sino también por su desarrollo agrícola y ganadero (en este siglo creció la exportación de materias primas) el auge que tuvieron sus ciudades, la exploración y posesión de

⁵ Josefina Z. Vázquez. *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano. El impacto de las reformas borbónicas*. México, Nueva Imagen, 1992.:109.

⁶ Marita Martínez del Río. "El peso de plata mexicano" en *El Galeón de Acapulco*. México, INAH, 1988.:98-104.

Cabe decir que durante el siglo XV se utilizó la moneda veneciana llamada *cequí*, y fue una moneda internacional ya que era usada tanto por venecianos como genoveses y árabes; sin embargo su uso sólo abarcó la zona del mediterráneo. En cambio el peso de plata mexicana, tres siglo después, fue utilizado en América por diversas colonias, en Asia (China, Filipinas) y por marineros ingleses, holandeses, españoles y portugueses.

nuevos territorios al norte, el aumento de población y el desarrollo intelectual de la clase criolla.

El siglo XVIII en la Ciudad de México es difícil de entender cabalmente ya que presenta mezclas y variedades en todos los niveles, que hacen del resultado algo un tanto confuso; por un lado convivían ideas del pasado (firmemente arraigadas en las mentes de los pobladores) con conceptos modernos y de la Ilustración. También era usual que en un mismo lugar se pudiera observar a familias inmensamente ricas⁷ junto con individuos indigentes y de una pobreza aberrante, los suntuosos palacios se erguían entre calles encharcadas; la primera Universidad de América y los colegios de valía coexistían al lado del tenebroso Palacio de la Inquisición que todo lo censuraba y lo volvía oscuro, y los espíritus amplios que promovían cierta igualdad entre los seres y ponderaban los efectos de la educación emancipadora tenían que compartir la geografía con individuos retrógrados que todavía no estaban muy seguros de que los indios y negros fueran completamente humanos.

Muchos han querido ver en el México del XVIII un completo despertar a la Ilustración. Sin embargo, y teniendo en cuenta que es imposible aplicar un modelo conceptual a todo un siglo y a diversos ámbitos territoriales y que el hacerlo nos lleva a simplificaciones, pensamos que la Muy Noble y Leal Ciudad no dejó de ser barroca en todo el siglo (y a nuestro juicio no ha dejado de serlo) y un escenario para la "fastuosa teatralidad"⁸.

⁷ Humboldt menciona que en la América española las cabezas de familia más ricas se encontraban en la Nueva España y dice que las familias ricas de Caracas podían percibir una renta anual de diez mil pesos, las de la ciudad de Lima no subían de los cuatro mil, las de La Habana treinta mil y en cambio en la Nueva España podía haber sujetos que tenían una renta de doscientos mil pesos fuertes anualmente. Alejandro de Humboldt. *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. México, Porrúa, 1973.:83.

⁸ Fernando Benítez. *La ciudad de México*. México, Salvat, 1982.:38.

Mientras la ideología ilustrada tenía una inquebrantable fe en la razón del hombre, en la realidad práctica novohispana tanto el poder religioso como el civil ponían coto a la libertad de pensamiento. Mientras en teoría se pugnaba por el bien común mediante la iluminación de las grandes capas del pueblo, la mayoría vivía en la oscuridad y la desigualdad. Y la idea de que una educación adecuada liberaría las mentes de la ignorancia y la superstición y que con esto se lograría que la miseria y la opresión desaparecieran y se creara una mejor sociedad, no solamente no fue discutida, sino que incluso se alentó toda la parafernalia de supersticiones que rodean el culto católico.⁹

La Ciudad de México era el perfecto escenario barroco para la plata y la manteca, la seda y el harapo, el palacio y el lodazal, el blanco y el pardo; sin embargo, en este confuso caldo, sin aparentes fronteras y con jirones de distintas ideologías se creó una muy propia riqueza conceptual que le dio, a pesar de sus males, una personalidad muy suya y distintiva.

Durante el siglo XVIII la Ciudad de México creció en extensión desde lo que fue la llamada traza, que sólo abarcaba unas cuantas cuadras alrededor de la Plaza Mayor, llegando a finales del segundo tercio de siglo por el poniente hasta las cercanías del Paseo de Bucareli, por el norte al rumbo del Colegio de Santiago, por el oriente hasta La Candelaria y por el sur hasta el Convento de San Antonio Abad¹⁰.

Ya en este tiempo los barrios de indios situados en los suburbios de la primera ciudad colonial habían sido tragados por el crecimiento de ésta. Así pues, a diferencia de como se había estipulado en el principio, los blancos vivían en los mismo barrios que

⁹ Ma. Alba Pastor, *et al. Aproximaciones al mundo barroco latinoamericano*. México, UNAM, 1992.:7-

los indios y las castas; además, estos últimos, ya fuera porque se ocupaban de servicios domésticos¹¹ o para vender sus mercaderías, se afincaban dentro de los límites de la ciudad.

Antes de las reformas llevadas a cabo por el virrey Revillagigedo en las postrimerías del siglo, las calles de la ciudad de México mostraban un aspecto contrastante, pues si bien la capital podía vanagloriarse de poseer iglesias y conventos de magnífica obra, suntuosos palacios y plazas soberbias, en contraposición, sus calles presentaban un pésimo aspecto ya que carecían de adoquín, banquetas y la basura flotaba en medio de charcos de lodo fétido; todo esto, aunado a la congestión que causaban los coches¹², caballos y mulas, hacían que el tránsito por la ciudad fuera una hazaña de la que pocos salían limpiamente librados.

Durante el siglo XVIII se construyeron muchos edificios y se remodelaron otros, esto acrecentó el carácter señorial de la ciudad, como el edificio del Cabildo en 1724, la Real Aduana en 1740, la casa de Moneda en 1734, el inmueble de la Inquisición en 1736, el Colegio de San Ildefonso hecho por los jesuítas antes de su expulsión en 1749, el siempre laico Real Colegio de San Ignacio, llamado comúnmente de las Vizcaínas en 1767 y los palacios de la nobleza como el del Marqués de Jaral de Berrio, el de los Condes de Santiago de Calimaya, el conocido como de los Condes de Heras y Soto y la casa de campo de los Condes del Valle de Orizaba, mejor conocido como

¹⁰ Tomado del plano de la ciudad de México en 1776, hecho por el conde de Tepa. *Planos de la ciudad de México*. México, Salvat, 1976.

¹¹ En el censo efectuado en la ciudad de México en 1750, el Marqués de Jaral de Berrio tenía 15 sirvientes y los Marqueses de Uluapa 14. Generalmente el servicio se componía en su mayoría de indios, a veces también algún mestizo y tal vez unos cuantos esclavos. Las más de las veces, el servicio vivía en la casa en donde servía o sí no en las cercanías. Leonor Cortina. *Artes de México* dedicado al "Centro Histórico de la ciudad de México" Nueva Epoca, invierno de 1993.:52.

¹² Para los tipos de coches *Vid infra* :95.

Mascarones.¹³ De estos últimos, su palacio de la ciudad fue totalmente remozado y recubierto de azulejos y de pilastras estípites, paradigma del estilo churrigueresco.

Cabe mencionar que los palacios particulares tenían en sus bajos, es decir, en la planta que daba a la calle, tiendas, tendajones y a veces figones e incluso cantinas¹⁴. Tal situación se daba, ya porque el dueño del palacio (conde, marqués o simplemente adinerado) tenía tierras con determinadas producciones que vendía, o también porque el mantenimiento del palacio era enorme y las rentas ayudaban a sostenerlo¹⁵.

También el Palacio Real tenía tiendas y puestos, no sólo en sus bajos sino dentro de sus patios; de hecho la Noble e Imperial Ciudad era un inmenso mercado en donde fácilmente se veían puestos con frutas, dulces o fritangas.

Además de palacios públicos y privados, a mediados de siglo la ciudad contaba con varios mercados, entre ellos el Parián y el Baratillo (en donde se podían encontrar desde productos de la propia tierra hasta maravillas de seda y porcelana del oriente y manufacturas de Europa) seis colegios de estudios superiores, una universidad, 25

¹³ Afortunadamente todos estos edificios todavía existen y su ubicación es: el Cabildo es la actual sede del gobierno de la ciudad y está en la Plaza de la Constitución llamada Zócalo. La Real Aduana se encuentra en la Plaza de Santo Domingo al igual que el edificio de la Inquisición que posteriormente fue la escuela de Medicina de la Universidad Nacional. La Casa de Moneda se encuentra en la calle de Moneda. San Ildefonso, después de ser por mucho tiempo la primera escuela preparatoria, es ahora museo y pertenece a la Universidad Nacional, se encuentra entre las calles de Justo Sierra y San Ildefonso. La casona de los marqueses de Jaral de Berrio se conoce ahora como Palacio de Iturbide, es museo y está ubicado en la calle de Madero. El de los condes de Santiago también es museo y está en la calle de Pino Suárez. El palacio que se conoce como de los condes de Heras y Soto está en la esquina de Donceles y República de Chile, es ahora el Archivo de la Ciudad de México. Y la casa campestre de los condes del Valle de Orizaba, es decir Mascarones, se ubica en la calle de San Cosme.

¹⁴ Leonor Cortina. *Op.Cit. passim*.

¹⁵ En sus investigaciones, Ladd menciona que aunque inmensamente ricos, los nobles mexicanos vivían en déficit ya que su tren de vida los sobrepasaba. Doris Ladd. *La nobleza mexicana en la época de la Independencia, 1780-1826*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

conventos de religiosos y 22 de monjas, 12 hospitales para diversas enfermedades¹⁶ e infinidad de cantinas, figones, pulquerías y vinaterías.

La vida se hacía en las calles, los tendajones incluso las invadían y así pues no era difícil que las reses se mataran y desollaran en plena vía pública enfrente de las carnicerías¹⁷, ni que las vacas permanecieran amarradas a las puertas de las lecherías esperando ser ordeñadas, ni que los parroquianos se reuniesen alrededor de cantinas para beber y charlar (que al calor de los vapores etílicos, fácilmente devenían las disputas y hasta la muerte).

Al haber tantos conventos e iglesias, es lógico pensar que las campanas llenaran con su sonido el aire de la ciudad, sonido que se mezclaba con los murmullos de la muchedumbre, el clamor de los pregones y los chillidos de peleoneros y vendedores. La ciudad de México podía ser incómoda y sucia pero nunca aburrida, entre el gentío cruzaban los coches, sillas de manos (a pesar de la prohibición desde 1579 de no usarlas utilizando a indios como cargadores), estufas¹⁸, mulas y caballos, además de las carretas de carga.

Como es sabido la población novohispana era un mosaico racial, existían las llamadas "razas puras", es decir blancos (que realmente eran españoles ya fueran peninsulares o nacidos en América, puesto que existían restricciones para la entrada de otros europeos), indios y negros y las diferentes castas, desde el mestizo hasta el "tente en el aire", que en total sumaban cincuenta y tres¹⁹. En teoría, cada una de estas clases

¹⁶ Juan de Viera. *Breve y compendiosa narración de la ciudad de México*. México, Instituto Mora, 1992. *Passim*.

¹⁷ Juan Pedro Viqueira. *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.:134.

¹⁸ *Vid infra* :22.

¹⁹ Ma. Concepción García Sáiz. *Las castas mexicanas. Un género pictórico americano*. Milán, Olivetti, 1990. *Passim*.

tenía un lugar determinado dentro de la sociedad puesto que así lo marcaban las ordenanzas y las costumbres; sin embargo, en la práctica se veían mezcladas y sólo se diferenciaban por el color de la piel y la forma de vestir.

Tal sería el caso en cuanto a las diversiones en la ciudad de México que podían ser desde paseos en coche por la Alameda²⁰, el Paseo de Bucareli (flamante paseo de tipo francés construido por el virrey Antonio María de Bucareli y Ursúa, de quien tomaría su nombre posteriormente), el canal de La Viga, en el cual se hacían travesías en barca al atardecer con serenata y todo, San Agustín de las Cuevas (hoy Tlalpan) o el pueblo de San Cristóbal de Romita. También se acostumbraba ir al islote del Peñón, sitio en donde había aguas termales y unas construcciones, que eran pequeñas casas completas para toda una familia, en donde las personas tomaban baños curativos²¹.

Por supuesto no podían faltar las corridas de toros, que aunque los gobiernos ilustrados trataron de suprimirlas por ser un espectáculo "bárbaro y cruel", el arraigo tan profundo que tenían en la gente lo impidió, ya que hasta los arzobispos tenían sus apartados en barrera de sombra²².

También se lidiaban gallos (diversión importada de Filipinas desde finales del siglo XVI). El palenque más importante se encontraba frente al palacio de los Mariscales de Castilla, en el lugar llamado Puente de la Mariscalá. Se jugaba sobre apuesta y había jueces que cuidaban tanto del buen comportamiento de la concurrencia como de que las gestiones tuvieran un buen final. Durante las mañanas se utilizaba el mismo recinto para

²⁰ Durante el siglo XVIII a la Alameda se le puso una barda de cedro pintado de verde; esto fue para impedir que los vendedores ambulantes y los "indios encuerados" tuvieran acceso a ella y la "afearan".

²¹ Juan de Viera. *Op.Cit.*:113.

²² Juan Pedro Viqueira. *¿Relajados o reprimidos? Op.Cit.*:37.

prácticas de esgrima con "florete de espada y daga, espada sola y juego de sable"²³, pues aunque los duelos se habían prohibido desde 1722, había que estar preparado para cualquier eventualidad.

Además de las apuestas de gallos, también las había de naipes y dados, que junto con la Real Lotería podían sacar de aprietos a los afortunados ganadores, gracias a la pecunia recibida. Si Birjam no sonreía, siempre se podía contar con el Monte Pío, instituido en 1774, por el noble minero Don Pedro Romero de Terreros, Conde de Regla.

La diversión por excelencia de los ilustrados fue el teatro, que además contaba con un nuevo y cómodo recinto, el Nuevo Coliseo estrenado en 1753, en donde se veía a actores nacionales y extranjeros (ciertamente españoles) y se podía disfrutar de los más recientes éxitos llegados de España.

La costumbre europea de los cafés no estaba implantada en el gusto novohispano; la gente de posición prefería tomar chocolate en sus casas al caer la tarde y los pobres tenían que conformarse con su atole de agua cuando pudieran. Sin embargo, lo que sí había era neverías²⁴, que pertenecían a su bondadosa majestad, adonde llegaba todo tipo de gente, desde los de a pie hasta altas señoras veladas en sus coches cubiertos, las cuales mandaban que les llevaran a su vehículo la refrescante golosina, ya que su "alcurnia" no les permitían tan bajos menesteres como el "hacer cola".

En cuaresma había fiestas populares como la de moros y cristianos, en donde algunos se disfrazaban de blancos y otros de negros y se arriaban a golpes de espada de palo. También solían darse mascaradas; ahí los hombres se vestían de féminas y

²³ Juan de Viera. *Op.Cit.*:100.

²⁴ Juan de Viera. *Op.Cit.*:134.

viceversa, bailaban y cantaban procazmente. Este tipo de verbenas fue desapareciendo en el transcurso del siglo ya que irritaban a las mentes racionales de la Ilustración, tan es así que casi no subsistieron al cambio de siglo.

Los más pobres y los niños se divertían volando papalotes de todas formas y colores: estos juegos también fueron prohibidos ya que se volaban desde las azoteas de las casas y hubo muchos desbarrancados.²⁵

Don Juan Vicente de Güemes Pacheco y Padilla, segundo conde de Revillagigedo, tomó posesión como Virrey de la Nueva España el 17 de octubre de 1789. Su mente ilustrada no quedó en la palabra sino que hizo práctica la teoría y con eso hermoseó y saneó la Ciudad de los Palacios.

El virrey Revillagigedo limpió de ambulantes la ciudad y remodeló el Palacio Real dejándolo como residencia virreinal y centro de gobierno. Mandó empedrar y embanquetar las calles poniéndoles a todas nombre. Quitó el cementerio de Catedral y lo repuso en los suburbios. Prohibió que se tirara basura en las calles y acequias y que se desalojaran "las aguas" desde las ventanas e implementó un servicio de limpia que consistía en un carretón tirado por mulas que pasaba a recoger la basura tres veces a la semana avisando su llegada con sonido de campana.

Ordenó que cada casa mantuviera un farol en la puerta para así tener las calles alumbradas; además organizó una guardia nocturna que recorría las calles de la ciudad con un farol dando la hora y el informe meteorológico, si llovía, si estaba ventoso o si todo permanecía sereno. Durante su regencia, la Muy Noble tenía 12 barrios, 90 plazas

²⁵ María del Carmen Velázquez. "El despertar ilustrado" en *Historia de México*. México, Salvat, 1978. Tomo 7:1451.

355 calles, 148 callejones, 28 posadas, 3389 casas y dos acueductos que provenían de agua buena a la población.

La ciudad de México terminó el siglo muy pulidamente, aseada y ordenada pero sin haber perdido su carácter; además contaba con su propia patrona, La Emperatriz de América "María Santísima Nuestra Señora de Guadalupe único asilo de todos los americanos, refugio universal...Escudo, torre y baluarte de toda la América. Atalaya firme, ins de paz, áncora de nuestra esperanza..."²⁶ quien había sido nombrada patrona de la ciudad el 27 de abril de 1737 y del virreinato diez años después y que a lo largo del siglo XVIII cobró una gran fuerza y consolidó la idea de nacionalidad mexicana. De hecho a principios del siguiente siglo, Humboldt menciona que los criollos tenían a mucho orgullo llamarse americanos naturales de la América Septentrional.

En este escenario barroco, pletórico de colores, sonidos y olores, se desenvolvía una sociedad vanopinta, que hablaba un español con "eses" y "zetas", con nahuatlismos tlalpaleros y cadencias yorubas, que se enorgullecía de su americanidad como reacción a su propia subestimación.²⁷ Una sociedad creativa, que navegaba entre su esencia barroca y sus ansias de ilustración, entre plata, corrupción, sudor y delirios de grandeza.

²⁶ Juan de Viera. *Op.Cit.*:116-117.

²⁷ El tema de la subestimación del mexicano es materia de un estudio más amplio y podría ser sumamente interesante, ya que se pueden encontrar sus raíces desde el complejo de inferioridad que sufrieron los aztecas como pueblo cnichimeca frente a la cultura heredada de los toltecas que tenían los pueblo antes arraigados en el Valle de México, aunado al trauma que ocasionó la Conquista y la Leyenda Negra que sufrieron los españoles mismos. Además, se debe recordar que la sociedad novohispana quedó constituida rápidamente por diferentes razas y jerarquías, que competían entre ellas por demostrar su valía y su honor. Fue esta subestimación la que hizo que en el siglo XVIII, los novchispanos de mayores recursos, buscaran todo el bagaje cultural, histórico y de tradiciones que pudieran encontrar en su cosmos, para así sustentar su propia grandeza.

UNA MAÑANA DE MERCADO

“...hai innumerables puestos de tiendas, de legumbres y semillas, de azúcares y panochas, chancaca de carnes salpresas o acecinadas...”²⁸

Por su ubicación a gran altura y por estar emplazada en una cuenca, las Ciudad de México posee una inmovilidad atmosférica fuera de lo común. Esto hace que, cuando el ambiente está limpio (cosa que siempre sucedió en períodos anteriores al siglo XX), se logre una visión nítida y cristalina a gran distancia. Así pues, los amaneceres durante el siglo XVIII en esta ciudad eran de una belleza inusitada; el cielo de un azul intenso, el aire transparente, la nieve de los volcanes legendarios teñida de rosa y la luz del sol de tal intensidad, que hería los ojos.

La ciudad despertaba al alba y en seguida sus sonidos quebraban la quietud, las campanas llamaban a misa, las carretas rodaban lentamente mientras sus ejes rechinaban y chapoteaban por las calles todavía húmedas. Las personas barrían sus casas, sacudían la ropa y vaciaban las bacinicas por las ventanas al grito de ¡aguas!, regaban las macetas y sacaban las jaulas de pájaros, zenzontles, calandrias o suchiltotoles, que ya para esos momentos habían empezado sus gorgoros.

A esas horas se reiniciaba el pulso del centro neurálgico de la ciudad, su Plaza Mayor. La Catedral abría sus puertas e invitaba a las oraciones matutinas, en el edificio del Cabildo comenzaban a pulular hombres de librea, el Palacio Virreinal se aprestaba para sus actividades diarias y los mercados desplegaban sus productos y riquezas en medio de gritería, saludos y Ave Marías.

En los hogares se planeaban las comidas del día, atole y panochas o tal vez tamalitos de camarón para la mañana, para el medio día cecina de cabro y chichicuilotes en adobo y para las mesas finas conejo, venado o codorníz, todo hecho con recetas venidas de Europa, puesto que desde que el virrey don Carlos Francisco de Croix, marqués de Croix impuso la moda francesa en el comer²⁹, las nobles familias se cuidaban de degustar *soupe, poisson y viande*, aunque acompañado de tortillas recién hechas y salsas de guajillo o chipotle.

Las mujeres mestizas de posición media y las criadas de las grandes familias salían temprano a “la plaza” (nombre con el que designaban genéricamente a los mercados, ya que estos siempre se ubicaban en ellas) puesto que había que aprovechar la mejor calidad de los productos, antes de que se acabaran o marchitaran.

A excepción de las *chichihuas*, que eran las amas de leche y que generalmente eran indias, la servidumbre era de color quebrado y vestía de mestiza³⁰. Así, podían verse mujeres ataviadas con polleras de algodón, ahuecadas con bajo faldas de fieltro, llamadas castores y enaguas de olanes. Para completar el atuendo, usaban camisas

²⁸ Agustín de Vetancurt. *Et al. Op.Cit.*:211.

²⁹ Agustín de Vetancurt. *et al. Op.Cit.*: 135.

³⁰ En la ordenanza del 31 de julio de 1582, se prohibía que las mestizas, negras o mulatas vistieran como las indias, sus vestidos debían ser a la española bajo pena de prisión y de cien azotes públicos además de la multa de cuatro reales. Luis González Obregón. *Las calles de México*. México, Patria, 1983.:245.

blancas de algodón y rebozos³¹ multicolores, que se dirigían a abastecerse de las vituallas y productos necesarios: el mejor pan en la calle de Balvanera, los cigarros del señor de la casa y los cigarritos de la señora, en las tabaquerías del callejón de Portacoeli y en la calle de Tacuba los cacharros de cobre que hicieran falta en la cocina.

El trayecto debía hacerse con cuidado y sin distracciones para evitar accidentes, pues al haber tantos carros y estufas³² conducidos insolentemente y sin precaución por lacayos de librea que, sabiéndose protegidos por sus encumbrados patrones, asustaban y atropellaban causando muertos y heridos frecuentemente³³.

Amén de las precauciones requeridas y ante tanto cargamento de compras, las criadas y demás mujeres que iban "de plaza" podían necesitar ayuda. En estos casos algún indio, descendiente directo de los antiguos *tamemes*, podía hacer la faena de llevar a cuestas toda la compra del día, a cambio de una macuquina de plata³⁴.

Los indios que, desde principios de la etapa colonial habían sido protegidos por las leyes del reino (por lo menos en lo escrito), habían vivido en barrios especiales en la periferia de la ciudad y nadie podía vestir como ellos.

Esto fue relativamente cumplido en los primeros tiempos, pero ya para el siglo XVIII, el barroquismo citadino había cundido en todas las esferas. Al crecer la ciudad, los barrios indios quedaron incorporados a la traza urbana. También el aumento de la

³¹ El paño de rebozo era un lienzo que servía para embozar los hombros, cabeza y parte de la cara..

³² Coches elegantes cubiertos, los había de gala y de media gala, podían estar tapizados por dentro con terciopelo o paño y por fuera los había doradas o color madera. Generalmente eran por dos o cuatro caballos o mulas ricamente enjaezadas.

³³ Hipólito Villarreal. *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España*. México, CONACULTA, 1994.:180-182.

³⁴ MACUQUINA- monedas de forma irregular hechas con el método "de molino" podían ser de 4 u 8 reales, se utilizaron durante los dos primeros siglos del período colonial. Posteriormente fueron desapareciendo ante las bellas monedas acuñadas con el moderno sistema "de volante", que las hacía de formas perfectas. Aunque una ordenanza de 1728 prohibió la circulación de las antiguas monedas macuquinas, no fue sino hasta 1772 cuando realmente se ordenó recogerlas. Antes de este tiempo, se

población hizo que las demás personas buscaran viviendas en donde las hubiera, no importando quien fuera el vecino.

Todo esto hizo que los indios que vivían en la ciudad o que tenían contacto cercano con ella, modificaran algunas de sus costumbres como las del comer, el hablar y el vestir. Así pues, aunque en términos generales la vestimenta india continuó con la tendencia esencial prehispánica, ya para el siglo XVIII se observan una serie de innovaciones.

Las principales prendas masculinas prehispánicas ya habían desaparecido de la Muy Noble y Leal en el Siglo de las Luces, como el *maztlatl*, (especie de taparrabos) y la *tilmatli*. Sin embargo, los *cactli* seguían en uso y ya se llamaban huaraches. Las partes que componían la indumentaria india dieciochesca eran: el calzón de tipo español, pero hecho de manta de algodón, sin botones ni hebillas y sobre los hombros una especie de jerga rectangular que recordaba el corte de la tilma, pero con un orificio en medio para meter la cabeza. Esta jerga estaba hecha en casa por los mismos indios y se tejía en telar español de pedales.³⁵

siguieron usando como monedas de bajo valor. José Manuel Sobrino. *La moneda mexicana. Su historia*. México, Banco de México, 1972.:38-39.

³⁵ En muchos sentidos los indios tenían una serie de prerrogativas dentro de la ley. Por esto podían hacer sus propias ropas y venderlas sin estar agremiados, esto les permitía quedar exentos de impuestos y no estar sujetos a los precios estipulados. "ORDENANZA DE SAYALEROS" (11 DE JULIO DE 1771): En conformidad de lo pedido por nuestro procurador mayor, quedan libres y exceptuados de estas ordenanzas los indios, para no embarazarles el que libremente puedan hacer sus tejidos, como lo han hecho aquí los de Texcoco y otros países sin cuenta ni regla por la comodidad de los precios a que los venden y no impedirles su modo de buscar su mantenimiento y pago de reales tributos". Francisco Santiago Cruz. *Las artes y los gremios en la Nueva España*. México, Jus, 1960.:21.

Durante este siglo, los indios tomaron la costumbre de pelarse el cabello en forma de casquete corto redondo con flequillo y dejarse dos mechones de pelo largo a cada lado sobre las orejas. Desde entonces recibieron el sobrenombre de "pelados".³⁶

Las mujeres ya con la ayuda necesaria, tenían que abastecerse ahora de los alimentos para el día, y la Plaza Mayor era el mejor sitio, ya que abundaban los puestos con innumerables productos de la tierra: podría ser pescado, ya fuera guachinango, jorobado o anguilas y también gallinas, además de un lechón para la cena (los nobles estómagos tenían muy buena capacidad, además de que en las casonas vivían muchas almas) y para los postres, frutas como zapote mamei, chico zapote o zapote negro, también chirimoyas y piñones de Cambrai³⁷. Por último, no había que olvidarse de comprar, en alguna de las muchas cacahuaterías que había en la ciudad, la dotación necesaria de chocolate para preparar la espumosa bebida que se consumía cada tarde en las alegres tertulias de las familias acomodadas novohispanas.

Al terminar la compra y antes de regresar a casa, los viandantes solían dejar una luz de veladora frente a una imagen de un *Ecce Homo*³⁸ patrono de los vendedores, que estaba en el Portal de Mercaderes, ya que con esto podrían augurarse la bendición divina para el camino.

³⁶ Seguramente de ahí viene el epíteto tan usado por las clases acomodadas hacia las personas que cometían una grosería, así como no se ha desarraigado el estúpido concepto de "indio" como sinónimo de incultura, torpeza o tontería.

³⁷ Agustín de Vetancurt. *et al. Op.Cit.* :285-287.

³⁸ "En medio de él está un nicho con una hermosísima Ymagen de una antigua pintura de un Ecce Homo, de dos varas y media, bajo de un cristal en su marco de plata maciza, en cuja presencia arden todos los días muchas luces..." Agustín de Vetancurt. *et al. Op.Cit.*:197.

En el cuadro titulado *Salida en Público del marqués de Croix*³⁹, se puede ver claramente que los mercados de la Plaza Mayor eran el paradigma del barroquismo, no sólo por la cantidad de puestos multicolores repletos de todos los productos que pudieran satisfacer cualquier capricho culinario, sino por la gente que mercaba en ellos. Este óleo nos muestra puestos ordenados por especialidades, en donde las indias, sentadas en el suelo y vestidas con falda de enredo, huipil con mangas y rebocillos doblados en rectángulo sobre la cabeza⁴⁰, vendían clamando con su acento náhuatl, sobre las excelencias de las frutas, legumbres y verduras de sus hortalizas. También vendían, en puestos de alegre colorido con techumbre de petate para ampararse del sol, panes, tortillas y fritangas, casi todo producido por ellas mismas.

Los mestizos, demasiado incorporados a la dinámica ciudadana y sin protecciones especiales del gobierno que les otorgara una parcela, difícilmente podían producir y tampoco estaban en condiciones de comprar un cajón permanente en el mercado, así que para subsistir, ambos sexos de esta casta se dedicaban a la venta ambulante de productos de poca monta. Así se les ve en este cuadro, vendiendo retacerías de diferentes telas, cestas, loza barata, cintas de terciopelo y lazos de colores, peines de poca calidad, sombreros y piezas de gamuzas, granos de mediana categoría, maíz quebrado (que era el que consumían las personas de pobres recursos) y harinas. Sus

³⁹ *Salida en Público del Marqués de Croix*. Óleo sobre tela, anónimo del siglo XVIII. Museo Nacional de Historia del Castillo de Chapultepec. El nombre "salida en público" era el utilizado cada vez que algún virrey salía a la calle, lo cual hacía escoltado de numerosos cortesanos y guardias de corps.

⁴⁰ Durante el siglo XVIII el traje indígena femenino en las ciudades se había transformado enormemente, los huipiles ahora llevaban mangas y se les aplicaban encajes y olanes de manufactura europea. Además las indias solían ir enojadas con varios hilos de perlas y corales y en los dedos llevaban anillos de plata o de tumbaga. Viera menciona que todas las mujeres usaban tantas alhajas que no se distinguía a la plebeya de la señora: "En los Paseos no se distingue cuál es la mujer de un conde ni cual la de un sastre". Agustín de Vetancurt. *et. al. Op.Cit.*:257.

ropas son desiguales, pues si bien algunos hombres portan ya la moda dieciochesca de casaca y tricomio, muchos otros siguen llevando capa larga y chambergo.⁴¹

Los españoles comerciantes, en cambio, podían ser muy ricos u oscilar en la medianía, podían ser intermediarios de productos de fina manufactura o maestros fabricantes pertenecientes a algún gremio.⁴² Los vemos dueños de sus cajones en el Parián, vestidos de calzón, camisa, chupa y casaca de mediana categoría, a veces llevando el cabello recogido y sujetado por una red, y vendiendo objetos como ropa confeccionada⁴³, loza fina, magníficas telas, muebles y todo lo que cualquiera que tuviera pesos de plata en la bolsa quisiera comprar.

Entre los compradores y viandantes la gama aumenta, pues había desde señores de buena posición con hermosas casacas y espadín al cinto, negros libertos en andrajos conviviendo con indios *tamemes*, pordioseros y tullidos de lastimoso aspecto, músicos y tonadilleros, guardías de florete y clérigos de sotana que escandalizados huían ante las coplas indecentes de los guitarristas y cantadores.

⁴¹ La capa española larga se usó en España desde el siglo XVI y fue prenda indispensable para los embozados, ya fueran ladrones, enamorados, espías o duelistas. El chambergo fue una evolución española del sombrero de ala ancha muy propio del siglo XVII (como los usados por los mosqueteros) y también servía para ocultar el rostro. A raíz de las reformas modernizadoras llevadas a cabo por el gobierno Borbón en España, a mediados del siglo XVIII se prohibió el uso de ambas prendas con el fin de evitar que los portadores escondieran su identidad a la policía y así evitar robos y duelos. Esta prohibición fue la mecha que encendió el polvorín, ya que además de la escasez de alimentos y los problemas políticos, el hecho de querer cambiar de golpe la usanza del vestir provocó el gran descontento que desembocó en el motín de 1766 de Esquilache. El rey derogó esta prohibición: sin embargo, el chambergo cayó en desuso cuando se ordenó que los verdugos usaran este tipo de sombreros durante las ejecuciones. En la Nueva España podemos ver, gracias a los cuadros de castas, que el uso de la capa larga y del chambergo para las clases de medianos recursos, continuó hasta las postrimerías del siglo XVIII. R. Dalmau. *Historia del traje*. Barcelona, Jover, 1947, Tomo II:370.

⁴² Francisco Santiago Cruz. *Las artes y los gremios en la Nueva España*. México, Jus, 1960.:19.

⁴³ Existían sastres españoles y criollos que estaban inscritos en el gremio de Agujeros y hacían ropas tanto de mediana clase como verdaderas obras de arte para la clase adinerada. Estas ropas, cuando eran de mediana categoría, se vendían ya confeccionadas en los mercados y cuando se trataba de trabajos especiales de suma valía, a domicilio. Dentro del taller no podían examinarse para obtener el título de Maestro, ni indios, mestizo, negros ni mulatos, aunque alguno de ellos podía ser aprendiz u oficial. Francisco Santiago Cruz. *Op.Cit.*:35.

La gente de campo también hacía acto de presencia en los mercados de la ciudad de México (pues además de que estos eran los mejores del virreinato, el campo no estaba a mucha distancia de la ciudad) venía para abastecerse de lo que no se producía en su tierra y para comprar telas, rebozos y enseres para sus mujeres, espuelas y aparejos de buena calidad y alguna que otra curiosidad que adornara la casa.

Los campiranos dedicados al ganado, podían llegar al mercado vestidos de faena, es decir con calzonera y cotona de gamuza (por lo que eran llamados "cuerudos"). O bien con ropas de salida, en donde el paño de lana era el predominante y su ajuar constaba de: calzón blanco de algodón con olanes en la pantorrilla, encima de éste venía la calzonera de gamuza o paño con alamares o botonadura a los lados, llevaban también una chaqueta muy corta, llamada coletó, con botones de plata, chupita de seda y camisa, también con botones de plata, y olanes en pecho y puños. La faja era de seda roja y con bordados, al igual que la corbata. A manera de abrigo, usaba sarape puesto en bandolera. Se tocaban la cabeza con pañuelos de algodón llegados del puerto de Palicot en la India (a estos pañuelos se les llamó paliacates por el sitio de su procedencia⁴⁴) y que servían para no manchar de sudor el sombrero. No podía faltar para la gente de a caballo, un buen par de botas de caña corta hechas de cuero y con trabajo de pita además de un sombrero de ala ancha con galón de plata⁴⁵.

A esta gente de campo se le llamaba "chinaco" término masculino de las "chinas". Sin embargo, con el correr del siglo XVIII, los rancheros, también inmersos en el espíritu

⁴⁴ Virginia Armeila de Aspe. *La historia de México a través de la indumentaria*. México, Inbursa, 1988.:83.

⁴⁵ Guillermina Sánchez. *La Charrería en México*. México, INAH, 1993.:49.

barroco imperante, comenzaron a adornar su vestimenta, repujarla y colorearla de tal modo que fueron llamados charros, término que significa rústico y de mal gusto.

Por supuesto que los ladrones, pícaros y vagabundos que, generalmente eran de origen mestizo o pertenecían a una de las cincuenta y tres castas que los sabios ilustrados habían hecho el honor de clasificar, también hacían acto de presencia entre el *maremagnum* que deben haber sido los mercados de esta magnífica plaza. Embozados las más de las veces para ocultar su identidad, cometían robos y tropelías que causaban el disgusto y la desesperación de los comerciantes.

Los individuos que también provocaban la suspicacia de los mercaderes eran los estudiantes que, en sus ratos de ocio, se paseaban por las plazas de la ciudad. Estos jóvenes se distraían de su férrea rutina mirando, tocando, riendo y a veces dándose empujones y bromeando con sus compañeros, lo cual provocaba el enojo de las vendedoras indias que veían maltratada su mercancía y a veces, hasta rodando por el suelo. Sin embargo, los estudiantes eran fácilmente detectables ya que portaban el uniforme correspondiente a su colegio: mantos morado y becas⁴⁶ blancas para los que estudiaban ciencias en San Juan de Letrán, mantos canela y becas grana para los literatos de Santa María de Todos los Santos y mantos morados con beca encarnada para los estudiantes de jurisprudencia del Colegio de Comendadores Juristas de San Ramón Nonato.⁴⁷ Así pues, se debían andar con cuidado puesto que podían llegar malos informes a sus colegios lo que podía tener graves consecuencias como castigos corporales, suspensiones y hasta la expulsión del centro de estudios.

⁴⁶ BECA- Es una insignia que portaban los colegiales sobre el manto. Es una faja de paño de 20 centímetros de ancho y que se llevaba cruzada por delante del pecho de hombro a hombro y que descendía por ambos lados de la espalda. Abelardo Carrillo y Gariel. *El traje en la Nueva España*. México, INAH, 1959.:201.

En la Plaza mayor existían varios mercados, como el Portal de Mercaderes "Teatro de las Maravillas"⁴⁸ en donde se vendían brocados, sedas, encajes, abanicos de Francia y también chinos, galones de plata y oro para apliques de casacas y sobrefaldas, juguetes de marfil de la China, cajas de oro para rapé y tabaco, loza china e imágenes estofadas en oro con toda la pléyade de santos de la Corte Celestial.

También estaba el Mercado de las Flores que se ubicaba bajo los arcos de los portales del edificio que miraba frente a Palacio Virreinal. Ahí se vendían flores sueltas todo el año y también ramos confeccionados, en este sitio se instalaban los pajareros de ambos sexos que llevando a cuestras varias jaulas, llenaban el ambiente con el canto de las aves. Para los pequeños era el lugar ideal en donde encontrar muñecas y juguetitos de todas clases.

El más grande e importante mercado de la Plaza Mayor era el Parián, construido en 1695 (el nombre de Parián se le impuso en 1703 a semejanza y como sucursal del gran mercado de Filipinas el Parayan de los Sangleyes⁴⁹) y que era una especie de castillo de ocho puertas y con cuatro calles interiores, en donde se vendían los objetos más finos y exóticos que en el Virreinato se pudieran encontrar: sedas, porcelanas, lacas, tallas de marfil, arcas y cofres de la lejana China, biombos y abanicos japoneses, telas de la India, cómodas, estrados, cornucopias, bufetes, nichos, mesas y sillas de Oriente e Inglaterra, relojes de pared y de inventos⁵⁰, lanas inglesas y encajes franceses, zapatos, sombreros, alhajas y toda una serie de primores y maravillas que podían enloquecer al más cuerdo.

⁴⁷ Abelardo Carrillo y Gariel. *El traje en la Nueva España*. México, INAH, 1959.:275.

⁴⁸ Agustín de Vetancurt. *Op.Cit.*:197.

En el centro del Parián, había una sección llamada el Baratillo donde, haciendo honor a su nombre, se podían encontrar a muy bajos precios, ropas y utensilios usados, juguetes como trastecitos de piedra, hebillas y pedernales. Era precisamente en este lugar en donde compraban su ropa los mestizos y todas las demás castas: para los hombres calzones de fieltro y camisas de algodón, botas o zapatos de cuero de segunda o hasta tercera mano, casacas luidas y chupas descoloridas. Por supuesto que no faltaba lo necesario para tocarse y se podían encontrar tricornios en bastante buen uso y anticuados chambergos. Las mujeres encontraban sus polleras⁵¹ y mantillas, rebozos y hasta zapatillas de tafilete.

En este Baratillo había que andarse con cuidado, pues por ser la zona más popular de los mercados, abundaban los robos⁵², hurtos y los sustos con navaja que podían quitarle las ganas de comprar al más valiente.

Ya bien entrada la mañana las señoras de abolengo se presentaban en el mercado, pues aunque ellas tenían la posibilidad de recibir en casa las muestras de los objetos en venta, siempre ha sido patrimonio femenino el regocijarse con lo expuesto aunque al fin no se lleve a cabo la compra.

Llegaban en estufa de media gala y tocadas con rebozo y mantilla: con éstos podían taparse parte del rostro y demostrar su recato o tal vez su coquetería. Las estufas se detenían justo en frente de alguna de las puertas del Parián, para que así ni

⁴⁹ Parayan significa castas y Sangleyes era el nombre con el que denominaban a los comerciantes chino, a veces piratas, en las Filipinas. Marita Martínez del Río. *El Galeón de Acapulco*. México, INAH, 1988..78.

⁵⁰ Vid infra .50.

⁵¹ Estas faldas eran llamadas polleras puesto que al estar ahuecadas decían semejar a una gallina que tuviera espacio para llevar a sus pollitos bajo las enaguas.

⁵² Hipólito de Villarroel. *Op.Cit.*,211.

la señora ni su dueña tuvieran que caminar mucho y comieran el nesgo de tener que mezclarse y oler a la multitud.

La mejor época para comprar en el Parián era entre los meses de octubre a diciembre, puesto que los valiosos cargamentos de Oriente llegaban a Acapulco en los meses de agosto o septiembre⁵³ y de ahí se trasladaban a la ciudad de México. Era entonces cuando las mujeres de clase acomodada podían obtener un maravilloso abanico que estrenarían en una función de teatro, o un mantón que vendría muy bien para cubrirse los hombros si refrescaba durante el paseo en canoa a Chalco. Además, si a la casa le faltaba algún biombo o se necesitaba un nicho para una nueva devoción, las nobles señoras podían escoger a su gusto para que posteriormente la mercancía fuera enviada a sus casas.

Durante el siglo XVIII la antigua moral impuesta por la casa de los Austria y la contrarreforma, se había elasticizado en gran manera, además las ideas ilustradas (aunque sólo permearon a la élite novohispana) de que la razón debía imperar por sobre todo, hicieron que la gente dejara de temer permanentemente al infierno y se dedicara con mayor fuerza a las alegrías que le podía deparar la vida terrena.

En las calles y en las plazas de la Ciudad de México durante ese siglo, se podían encontrar fácilmente a músicos y cantadores que llenaban el aire con coplas alegres y satíricas. No quedaba "títere con cabeza", ya que se hacía mofa de todo: del gobierno, de las partes "secretas" del cuerpo, de los adulterios y las coqueterías desenfrenadas e incluso de la religión. Los viandantes podían oír, incluso en las cercanías de las iglesias alguna copla como ésta:

⁵³ Clarence Haring. *Comercio y navegación entre España y las Indias*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.:184.

"Nadie se fie de Dios
porque Dios no vale nada,
que aquel que de Dios se fia
será su alma condenada".⁵⁴

La Iglesia se escandalizaba, las beatas se desmayaban y el gobierno renegaba, pero a pesar de ordenanzas, amenazas de excomunión y penas de cárcel, el desenfreno continuó y la alegría perduró.⁵⁵

Por ley debía haber sólo 36 pulquerías en la ciudad, sin embargo, esto nunca se respetó, ya fuera porque eran bien conocidas las dotes medicinales del pulque (como reconstituyente y para detener la diarrea), porque gustaba a la mayoría o tal vez porque La Corona recibía muy buenas rentas por los permisos concedidos para que éstas funcionaran. Lo cierto es que, estos centros de desbordamiento etílico abundaban conjuntamente a las vinaterías que se podían ver casi en cada esquina. Ahí se reunía el pueblo para cantar coplas coloridas y bailar en forma tal, que la Iglesia se desesperaba y auspiciaba castigos divinos.

Desde la medianía del siglo XVIII había llegado de Veracruz el "chuchumbé", baile en el cual eran maestros los negros, ya fueran esclavos o libertos, y que se ejecutaba en las olorosas pulquerías. Los religiosos decían de él que era un baile lascivo e infernal

⁵⁴ Pablo González Casanova. *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia*. México, Secretaría de Educación Pública, 1986 (Cien de México):68.

⁵⁵ En ocasiones, la población pedía permiso para hacer celebración con coplas y danzas con motivo de alguna fiesta religiosa. Un tal José Mejía pedía permiso para hacer danzas de gitanos en honor de la Virgen del Rosario en la plaza de la Santa Veracruz. ACM. Ramo Diversiones Públicas Legajo 1. Expediente 6. Por obvias razones, cuando el asunto sonaba sospechoso, no se daba la autorización.

en donde abundaban los "...manoseos de tramo en tramo, abrazos y dar barriga con barriga" y que eran en extremo explícitos del regodeo sexual.

También en las vinaterías (en donde se vendía vino y aguardientes endulzados con jarabes de sabores) se podía ver a las mujeres mestizas llamadas "chinas", vestidas con sus polleras de seda recamada de lentejuelas y chaquiras traídas de China y ahuecadas con gruesos castores de fieltro, bailando alegremente las danzas mestizas como los sones, las jaranas y los populares jarabes zapateados.⁵⁶ Eran bailes (para la época) enloquecidos y de mucho movimiento, se giraba de tal manera que, a las mujeres, se les alzaba las enaguas hasta las ligas e incluso hasta las rodillas. Se reía, se coqueteaba y se gritaba, siguiendo tonadillas procaces como las de los Panaderos:

Esta sí que es panadera
que no se sabe chiquear;
que salga su compañero
y la venga a acompañar.

Este sí que es panadero
que no se sabe chiquear;
y si usted le da un besito
comenzará a trabajar.

⁵⁶ Maya Ramos Smith. *La danza en México durante la época colonial*. México, Alianza Editorial, 1990.:42.

Esta sí que es panadera
que no se sabe chiquear;
quítese usted los calzones
que me quiero festejar.

Este sí que es panadero
que no se sabe chiquear;
levante usted más las faldas
que me quiero festejar.

Esta sí que es panadera
que no se sabe chiquear;
haga usted un crucifijo
que me quiero festejar.

Este sí que es panadero
que no se sabe chiquear;
haga usted una dolorosa
que me quiero festejar.⁵⁷

En la Plaza Mayor, justo en el Portal de Mercaderes, durante el día y la noche del 2 de noviembre, los vendedores colocaban múltiples ofrendas a sus muertos.⁵⁸ En

templetes forrados de papeles de colores, las calaveras de azúcar y mazapán en goloso *tzompantli*, enseñaban sus descarnadas sonrisas a los transeúntes. También había frailes de bizcocho y de pastas dulces, canillas de jamoncillo y melaza, ramilletes de cempasúchil y veladoras parpadeantes que junto a la sal y el agua, formaban hermosos cuadros visuales que el público arremolinado contemplaba en divertido éxtasis. Los altarcillos eran devociones particulares, pero había muchos objetos que estaban a la venta para las ofrendas domésticas.

Los extranjeros que visitaban la ciudad en estas fechas quedaban sorprendidos de la morbosa exposición y no alcanzaban a entender la profunda mezcla de concepciones que implicaba esta gastronomía mortuoria que rayaba en comunión con lo desconocido y placer por establecer esa comunión.

El ritual se volvía fiesta con los empujones, pellizcos y manoseos que permitía la aglomeración de ambos sexos ante los altares, y los clérigos tenían que hacerse pasar por invidentes ante la lascivia reprimida que afloraba en estas reuniones, pues preferían el carnaval catártico del *ethos* barroco, que el frío racionalismo ilustrado que produce descreimiento.

Al acercarse la puesta del día, los mercados se iban alzando y cerrando sus puertas, los vendedores hacían un somero aseo que llenaba cada vez más las acequias⁵⁹ de basura y propiciaban nuevas y más terribles inundaciones. Al quedar los mercados cerrados y haciendo su aparición la noche, se encendían farolillos y hacían acto de presencia vendedores de comida. Muchos salían entonces a pasear y a disfrutar

⁵⁷ Pablo González Casanova. *Op.Cit.* :66-67.

⁵⁸ Hipólito Villarroel. *Op.Cit.*:148.

el fresco de la noche: algunos apresuraban la merienda, otros sólo veían y una que otra señora portando antifaz, se dejaba ver desde su estufa e imprimía misterio a la oscuridad.

Al mediar la noche, la Plaza iba quedándose vacía y silenciosa. Sólo el olor a fruta podrida, a flores marchitas y a grasa quemada recordaba el apenas pasado bullicio. Los mercados nunca quedaban totalmente limpios y el conjunto de charcos de aguas fétidas, hojas de elote y basura de todo tipo, hacía que la población de ratas apareciera. Estas ratas eran las causantes de que el *matlazáhuatl*⁶⁰ no perdiera su vigor y siguiera cobrando víctimas.

Sin embargo, el silencio imperaba y sólo era roto por las campanadas de las iglesias. Sólo una parte de la noche le brindaba quietud a la enorme Plaza Mayor pues muy temprano, al día siguiente, la misma actividad se reiniciaba con el mismo fervor de todos los días.

Cuando hablamos de los mercados de la ciudad de México en el siglo XVIII, pareciera que sólo estamos recordando experiencias vitales propias y contemporáneas. Han cambiado la ropa, los temas de conversación y por supuesto los precios, sin

⁵⁹ Hubo varios proyectos (que algunas veces se llevaron a cabo) durante el siglo para limpiar las acequias, puesto que éstas eran el basurero de la población. Archivo de la Ciudad de México. Ramo Ríos y Acequias. Legajo 1. Expediente 92.

⁶⁰ Aunque los indígenas llamaron a la viruela *matlazáhuatl*, esta era realmente un Tifo exantemático que era transmitido por los piojos que portaban las ratas. Esta enfermedad producía marcas rosadas en la piel, que se inflamaban y sangraban, siempre acompañadas de altas fiebres y muchas veces el final era la muerte. El *matlazáhuatl* sólo le daba a la población indígena, en cambio la española o mestiza se veía amenazada por la viruela cuya epidemia en 1779 provocó hasta 9 000 muertes. A propósito de esta epidemia, cabe decir que ya se conocía el método preventivo, es decir la inoculación o variolación, cuya primera prueba fue en Inglaterra en 1718 y consistía en inocular pus de las pústulas de un enfermo a una persona sana. Ciertamente era un método peligroso, sin embargo eran más los salvados que los muertos. La primera inoculación oficial en la Nueva España fue a siete personas enfermas durante la epidemia de 1779, las cuales sanaron y se consideró como un éxito. No obstante nadie más se dejó

embargo subsiste la antigua dinámica. El mercado, cualquiera que sea, sigue siendo un centro de acción en donde fluyen diversas personas, objetos e ideas. Aún ahora, cuando nuestro ingenio cibemético se agota lastimosamente, siempre nos queda el recurso de ir al mercado, en donde encontraremos “aquello” que nos es urgente para continuar con nuestra ilusión de modernidad. En los mercados encontramos ese tan adentrado barroquismo, propio de nuestra cultura, que necesitamos para subsistir.

inocular y el proyecto preventivo cayó en desuso durante algún tiempo. Donald Cooper. *Las epidemias en la ciudad de México. 1761-1813*. México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1980.:86.

LA HORA DEL CHOCOLATE

"Sióla, aquellas dos cajas de chocolate, me mande pagar, pues que las de hasta a siete reales, teniendo tanta parte de Guajaca".⁶¹

Alrededor de las cuatro de la tarde la Ciudad de México se encontraba casi desierta, el sol ya tenía tiempo de haber sobrepasado el cenit, y se sentía en las calles la tibieza y el polvo que emanaba de las pétreas paredes de los edificios, recalentadas por toda una mañana de calor.

La ciudad despertaba de la letárgica siesta y reiniciaba su movimiento. Asimismo en los hogares, la gente se iba reincorporando a sus actividades después de haber descansado o dormido un rato. En las casonas o palacios de las familias pudientes, la servidumbre iniciaba sus labores vespertinas: sacaba de la sombra las jaulas de los pájaros, regaba las plantas que se habían doblado al calor del sol y preparaba lo necesario para que los patrones pudieran descansar de los calores tomando chocolate. La siesta, importada de la Europa mediterránea, se acopló perfectamente al clima meridional de la ciudad de México; se convirtió en costumbre y en necesidad, además de que el ritmo más tranquilo del siglo XVIII permitía este placer.

⁶¹ Entremés *LA RABIA* de don Pedro Calderón de la Barca, tomado de: Juan de Zabaleta. *El día de fiesta (por la tarde)*. Madrid, Ediciones Castilla, 1948.:290.

En la espaciosa cocina de la casa se hacían los preparativos: se cortaban los trozos del chocolate, anteriormente comprado en la cacahuatería o traído a casa desde algún convento de la ciudad, se calentaba la leche y se preparaba la cantidad necesaria de vainilla que le daría aroma.

Esta fragante bebida, el *xocoatl*⁶², había sido consumida por la nobleza desde tiempos prehispánicos, sólo que en ese período se bebía fría y mezclada con agua. A los españoles gustó el espeso líquido que fue llevado a España, en donde se convirtió en verdadera adicción.⁶³

Las cocinas de las familias pudientes seguían más o menos el mismo esquema. No eran tan grandes ni tan prolíficas de mosaicos como las de los conventos y sin embargo, se cuidaba mucho de su estética: las paredes encaladas, los pisos de barro cortado en petatillo y las ventanas con recuadros de azulejos de Talavera. Para cortar, pelar y picar había mesas de trabajo de madera y fogones en hilera pintados de colorado, que funcionaban con leña y carbón de encino (traído a casa por el carbonero). En las paredes se podían ver cazuelas de barro de distintos tamaños, loza vidriada hecha en el cercano pueblo de Romita, ollas de cobre, jarras de todos tamaños y charolas de laca de Michoacán para las ensaladas de Nochebuena. No faltaba nunca el moicajete de piedra, que se usaba para moler todo lo que fuera jugoso, ni los cedazos,

⁶² La palabra *xocoatl* (chocolate) proviene de XOCOC, agrio y ATL, agua, "agua agria", ya que la bebida se tomaba sin endulzar. El chocolate puro, el cacao, se llamaba CACAHUATL. Birgitta Leander. *Herencia cultural del mundo náhuatl*. México, SepSetentas-Diana, 1972. 213.

⁶³ En España se gustó mucho de esta bebida, incluso dos princesas españolas, que eran asiduas a ella, la llevaron a Francia: Ana de Austria quien casó con el rey de dicho país Luis XIII y posteriormente María Teresa de Austria, esposa de Luis XIV. Salvador Novo. *Cocina mexicana. historia gastronómica de la ciudad de México*. México, Pomúa, 1967.:68. También es mencionado el chocolate como bebida cotidiana española en los textos de Zabaleta y en obras de Calderón de la Barca, incluso este último menciona que el mejor proviene de "Guajaca" (Oaxaca).

cucharas y molinillos de Teocaltiche para el chocolate.⁶⁴ En el suelo, en una esquina, estaba siempre el indispensable metate (para moler chiles, maíz, nueces y cacahuates) en donde una sirvienta indígena molía diariamente de rodillas.

Estos cálidos recintos albergaban un microcosmos y seguían la misma dinámica que se podía observar en la mayor parte del territorio de la Nueva España: un mestizaje de razas, sabores, implementos y concepciones. Las cocineras eran mestizas o indias y aún cuando en las casas pudientes se seguían pautas alimenticias europeas, no se dejaban de lado las incorporaciones locales, aunque eso sí, mezcladas con la influencia española en primer grado y desde mediados de siglo con la francesa: como el preparar salsas a base de chiles pero frías en manteca, el comer tortilla pero acompañada de res o el tomar el chocolate disuelto en leche.

La misma apariencia de la cocina era una mezcla de tradiciones, pues si bien las ollas, cazuelas y jarros de barro tenían una larga historia prehispánica, el hacerlas vidriadas era modalidad española heredada de la cultura árabe. Los implementos de metal eran totalmente de origen europeo y los había de todo tipo ya fueran ollas, marmitas, cucharones, tenazas y garabatos.⁶⁵

Al quedar listo el chocolate, se vaciaba en una hermosa jarra de plata o de porcelana de la Compañía de Indias⁶⁶ y se preparaba la charola, generalmente de maque⁶⁷, que sería llevada a los miembros de la familia.

⁶⁴ María Cristina Suárez. "De ámbitos y sabores virreinales" en "Los espacios de la cocina mexicana": 42 *Artes de México*. Edición especial 36, 1997.

⁶⁵ Se les llamaba garabatos a los ganchos en forma de "S" que colgaban del techo y servían para ensartar ahí las carnes, los jamones y fiambres para el consumo familiar.

⁶⁶ A raíz del establecimiento de la ruta comercial entre Oriente y la Nueva España y con la regularización del viaje anual del Galeón de Manila entre la bahía de Cavite y el puerto de Acapulco, se notó un aumento en el uso de la porcelana en latitudes americanas. En el siglo XVII se crearon las llamadas "Compañías de Indias", empresas marítimas portuguesas y españolas cuyo fin era la exportación de productos orientales hacia el Occidente. Durante el siglo XVIII en la Nueva España, la

Las cocinas estaban siempre al fondo de la vivienda, en la planta baja en las casas de un piso y en la segunda planta en las casonas de mayor riqueza.

En la ciudad de México existían vanas mansiones, llamadas palacios, en donde vivían algunas de las familias más ricas del virreinato. Su riqueza provenía sobre todo de la minería (que cobró auge durante el siglo XVIII, llegando a convertirse, la Nueva España, en primera productora de plata en el mundo) y también de las producciones del agro. Durante este siglo las fortunas de la aristocracia criolla aumentaron sobremanera, llegando a haber familias cuyas fortunas personales sobrepasaban a las de otros virreinos y algunas a las de la misma España. Conjuntamente con este auge, se produjo el deseo de que el honor y alcurnia del apellido fuera reconocido , es por esto que el número de títulos nobiliarios comprados a la Corona española, se multiplicó en este siglo.

Sin embargo, no todo resultaba tan fácil ya que la Corona, por medio de sus oficiales reales que estaban siempre vigilantes y reportaban a las autoridades cualquier anomalía, obligaba a las familias con título a mantener un determinado estilo de vida, con lujos y boato, que resultaba difícil de sostener, incluso a los más ricos.⁶⁸

Las nobles mansiones de la ciudad de México, aunque variaban en tamaño y en proporciones, tenían más o menos el mismo diseño (heredado de las viviendas

demanda por artículos de porcelana china creció en forma considerable. Toda familia con recursos poseía una vajilla o por lo menos algunas piezas de este material.

⁶⁷ En México se utilizan dos términos para este tipo de trabajo: laca, que proviene del persa *lak* y maque, que proviene del japonés *maique*. Desde el período prehispánico se trabajaba la laca, sobre todo en madera. Para la elaboración de la laca se hacía uso de una mezcla de grasa de la hembra de un insecto llamado aja, un aceite que podía ser de chia o linaza (que actuaba como secante) y finalmente tierras de origen mineral.

Con la llegada de los españoles en el siglo XVI y el subsiguiente intercambio con China, el uso de la laca se enriqueció en cuanto a diseños. Durante el período colonial se hicieron muchos tipos de trabajos en maque: biombos, jícaras, muebles, cofres y las tradicionales charolas que se usaban sólo en Navidad para la ensalada. Sonia Pérez Carrillo. *Lacas mexicanas en el Museo Franz Mayer*. México, Sisto, 1990.

españolas y éstas de las árabes y las romanas) en donde el punto focal era un patio central llamado "de honor" al cual se accedía desde la calle a través de un enorme zaguán. Este patio contaba con una fuente central o adosada a la pared que surtía de agua limpia a la casa, esto era si la familia poseía una Merced Real⁶⁹, especie de licencia, que permitía contar con cañería particular conectada a cualquiera de los dos acueductos de la ciudad: el de Santa Fe o el de Chapultepec. En la ciudad existían 500 fuentes privadas entre conventos, casas y negocios.⁷⁰ En las viviendas en donde no se contaba con este servicio, se tenía que remunerar diariamente al aguador que llevaba el precioso líquido a las casas, o alguien tenía que acudir diariamente a las fuentes públicas cercanas o ir directamente a las cajas de agua de los acueductos: la de Salto del Agua o a la Tlaxpana.

En la planta baja, rodeando el patio, se encontraban la portería, las cocheras y caballerizas, la habitación del palafrenero y varias bodegas⁷¹. Además, algunas veces los palacios contaban con ciertas habitaciones, llamadas accesorias, que no tenían entrada por el interior de la vivienda sino con acceso directo a la calle, las cuales se alquilaban como pequeñas viviendas, como bodegas o como tiendas.

Estas construcciones tenían normalmente un entresuelo⁷² en donde se ubicaba la oficina y ahí se llevaban las finanzas familiares: minas, haciendas o alquiler de

⁶⁸ Doris M. Ladd. *La nobleza mexicana en la época de la Independencia 1780-1826*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.:94.

⁶⁹ Manuel Romero de Terreros. *Una casa del Siglo XVIII en México*. México, UNAM, 1957.:14.

⁷⁰ Agustín de Vetancourt, *et al. Op.Cit.*:17.

⁷¹ En las bodegas mencionadas se guardaban los bienes preciados de la familia: granos si se poseían haciendas agrícolas, plata si eran mineros o incluso mercancía si el dueño era comerciante. La gente desde la calle podía saber cuáles eran las habitaciones de bodega por los gruesos barrotes que protegían las ventanas.

⁷² El entresuelo no era indispensable, la residencia de los Condes de Santiago de Calimaya, por ejemplo, no lo tenía. Ignacio González Polo. *El Palacio de los Condes de Santiago de Calimaya* México, Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM, 1973.:51.

accesonas. El "gabinete", especie de despacho del cabeza de familia y que durante el siglo XVIII, con la implantación de las ideas ilustradas y el espíritu científico del que quería hacer ostentación la élite novohispana, se convirtió en pequeño museo particular donde se exhibían "curiosidades" es decir: piezas prehispánicas, huesos, mapas, antigüedades, "muñecas anatómicas"⁷³, etc. También en el entresuelo se encontraban las habitaciones para huéspedes, que accedían a este piso por una pequeña escalerilla independiente adosada a la pared.

Al segundo piso se llegaba por la llamada "escalera de honor", que era grande y tenía hermosos labrados de piedra con barandal de hierro. Este piso, que rodeaba el "patio de honor" era en donde se desarrollaba propiamente la vida familiar, ahí se encontraban las zonas sociales y las zonas más íntimas de los habitantes de la casa.

Las habitaciones se sucedían una tras otra; cada una tenía puerta al corredor superior del patio central y muchas de las veces también se comunicaban entre ellas con una puerta. Los salones más importantes se encontraban en la parte delantera de la mansión y eran los que contaban con ventanales y balcones hacia la calle, éstos eran el "salón del dosel" y el "salón del estrado". El primero era una habitación sumamente elegante que contaba con gran sillón con dosel y retratos del rey de España, del virrey y de miembros de la familia. Este último se usaba para las visitas importantes de miembros del gobierno y el sillón se encontraba expresamente ahí por si alguna vez el rey de España visitaba el palacio, cosa que nunca sucedió.

⁷³ Las muñecas anatómicas eran unas figuritas de marfil de hechura china y que representan a mujeres desnudas. Como la moral de la época dificultaba el que una mujer se desnudara frente a un hombre que no fuera su marido, los médicos hacían uso de estas figuritas para saber con certeza cuál era el sitio del dolor sin tener que ver ni tocar a la paciente. Este tipo de muñecas se siguieron utilizando incluso durante el siglo XIX.

El "salón del estrado" era llamado así por poseer la habitación una tarima construida de madera en donde se sentaba la familia y sus invitados a departir, comer bocadillos y disfrutar de saraos. Este tipo de salones fueron de importación española, en donde se utilizaron desde fines de la Edad Media. Desde esta época hasta el siglo XVII, tanto en España como en la Nueva España, la costumbre de este salón era la de no tener muebles, más que una o dos sillas para la gente de mayor edad o importancia, así que el resto de las personas se sentaban en el suelo en grandes cojines. Posiblemente esto heredado de la cultura árabe. Sin embargo, en el siglo XVIII la costumbre cambió y fueron incorporados más muebles al estrado y el sentarse en el suelo cayó en desuso.

El salón del estrado servía para reuniones de convivencia y cumplimiento, siempre y cuando fueran no demasiado íntimas, es decir, que hubiera invitados.

Para las reuniones únicamente familiares se acudía a la habitación llamada "asistencia", que se encontraba ya no en el frente, sino en algún lateral del patio. Era en esta habitación donde los niños podían convivir con los padres, donde se bordaba y cosía, se tocaba el monocordio y se ponía el Nacimiento en la época de las Navidades.

También en los laterales del corredor estaban las recámaras, tocadores y el gran comedor, este último siempre elegante, con talavera en las paredes, arañas, vitrinas y muebles ingleses de maderas nobles al estilo "Reina Ana".

Por último y al fondo se encontraban: la cocina, cuyas ventanas daban a un segundo patio, mucho más pequeño que el primero y que se destinaba a los servicios, la habitación llamada "placeres"⁷⁴ y que servía para el aseo y los baños de la familia y los cuartos de criados.

⁷⁴ No todos los palacios contaban con "placeres", pero ya en el siglo XVIII muchas familias adoptaron la costumbre de tenerlos debido a las nuevas ideas sobre higiene ligadas al bienestar y al lujo. Estos

La población de una casona virreinal de familia noble o simplemente de buenos recursos era muy amplia, ya que en ella vivían no sólo los padres y los hijos, sino también una pléyade de parientes pobres, ahijados, sobrinos que vivían en la provincia y que venían a estudiar a la capital o tal vez algún viajero de calidad cuya alcurnia no le permitía remontar en los sucios mesones de la ciudad.

Además de los miembros familiares, las casas solían tener sirvientes. El número dependía, por supuesto, del nivel económico con que se contara, pero vale decir que un individuo tan pobre como un actor de teatro se podía dar el lujo de tener una sirvienta. Las familias pudientes podían llegar a tener de diez a veinte servidores⁷⁵ entre lacayos, palafrenero, camareras, cocineras, mozos y amas de leche y de compañía; los había españoles, mestizos, indios y negros. Cabe decir que la esclavitud en la capital novohispana tuvo una dinámica muy peculiar en el siglo XVIII, ya que los pocos esclavos que había no eran utilizados para trabajos pesados sino más bien como símbolo de status social.⁷⁶

pequeños cuartos contaban con una tina de talavera o ladrillo al ras del suelo y sus medidas eran generalmente de 1.50m. de largo por 1m. de ancho. Siempre estaban junto a la cocina para que el agua calentada ahí llegara prontamente a la tina por medio de cañerías que terminaban en hermosos grifos de bronce con figuras de dragones, diablos o quimeras. La tina poseía desagüe hacia el patio de servicio. Alfonso, Rubio y Rubio. *Los palacios de la Nueva España. Sus tesoros interiores*. Monterrey, Gant. 1990.:37. Para los datos de los grifos ver a Manuel Romero de Terreros. "Una casa colonial" en *Anales del Museo Nacional de Arqueología*. México, Museo nacional de Arqueología, 1913.:180.

⁷⁵ Doris M ,Ladd. *Op.Cit.*:98.

⁷⁶ La dinámica y el desarrollo que llevó la esclavitud en la Nueva España es diferente y en algunos casos diametralmente opuesta a la de otras latitudes (como Angloamérica por ejemplo) pero vale la pena mencionar algunos rasgos distintivos: en la Nueva España los esclavos negros fueron utilizados, sobre todo, en la minería y en el trabajo agrícola; en las ciudades la población negra fue menor y su permanencia era considerada por sus amos más como símbolo de status que como una inversión productiva, tan es así, que los esclavos lucían ropajes y galas dignas de los más encumbrados.

Por otro lado, dadas las específicas circunstancias de la conquista española (llegaban hombres solos) el mestizaje empezó desde los primeros tiempos; en dichos casos, la iglesia católica no sólo no prohibía los matrimonios mixtos, sino que los fomentaba. Esto hizo que surgieran nuevas razas, las cuales no tenían, bien a bien, definida su ubicación dentro de la sociedad. Todas las mezclas surgidas no tenían que ser necesariamente de esclavos, ya que las leyes españolas permitían la manumisión, además de que si un hijo de español era reconocido por el padre, automáticamente quedaba libre.

La posición del servicio cambiaba según las particulares circunstancias, ya que había sirvientes contratados por un sueldo o que sólo trabajaban a cambio de comida y educación religiosa para sus hijos. Había también los nacidos en la misma casa, hijos de sirvientas, y que eran mantenidos y a veces adoptados por la familia; a éstos se les llamaba "criados". Estos últimos tenían más confianza con los patrones y se les permitían ciertas libertades tanto de palabra como de obra e incluso eran tratados como de la familia.⁷⁷

Las amas de leche o *pilmamas*⁷⁸ eran siempre indígenas y se les llamaba *chichihuas*. Estas mujeres no sólo se ocupaban de amamantar al infante de la casa, sino que continuaban cuidándola hasta edad avanzada. Cabe imaginar el profundo mestizaje conceptual que aprehendía el niño, ya que por un lado era educado a la criolla pero al mismo tiempo oía hablar en náhuatl y escuchaba de labios de su *chichihua* historias y saberes de la raza indígena.

Al despertar de la siesta, la familia se reunía a tomar el chocolate y en el caso de tener visitas se dirigían al estrado. Era bueno tener visitas ya que con esto se podía exhibir a los demás la riqueza propia, cosa que ennoblecía y lustraba más el nombre familiar.⁷⁹

Desde el año de 1785, Nueva España dejó de importar esclavos (a excepción de Tabasco). Esto, aunado a las manumisiones y a los matrimonios y mezclas, hizo que la población negra se fuera diluyendo entre el resto de la población. De hecho, Humboldt, a principios del siglo XIX menciona la poca cantidad de negros. Gonzalo Aguirre Beltrán. *La población negra de México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984 :91-92 y 247. También ver Alejandro de Humboldt. *Op. Cit.* 86.

⁷⁷ Pilar Gonzalbo, *et al. Presencia y transparencia: La mujer en la historia de México*, El Colegio de México, 1992.:45

⁷⁸ *Pilmama-pilli* que es niño y *mama* que es llevar a cuestras, "la que lleva a cuestras".

Chichihua- *chichihualli* que es seno y la terminación *hua* que es posesivo, "la que tiene seno". Birgitta Leaner. *Op Cit.* 43-44.

⁷⁹ Norbert, Elias *La sociedad cortesana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996.:87-88.

Los visitantes iban llegando en sus coches cubiertos de cortinilla o si el clima lo permitía, en berlinas descubiertas llamadas comunmente "viroches" Los coches paraban en la calle a la puerta del palacio, ya que era muy complicado meter las mulas o los caballos por el zaguán; de hecho los animales se enganchaban siempre en la calle.

Si existía cercanía, parentesco o suficiente confianza, los invitados solían ser conducidos por el jefe de lacayos a través del patio de honor y las escaleras hasta el salón del estrado, si no, el mismo dueño de casa hacía los recibimientos en el patio.

Ya reunidos en el estrado se servía el chocolate junto con deliciosos bizcochos de nombres evocadores: condes y alamares, pescaditos y huesos de canela, obispos envinados y medias lunas. La charla se iniciaba, se reía y rumoraba (no de balde ese tipo de reuniones habían sido llamadas mentideros en el Siglo de Oro) mientras el lacayo o la sirvienta ofrecía las charolas de pan.

En el siglo XVIII se acostumbraba tomar el chocolate no en tazas sino en cocos chocolateros⁸⁰, es decir pequeños coquitos de palma, ahuecados y grabados con diferentes motivos además de tener pie y aplicaciones de plata. También en mancerinas, llamadas así en honor del virrey don Antonio Sebastián de Toledo, Marqués de Mancera (virrey desde 1664 a 1673) quien, se dice, las inventó.⁸¹

Estas mancerinas constaban de plato y recipiente de una sola pieza; dentro del recipiente se colocaba un pequeño cuenco con la bebida y la parte del platito que

⁸⁰ Actualmente se pueden ver hermosos exponentes de estas piezas en el Museo de Historia del Castillo de Chapultepec y también en el museo de artes aplicadas Franz Mayer.

⁸¹ Cuenta la leyenda que el Marqués de Mancera padecía de epilepsia y que por esto cuando tomaba chocolate, al cual era adicto, al temblarle la mano derramaba la bebida sobre los bizcochos tornándolo blandos y poco apetecibles. Por lo cual inventó un receptáculo conveniente para evitar tal desgracia y lo bautizó con su nombre. Esta leyenda parece poco cierta, sin embargo suena tan sabrosa como el chocolate mismo.

rodeaba era para los bizcochos. Las podía haber de plata y filigrana, de porcelana de Compañía de Indias o incluso de Talavera.

Las reuniones se desarrollaban alegre y cómodamente ya que los estrados eran amplios y agradables, además poseían todas las comodidades y lujos que el dinero pudiera comprar. Generalmente las paredes se pintaban al temple o se tapizaban de papel de china de color monocromático en donde se pegaban lunas, soles, estrellas o pajaritos de papel recortado plateado o dorado.

A pesar de que el clima no lo ameritaba, ya que la ciudad de México cuenta con temperatura templada casi todo el año, algunas familias les gustaba adornar sus estrados con tapetes turcos y braseros, sin embargo y por lo general, los suelos casi siempre se mostraban limpios, de madera pulida y maqueada.

El establecimiento de la dinastía Borbona en España no había sido un fenómeno plácido. La Guerra de Sucesión había conmovido a gran parte del Occidente europeo y de gran manera a las colonias en América, tanto las españolas como las francesas e inglesas. Finalmente, a raíz de los tratados de paz, se produjo un cambio de dinámica que afectó sobremanera el comercio. Los puertos novohispanos, antes exclusivos de los monopolios españoles, se abrieron a comerciantes franceses, holandeses y sobre todo ingleses.⁸² Es por esto que las mercancías inglesas empezaron a llegar consuetudinariamente al puerto de Veracruz, después del primer tercio de la centuria, y de allí a difundirse por las ciudades más importantes del virreinato.

Esta apertura comercial hizo que cambiara la fisonomía de los salones de la ciudad de México. Se dejaron de lado los pesados sillones fraileros y las enormes

⁸² Antonia, Freixanet. *La Guerra de Sucesión Española* Madrid, Anaya, 1992.:84.

mesas de tipo español y el gusto recayó en muebles ingleses de maderas nobles de estilo "Reina Ana" y Chippendale, más ligeros y elegantes que los primeros.

Así pues, en el estrado la concurrencia tomaba asiento en hermosas sillas "Reina Ana", las cuales lucían graciosamente sus patas *cabriolé* y con terminación en garra de dragón asiendo un perla. Dos o tres señoras podían sentarse juntas en bancas Chippendale y con esto facilitar el cuchicheo y la sabrosa plática. Para descansar la mancerina y tener las manos libres para el abanico o acomodarse el rebozo, había mesitas de té, también de madera noble o incrustada de concha.

Un accesorio indispensable en cualquier estrado era el biombo. Esta pantalla de varias hojas había sido traída a la Nueva España desde Japón a finales del siglo XVI. Su nombre venía del vocablo japonés *bio-bu* que quería decir "cortar el aire". Había biombos para las recámaras, que eran altos y de cuatro hojas y los había para el estrado, que eran bajos y de seis a diez hojas; estos últimos de llamaban "rodastrados", en cuyas hojas y pintadas al óleo, lucían hermosas escenas campestres, cuadros de castas y medallones con oficios.

La pintura mexicana del período virreinal no abordó las escenas costumbristas como se dieron en Europa, sin embargo este renglón fue abordado en los cuadros de castas y en las hojas de los rodastrados.

Además de los muebles del estrado mismo, en el resto de la habitación y a lo largo de las paredes, podían verse armarios pintados o con espejitos, consolas con alguna figura estofada de santo y pequeños "equilibrios" de manufactura filipina o tal vez un "reloj de invenciones"⁸³. También había grandes espejos con marcos dorados de

⁸³ Se llamaban "equilibrios" a las figuritas de adorno. En esa época las había sobre todo de marfil y no sería sino hasta el siguiente siglo en que se usarían de porcelana.

formas barrocas y retratos al óleo de la familia y sus ilustres antepasados. Por supuesto no podía faltar, en algún lugar de honor, un cuadro de la Virgen de Guadalupe la que, desde su nombramiento como patrona de la ciudad de México en 1737, había tomado gran fuerza en los corazones y el gusto de los criollos.

Las damas de alcurnia de la capital novohispana hacían alarde de sus fortunas por propio gusto y deleite además de que era lo estilado en la Corte. Los materiales de sus ropas y adminículos procedían de casi todo el orbe y eran de la mejor calidad.

Una mujer bien ataviada de la ciudad de México en el siglo XVIII, vestía sobre su ropa interior (que no había variado desde el siglo XVI y que constaba de calzones de jareta hasta la rodilla, medias de seda con ligas y camisa de batista con encajes⁸⁴) un corsé, también llamado justillo, que se cerraba con cordones y que estaba armado con bigotes de ballena. Esto lo hacía muy rígido y confería a la figura una cierta elegancia estática. Además se usaban unos aditamentos llamados canastas o en francés *paniers*⁸⁵, que ahuecaban las enaguas y las faldas. Encima de todo esto venía el vestido, que podía ser de varias formas: el que tenía la falda y el entallado corpiño cosidos, lo que formaba una sola pieza; también los había de dos y tres piezas. El primero de ellos simplemente se ponían por separado, primero la falda y por encima el corpiño (también llamado jubón) que descansaba por arriba de la falda. Los corpiños

Se llamaban "relojes de invención" a los relojes, casi siempre ingleses, que poseían alguna sorpresa como la luna y el sol o música, calendario o tal vez una muñequita danzarina. El mejor fabricante inglés de estos relojes fue John Elliot Manuel Romero de Terreros. *Op.Cit.*:60.

⁸⁴ Willet Cunningham. *The History of underclothes*, London, Faber and Faber, 1981.:56-57

⁸⁵ El *panier* había sido importado de Inglaterra a Francia en 1718 De Francia pasó a España, donde lo llamaron pollera, y de ahí a la Nueva España. Hubo de dos tipos: el primero hacía que las faldas tomaran forma de embudo, después las forma se volvió como de cúpula oval lo que permitía que los codos descansaran sobre la falda. Durante su mayor apogeo los *paniers* llegaron a medir hasta cinco metros de circunferencia, esto hacía que la cantidad de tela que se necesitaba para cubrirlos fuera enorme. Abelardo Carrillo y Gariel. *El traje en la Nueva España*. México, INAH, 1959.:139-140.

eran bastante tiesos ya que llevaban una entretela de algodón grueso y dos varillas en forma de "V" con el vértice o pico sobre el estómago; se abrochaban por detrás con una larga agujeta que se insertaba por la parte baja, es decir en la cintura, y se hacía un bonito lazo arriba y llevaban mangas con vueltas hasta el codo o la mitad del antebrazo y finalizaban con encajes. El vestido de tres piezas podía incorporar una casaquilla o una sobre-falda más corta llamada "polonesa". Desde mediados del siglo, las mujeres añadieron a su atuendo la moda masculina de llevar dos relojes; éstos se sujetaban a la cintura de la falda por finas cadenas de oro labrado. Los ricos vestidos fueron, durante el primer tercio de siglo, largos hasta el suelo y posteriormente se acortaron hasta dejar ver los pies completos calzados de finísimos zapatos de tacón hechos de tafilete o incluso de seda o lino bordados y recamados.⁸⁶

La mayoría de los vestidos usados por la élite capitalina se hacían en el país y por sastres pertenecientes a este gremio. Las telas que se usaban eran de importación y podían ser raso y terciopelo de Francia, seda china e incluso finísimos algodones orientales traídos por los ingleses. Las telas presentaban brocados y damasquinados, joyas cosidas e hilos de plata y oro. Todo este trabajo lo llevaban a cabo los maestros de los diferentes gremios: sastres, bordadores, pasamaneros, zapateros y guanteros.⁸⁷

Cabe destacar que los modelos eran traídos a la Nueva España por los españoles recién desembarcados (todavía no existían los figurines de moda), quienes eran altamente admirados y prontamente copiados por las altas esferas del virreinato. Sin embargo, al decir copiar se comete un error puesto que los artesanos mexicanos y sus clientes digerían las formas europeas y las hacían propias; así pues cuando se

⁸⁶ Pilar Cintora. *Historia del calzado*. Zaragoza, Ediciones Aguaviva, 1988 :135.

⁸⁷ Francisco, Santiago Cruz. *Las Artes y los Gremios en la Nueva España*. México, Jus, 1960.:54.

observa la ropa novohispana se notan claras diferencias con su contemporánea española y francesa. Así por ejemplo tenemos que en Francia, las damas de sociedad llevaban amplios escotes que mostraban al mundo su impecable geografía, pero en la Nueva España, el gusto más recatado o tal vez más provinciano, hacía que las damas cubrieran sus escotes con transparentes pañoletas de gasa que se llamaban soplillos. Éstas se usaban como chalinas triangulares que se cruzaban sobre el pecho y eran sostenidas con broches de oro y piedras preciosas.

Aunque algunas mujeres llevaron pelucas, en general en la Nueva España se usó más el cabello natural que se peinaba con rizos cortos o con chongos redondeados de trenzas pegadas a la cabeza. El tono preferido era el natural, pero también se llevó el blanco y el gris; estos últimos se conseguían rociando el pelo con mayor o menor cantidad de polvo de almidón.

Si observamos los retratos de damas novohispanas y los cuadros de castas, vemos que las mujeres no se maquillaban el rostro, sin embargo, si tenían alguna imperfección, la subsanaban con lunares postizos. El material del que estaban hechos estos lunares era terciopelo con incrustaciones de carey y cada uno tenía su propio nombre según el sitio donde estuviera colocado: "majestuoso" en la frente, "galante" en la mejilla, "coqueto junto a la boca, "encubridor" sobre algún grano y "chiqueador" en la sien.⁸⁸

Al término del chocolate los invitados podían partir a sus casas o si la tertulia no se había desanimado y había gusto para ello, la reunión se convertía en sarao⁸⁹. Se llamaba a los músicos y al compás de guitarras, flautas, violines, trompetas y

⁸⁸ Miia Conti. *50 siglos de elegancia*. México, Novaro, 1966.:195.

sacabuches, se bailaban, hasta bien entrada la noche, las danzas modernas de salón: gallardas, cotillos, minué y gigas.

Cuando la casa no contaba con la presencia de invitados, se tomaba el chocolate más íntimamente, en la "asistencia". La familia podía vestir con ropas más cómodas y calzarse chinelas o pantuflas. La bebida se servía de igual manera y en estas reuniones podían estar presentes los niños y alguna criada que contara con el cariño de los señores de la casa.

Las paredes de la asistencia también se forraban de papel de china y papelillos recortados; había sillas, canapés, mesas, espejos, comucopias y arañas.

La *chichihua* traía a los niños, vestidos como copias exactas de los padres pero en miniatura, pues aunque en Francia ya circulaban las ideas de que la niñez era un período especial y maravilloso en el que la criatura debía jugar, estar cómodo y tener un mayor acercamiento con sus padres⁸⁹, en las estáticas concepciones de la sociedad novohispana todavía se pensaba que la niñez era un mal momento por el que todo ser humano debía pasar lo más rápidamente posible. Sin embargo, en este íntimo refugio, le era permitido al niño jugar con sus juguetes, platicar con sus padres y tal vez ser cariñosamente impulsado a demostrar su adelanto en el aprendizaje de sus oraciones.

Las señoras, alguna criada y tal vez las hijas, dedicaban su tiempo al bordado. Además de los gremios de bordadores y algunas órdenes religiosas que representaban la rama "profesional" del bordado, las mujeres en general empleaban su tiempo en las labores de aguja, llegando a producir excelentes facturas.

⁸⁹ Sarao- del latín *serum* (en la tarde). Eran reuniones de gente de distinción, que se prolongaban hasta la noche y en las que se tocaba música y se bailaba.

⁹⁰ "La individualización del niño" de Jaques Gélis en Philippe Aries, *et al. Historia de la vida privada El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII*. Madrid, Taurus Alfaguara, 1991.:328.

Durante los siglos XVI y XVII la idea de la educación para las mujeres se basaba sólo en actividades de lo que se pensaba era de índole exclusivamente femenina, es decir, una joven debía conocer en primera instancia el catecismo, para luego pasar a la costura, el rudimento de las letras y las reglas de obediencia y protocolo. Las niñas de clase acomodada se educaban en sus casas con maestros particulares, y las pertenecientes a clases más humildes podían asistir a escuelas de "Amigas" en donde se les enseñaba lo mismo que a las primeras pero menos pulidamente.⁹¹

Durante el siglo siguiente, la educación mejoró, puesto que se le dió mayor impulso a la alfabetización y a diversos conocimientos, ya que aunque todavía se pensaba que el sitio ideal de la mujer era el hogar, eso no obstaba para que ella accediera a los conocimientos "científicos" tan en boga en esa centuria.

Las señoras así como sus hijas tenían cada una su propio costurero, que podía ser de pie o portátil, el cual encerraba un rincón de maravillas y cuya posesión era sumamente preciada para sus dueñas: agujas de diversos tamaños, madejas e hilos de lana, seda, algodón, oro, plata, chaquiras, lentejuelas, tijeritas, bastidores, escobetillas, devanadores, dedales de plata, cojinetes e incluso algún "tesoro" como flores secas o el mechón y las cartas del prometido.

El bordar bellamente requería de aprendizaje, paciencia y talento y había que saber un sinfín de puntadas: el hilván, el cordoncillo, la cadeneta y la vainica, el gaviado, petatillo y el punto de cruz.⁹² Para poner a prueba las dotes de la bordadora, se hacían una especie de muestrarios en tela de forma cuadrada que incluían bordados con todas las puntadas, deshilados y apliques. Estos trabajos llevaban el nombre de "dechados" y

⁹¹ Pilar Gonzalbo Aizpuru. *Historia de la Educación en la época colonial*. México, El Colegio de México, 1990. 322.

si estaban elaborados impecablemente se añadía al nombre el epíteto "de virtud", además se les bordaba el nombre de su ejecutante y la fecha de su terminación.

Los dechados no sólo eran para causar la alegría materna de la bordadora sino que, cuando eran hechos por las niñas de escasos recursos, servían como tarjeta de presentación para conseguir trabajo.

Mientras las más jóvenes practicaban diversos tipos de puntadas, la madre y las mujeres mayores de la familia podían pedir a la criada que trajera su cigarrera de plata para así poder fumar uno de sus pequeños cigarrillos que eran tomados con toda elegancia con pincitas de plata. Esta costumbre estaba totalmente implantada en el gusto novohispano y las mujeres fumaban en sus casas, en sus coches y en los paseos. Incluso los extranjeros se sombaban de esta costumbre que perduró hasta bien entrado el siglo XIX y que sólo desaparecería ante la importación de modelos de comportamiento victoriano.⁹³

Para matar las horas de ocio, en la asistencia también se jugaba ajedrez o a los naipes y se tocaba el monocordio mientras los niños podían practicar los pasos de baile que acostumbraban sus padres.

En las épocas navideñas la familia, asistida por la servidumbre, colocaba las figuras del nacimiento; éste podía ser de finas piezas de marfil de trabajo chino también se hacían las figuras de corcho, madera o cera policromadas. Las figuras más valiosas eran las hechas por don José de Borja, artífice poblano cuy

⁹² Virginia Armella de Aspe. *Bordados y bordadores*. México, Fernández Editores, 1992. *Passim*.

⁹³ La mujer mexicana reinició su costumbre de fumar hasta la década de los veinte en el siglo aunque se pensó que esta costumbre era fruto de la emancipación femenina importada de Estados Unidos, simplemente era el retomar una usanza añeja.

afamadas piezas adornaban los palacios más importantes de la Nueva España e incluso algunos de los de España.⁹⁴

Al caer la tarde y refrescar el ambiente, las damas hacían traer sus rebozos con los que se cubrían las espaldas. Estas prendas eran usadas por la mayoría de las mujeres novohispanas, no importando su condición social. Los había sencillos de algodón para las clases humildes y de seda con bordados para la élite. Muchas veces se bordaban por monjas o bordadores profesionales, pero si la dueña tenía dotes de bordadora, podía ella misma engalanar su prenda. Los había con paisajes, pájaros y escenas campestres y su tejido era tan fino que podía pasar por el hueco de un anillo.

Al hacerse de noche, la servidumbre prendía las luces de las comucopias y arañas y los habitantes de la casa se reunían para rezar el rosario y prepararse para la cena. El día terminaba como había empezado, se tapaban los ya silenciosos pájaros, se cerraban las puertas con cerrojos y sólo el sonido de las campanas de las innumerables iglesias y el chirrar de las ruedas de algún carruaje, rompían la quietud de la noche.

⁹⁴ Agustín de Vetancurt, et al. *La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780). Tres crónicas*. México, CONACULTA, 1990.:281-282

UN BILLETE PARA EL TEATRO

Es el drama mi nombre
y mi deber el corregir
al hombre,
haciendo en mi ejercicio
amable la virtud, odioso
el vicio.⁹⁵

La Ciudad de México llevaba su propio *tempo*, su ritmo y cadencia y ésta era acorde al sonido de sus múltiples campanas. Era una época en que no había que correr con desmesura ni ojear el reloj con insistencia, puesto que todo tenía su propio momento y éste llegaba cuando simplemente tenía que llegar.

El sonido de las campanas era parte integral de la ciudad, como los edificios, los árboles y el aire y anunciaba alegrías y tristezas, peligros o angustias o sencillamente acompañaba en su diario devenir a los habitantes de la urbe.

Se oían las campanadas día y noche: al amanecer repicaban llamando al sol y los oyentes las saludaban con un Ave María; desde ese momento no descansaban en su

tañer avisando que cada hora había celebración de misa y así continuaban hasta el medio día, cuando solemnemente llamaban a las 12 para comer. Las solidarias campanas interrumpían su siesta a las tres para recordar a todos la Pasión de Cristo y su muerte, los habitantes se unían a ellas hincando la rodilla y rezando tres credos.

Durante la tarde se oían las campanas dentro de monasterios y conventos, ocupadas en regular la dinámica interna de sus habitantes, tampoco se olvidaban de los jóvenes estudiantes y dentro de la Universidad y los colegios hacían oír sus voces para apresurar, sosegar o liberar a los becados.

Después del chocolate llamaban al rosario (los dominicos tenían permiso de tocar a vuelo durante toda la jornada el día que se celebrara a la Virgen del Rosario, por ser ellos los máximos promotores de este culto⁹⁶) y ya cerca de las ocho se tocaba al *Angelus*, esta llamada era conocida por todos como "las oraciones" y se rezaba a la Encarnación. Ya afincada la noche se oía el toque para la Plegaria de las Animas y a la una de la mañana sonaban los maitines⁹⁷.

Después de esto, las campanas sonaban esporádicamente dentro de los edificios religiosos como para no permitir que la pereza se adentrara en sus paredes y así, hasta el amanecer, cuando con las aves marías volvían a oírse clamando por un nuevo día.

⁹⁵ Leyenda que mandó poner el virrey de Gálvez en 1786 en el telón del Nuevo Coliseo. Enrique de Olavarría y Ferrari. *Reseña histórica del teatro en México*. Prol. Salvador Novo, México, Porrúa, 1961. Tomo I.:32.

⁹⁶ Hay que recordar que fue a santo Domingo de Guzmán, fundador de la orden dominica, al que se le hizo el milagro de la aparición de la Virgen del Rosario, la cual le otorgó las cuentas símbolo del rosario con sus quince misterios gozosos, dolorosos y gloriosos. Anne Staples. *El abuso de las campanas en el siglo pasado* en Historia Mexicana. Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Vol.XXVII. oct.-dic. 1977.:182.

⁹⁷ Luis González Obregón. *Las calles de México* México, Patria, 1992.:217-218.

Aunque muchos extranjeros provenientes de la Europa ilustrada se quejaban de tanto repicar y de no poder dormir en santa paz la noche completa⁹⁸, los ya habituados súbditos de la capital virreinal no sólo no se quejaban sino que seguían con toda tranquilidad su vida al compás de sus campanas.

Pasado el rosario y antes de que sonaran "las oraciones", las personas que habían decidido ir al teatro cenaban y se preparaban para la salida nocturna.

Hacia el siglo XVIII, el teatro tenía ya una larga tradición en México (sin mencionar la que existió durante el período prehispánico y cuya propia evolución se vió truncada). Era un espectáculo al cual acudía la población al completo, en los primeros tiempos a los corrales de comedias y posteriormente a los teatros techados.

Si bien era un evento que conjuntaba a todos, cada una de las partes del todo tenía su específico lugar y apariencia; así había sido por mucho tiempo y lo seguiría siendo por un siglo más.

De esta forma, la gente se engalanaba de la mejor manera para asistir al acontecimiento pues no hay que olvidar que quien mejor se viera, mejor sería tratado: los indios ponían su empeño en componerse las vestiduras para aparecer lo menos desnudos posible, si no, la entrada les sería denegada; los mestizos, mulatos y demás castas se ponían sus calzones remendados y sus casacas luidas y sus mujeres estrenaban enaguas rehechas de ropas viejas. Los burócratas, comerciantes y sus familias se vestían del mejor modo posible según los ingresos con los que contarán y los "elegantes" lucían lo más granado y fastuoso que se pudiera ver en la corte virreinal.

⁹⁸ Hipólito Villarroel. *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España*. México, CONACULTA, 1994.:151.

Se esperaba el toque de "las oraciones" en casa y después de esto había que apresurar el paso, ya que las funciones teatrales empezaban quince minutos después de esta llamada, más o menos a las ocho y cuarto.

La élite salía de sus casonas en donde esperaban los coches ya enganchados, con un y hasta con dos pares de mulas magníficamente aderezadas (los tiros de seis caballos estaban reservados y eran privilegio especial para el virrey y su corte). Si la función era de pompa, se usaban las estufas de gala o de media gala pintadas de grana, azul, verde o color de pulga⁹⁹ y forradas de terciopelos o paños. Para las funciones normales se prefería utilizar los forlones, coches de cortinilla, cuyos colores también variaban, desde el austero negro hasta el palo de rosa. Los viroches, coches descubiertos, se dejaban para los paseos dominicales y el campo.

Desde principios de la colonización española, la Ciudad de México vio cómo se incrementaba rápidamente el número de coches que circulaban por sus vías; la razón bien podía ser el demostrar un cierto *status* o sencillamente por la mala calidad que padecían las calles, las cuales estaban llenas de baches, desniveles, lodazales y porquería.

Para la segunda mitad del siglo XVIII existían ya 637 coches de uso diario, que en proporción al número de habitantes (112, 926) eran excesivos¹⁰⁰. Además, hacia finales de siglo (1793) se implantaron en la ciudad los coches de alquiler, que fueron llamados

⁹⁹ Manuel, Romero de Terreros. *Una casa del Siglo XVIII en México*. México, UNAM, 1957.:70.

¹⁰⁰ El dato sobre el número de carruajes que circulaban en la ciudad de México durante la segunda mitad del siglo XVIII se encuentra en: Hipólito Villroel. *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España*. México, CONACULTA, 1994.:180. El concierne a la población de la capital novohispana se encuentra en: Alejandro de Humboldt. *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* México, Porrúa, 1973 :38

“Coches de Providencia”. Ciertamente sólo fueron ocho en total pero, aunados a los ya existentes, ayudaron a que la urbe tuviera serios conflictos de tránsito.

Era un número considerable de personas las que se dirigían al teatro en las noches de función; los ricos que contaban con coche propio se lucían desde sus ventanas con las señoras que se engalanaban con las ropas que ya se han mencionado antes y además se aderezaban con diamantes y calabacillas de perlas, rebozos bordados y abanicos de encajes. No se olvidaban de sus faltriqueras, pequeñas bolsitas a juego con el vestido y que contenían lo que la dama pudiera necesitar: pañuelo, cigarrera, pinzas de cigarro, cajita de rapé y grageas de dulce.

Los caballeros que pertenecían a la nobleza virreinal o que simplemente contaban con suficientes recursos para poder seguir las modas francesas que llegaban de España, utilizaban trajes costosos hechos por sastres mexicanos y con telas magníficas de importación. Esta vestimenta consistía en: camisa de seda, calzón, al que se empezaba a llamar pantalón, un chaleco conocido como chupa o vesta y una casaca o sobrevesta. Completaban el atuendo las finas medias de seda, zapatos de hebilla (puesto que el moño era una reliquia del siglo anterior) y corbata.¹⁰¹

Las camisas eran prendas caras, no sólo por su fina factura sino porque llevaban en los puños encajes de Alecon o Bruselas. Siempre eran blancas, se abrochaban por el cuello con jareta de lazo y llevaban pliegues en la espalda.

En general los señores de edad madura usaban corbata blanca de varias vueltas, pero los más jóvenes, llamados petimetres (*petit- maitre*- amito, nombre con el que se

¹⁰¹ La corbata fue un adorno llevado a Francia a mediados del siglo XVII por los soldados mercenarios contratados por el rey Luis XIV. Estos soldados eran de nacionalidad croata y llevaban como adorno una especie de bufanda delgada y anudada artísticamente al cuello; los franceses

llamaba en Francia desde 1730 a los jóvenes de buena familia), ya habían incorporado a su vestimenta la usanza de llevar chorrera, especie de cascada de encaje que se prendía al cuello y que caía sobre el pecho. Se procuraba que tanto las corbatas como las chorreras fueran de seda lavables, puesto que con el uso del rapé¹⁰² y el tabaco tomaban un tinte amarillento no permitible en un caballero de buen ver.

El calzón podía ser de seda, lana o algodón según el clima imperante y su color era siempre liso y a juego con el resto de la combinación. Este pantalón se cerraba por delante con una portañuela, que se abrochaba con cordones o botones, y que consistía en dos cortes diagonales que nacían de las ingles hasta la cintura. A mediados del siglo, en Francia se empezó a utilizar la bragueta de un solo corte, sin embargo en España, la Inquisición prohibió este tipo de pantalones por resultar en extremo indecentes (se pensaba que, el que más pronto se desvistiera, más pronto pecaría¹⁰³) y por consiguiente lo mismo ocurrió en la Nueva España, donde la bragueta se usó sólo desde principios del Siglo XIX. El calzón terminaba en la rodilla en donde se ajustaba con lazos de seda y podía quedar cubierto por las medias.

La chupa era un chaleco que estaba enteramente bordado con brocados de seda y que llevaba hilos de oro o plata en su trama. Los dibujos que la adornaban consistían en hojas, pájaros y chinerías. Para abrocharlas se utilizaban botones de plata labrada, confeccionados por los plateros de la calle de Plateros. Poseían las mencionadas vestas

enloquecieron con la novedad y adoptaron su uso llamándolo "croata", término que degeneró en *cravat*, es decir corbata. R.Dalmau. *Historia del traje*. Barcelona, Jover, 1947. Tomo II:343-414.

¹⁰² La palabra rapé viene del francés *rapé* que significa rallado. Se utilizaba como nombre propio del producto formado por el polvo negro del tabaco elaborado después de madurar la hoja en combinación con esencias aromáticas. Se guardaba en pequeñas cajitas y se tomaba con dos dedos para olerlo y después estornudar. Se suponía que el estornudo despejaba la cabeza y además era de extrema elegancia.

¹⁰³ R. Dalmau. *Historia del Traje* Barcelona, Jover, 1947 Tomo II:370

un par de bolsillos a cada lado en los cuales se guardaban las leontinas de oro de las que colgaba el par de relojes que usaba el caballero.

Las casacas eran de fieltro y las mejores de terciopelo francés. A diferencia de Francia, en donde predominaron los tonos pastel, en la Nueva España se usaron colores oscuros, como el vino, el verde seco y las gamas de café. Estaban bordadas o llevaban apliques de brocado y alamares, muchos hechos con hilos de oro y plata (los encargados de llevar a cabo estas confecciones eran los artesanos de los gremios de bordadores y de pasamaneros). Las casacas iban siempre abiertas para dejar ver el fino trabajo de la chupa, además, las mangas de la primera llevaban una gran vuelta, casi hasta el codo, y bajo su puño sobresalían los encajes de la camisa.

Los hombres de más alto linaje portaban peluca e incluso se consideraba una ofensa el no hacerlo¹⁰⁴. Las pelucas podían ser largas hasta los hombros o, las más modernas, de rizos cortos “a la francesa” con una o dos coletas con lazos negros por la espalda. Las había blancas o grises, sin embargo, también se llevaban de color natural (habrá que recordar que las pelucas se hacían siempre con cabellos naturales y que para blanquearlas se utilizaba polvo de almidón).

Así como era impensable que una señora saliera a la calle sin llevar con qué cubrirse, el hombre de distinción se tocaba con tricornio, inventado en 1710. Este era un chambergo (sombrero de ala ancha) de fieltro a cuya ala se le hacían tres dobleces que se cosían, formando un sombrero de tres picos. Los tricornios eran generalmente negros y llevaban galón dorado en la orilla.

Los espectadores más sencillos en su vestimenta, que se encaminaban a pie hacia el teatro, debían tener precaución, ya que era notorio el poco cuidado y la

arbitrariedad de los lacayos de librea que conducían los coches. Amparándose en el prestigio de sus patrones y sabiéndose impunes a las ordenanzas, echaban a galopar las mulas en zonas llenas de peatones, conducían ebrios, se arribaban a las paredes para rebasar a otros coches e incluso hacían competencia contra otros carruajes¹⁰⁵, lo que provocaba pánico, heridas y atropellamientos.

El primer teatro en forma que tuvo la ciudad (aparte de los corralillos de comedias) se ubicó en el interior del Hospital Real de Naturales que se encontraba en la calle del mismo nombre, Hospital Real (luego San Juan de Letrán y hoy Lázaro Cárdenas) y la calle de Zuleta (hoy Venustiano Carranza). El hospital administraba los ingresos del teatro para sus necesidades de cuidados de enfermos y mantenimiento del inmueble.¹⁰⁶

Este teatro funcionó durante el Siglo XVII y hasta 1722, año en que se quemó (justo después de la representación de la obra *Ruina e incendio de Jerusalén*). Luego del incendio, esta construcción se rehabilitó¹⁰⁷ y se le hicieron mejoras, pero poco duró en funciones ya que las representaciones causaban innumerables molestias y peligro a los enfermos del hospital.

En 1725 se construyó otro teatro, ya no en el hospital sino en unos terrenos que poseía éste en la calle de la Acequia (después llamada Coliseo Viejo y hoy 16 de Septiembre) frente al callejón del Espíritu Santo (hoy Motolinia). Este inmueble fue

¹⁰⁴ Abelardo Carrillo y Gariel. *Op.Cit.*:156.

¹⁰⁵ Luis González Obregón. *México Viejo*. México, Alianza Editorial, 1992.:557.

¹⁰⁶ El Hospital Real mantuvo el monopolio de las rentas del teatro hasta el año de 1822. Aunque al principio el hospital mismo manejaba el teatro, desde mediados del siglo XVIII lo alquiló a diversos asentistas y sólo percibió una renta.

¹⁰⁷ Cuando el Viejo Coliseo se rehabilitó, se hicieron rogativas especiales a San Antonio Abad, para que no hubiera un nuevo incendio. ACM. Ramo Patronatos y Santos Patronos. Legajo 1. Expediente 8

llamado Coliseo Viejo ya que en su construcción se utilizaron los materiales viejos y quemados del antiguo teatro del hospital.

El Coliseo Viejo prolongó su vida por poco más de veinticinco años y a él se podía llegar en coche o en canoa, puesto que la calle tenía una acequia¹⁰⁸. Esta última forma de transporte era el método utilizado por los virreyes para asistir al teatro desde el Palacio Virreinal, ya que preferían librarse de la plebe y los baches y ser conducidos dulcemente en elegantes barcas con música y corte.

“Por amenazar ruina”, el Coliseo Viejo fue abandonado y en su lugar se construyó uno nuevo, ahora en la calle de Colegio de Niñas (luego llamado Coliseo Nuevo y hoy Bolívar).

El flamante y nuevo teatro, que llevó el nombre de Coliseo Nuevo¹⁰⁹, se hizo de buena obra y con inmejorables materiales. Fue inaugurado en diciembre de 1753 con la comedia de capa y espada *Mejor está que estaba* de don Pedro Calderón de la Barca con la presencia del virrey que ordenó su construcción, Don Juan Francisco Güemes y Horcasitas, primer conde de Revillagigedo.¹¹⁰

La llegada al teatro resultaba en extremo conflictiva, puesto que la calle del Coliseo Nuevo se llenaba de viandantes que apuraban el paso para alcanzar la puerta

¹⁰⁸ La traza urbana estaba rodeada por una acequia ancha y además corría otra acequia de Oriente a Poniente y que pasaba por el costado de Palacio, Tiapaleros, Coliseo Viejo y callejón de Dolores, hasta salir por el convento de San Francisco para unirse al canal que pasaba por San Juan de Letrán y que corría de Sur a Norte. Había además algunos otros canales de menor importancia en otras direcciones. Carlos J. Sierra. *Historia de la navegación en la ciudad de México*. México, Departamento del Distrito federal, 1974. (Colección Popular Ciudad de México 4):26.

¹⁰⁹ Este teatro continuó en funciones durante el siglo XIX y parte del XX. Su nombre cambió y se llamó Teatro Principal, enfocado al teatro de revista. En él se presentaron las famosas primeras tipes María Conesa, Mimí Derba y Celia Montalbán. Fue demolido en 1931. Enrique Alonso. *María Conesa. México, Océano*, 1987. *Passim*.

¹¹⁰ Enrique de Olavarría y Ferrari. *Op. Cit.*:23.

del local y que milagrosamente esquivaban a los coches que se arremolinaban en uno y otro sentido.

Era tal el caos que se originaba, que el virrey don Matías de Gálvez (1783-1784) ordenó que la cuadra en la que se situaba el teatro fuera de un solo sentido y que los carruajes se detuvieran sólo para dejar a sus pasajeros para luego retirarse.¹¹¹

Los coches, tanto privados como de alquiler, debían esperar durante la función en las calles aledañas al teatro, los cocheros que no cumplieran con esta ordenanza serían multados y los carruajes requisados. Estaba prohibido que la guardia golpeará a los cocheros y a las mulas; si los cocheros no obedecían se les llevaba a la cárcel y en cuanto a las mulas, el problema requería mayor paciencia

El Coliseo Nuevo contaba en su fachada con tres arcos de entrada; la puerta de la derecha era sólo para palcos. En la dicha fachada se ponían los carteles que anunciaban la obra y el reparto. Estos carteles, junto con los que se colocaban en el Portal de Mercaderes, eran los únicos avisos impresos con los que se contaba, pues no existían programas de mano.

La concurrencia al Coliseo siempre era nutrida ya que era el único teatro con el que contaba la capital y por eso los habitantes de la misma no tenían otros lugares (sin peligro) para el esparcimiento nocturno. La multitud se arremolinaba en las puertas del teatro con sus billetes en la mano que se compraban de antemano o en la taquilla poco antes de la función. Los precios variaban según el sitio que se requiriera: lo más caro era el cuarto o palco que costaba cinco pesos por función o 300 pesos por abono anual.

¹¹¹ Juan Pedro Viqueira Albán. *Op.Cit.*:71.

El asiento en luneta costaba seis pesos en abono mensual, el de cazuela un real por función y el del mosquete medio real.¹¹²

Los ricos entraban tranquilamente por su puerta especial de palcos mientras que los demás gritaban y se empujaban para entregar sus billetes y entrar. Estaba prohibida la entrada a "tapadas" (llamadas así a las mujeres que se cubrían el rostro con velos o rebozos) y embozados con capa o chambergo, ya que representaban un peligro para el demás público porque podían traer armas escondidas entre sus ropas.

La concurrencia entraba y se dirigía por las escaleras para ocupar su correspondiente lugar; la entrada estaba permitida a cualquiera que trajera billete y estuviera vestido con decoro. Sí, todos entraban pero sin mezclarse, ya que cada quien tenía su lugar según sus posibilidades de pago, su situación, *status* o manera de vestir. Era una visión muy organizada, propia de la Ilustración que dividía al Nuevo Mundo en castas y estamentos.

El Nuevo Coliseo era una construcción de cuatro pisos y su interior estaba pintado de blanco y azul con las Armas Reales en la embocadura del escenario y alegorías de las musas en el cielo raso. En la planta baja estaba la luneta, también llamada *patio*; ahí había varias filas de bancas sin numeración cuyos mejores lugares eran para los mejor vestidos.

En la parte trasera de la luneta se encontraba el mosquete¹¹³, donde no había asientos, sino que los espectadores veían la función de pie. Cabían 369 personas y eran

¹¹² Enrique de Olavarría y Ferrari. *Op.Cit.*:25.

¹¹³ El origen de la palabra "mosquete" proviene de los corrales de comedia española del siglo XVII, en donde en la parte trasera los espectadores (casi siempre hombres) veían la función de pie. Como las obras eran tan largas, llevaban bastones para sostenerse, con estos pegaban en el suelo cuando la obra no era de su agrado o simplemente para hacer bulla. Decían que el sonido del golpeteo se asemejaba al tronido que causaba la explosión de un mosquete (especie de escopeta), por ello llamaron a estos

los lugares más baratos, ocupados casi siempre por artesanos, sirvientes, vendedores del mercado, negros libertos y estudiantes en bancarrota. El mosquete era la zona del teatro en donde abundaban los modales menos pulidos y en donde el público, generalmente hombres (que portaban capa corta y redecilla en el pelo) se portaba más ruidosamente y con menos amabilidad.

Había en el teatro tres pisos con dieciocho palcos, los numerados con el 1, 2 y 3 eran los centrales y estaban permanentemente reservados para el virrey y su corte, los cuales tenían asegurada la entrada sin costo.

El cuarto piso estaba ocupado por la galería, también llamada paraíso o más comunmente cazuela. Ahí los espectadores se sentaban separados, de un lado las mujeres con 237 asientos y del otro lado los hombres con 159 asientos. El teatro tenía capacidad para alrededor de 1500 personas.¹¹⁴

Este inmueble tenía escasa ventilación ya que sólo contaba con pequeñas ventanillas cerca del techo, en la parte superior de la cazuela; ahí se apiñaban algunos para poder mirar la función sin pagar por el billete.

Las personas tomaban asiento (con excepción del mosquete) siguiendo en mayor o menos medida las indicaciones del encargado¹¹⁵ de la sala; hablaban, se saludaban y observaban a la concurrencia. En la luneta y la cazuela podían surgir problemas por los lugares: por ejemplo, si alguien ocupaba más de un sitio, o bien si dos o tres personas querían sentarse en un pequeño espacio para estar juntos, provocando con esto que el resto de la banca se apretujara. Surgían las disputas y se podía pasar a los gritos;

espectadores mosqueteros. Pese a que la costumbre de llevar bastones desapareció, esas localidades conservaron el nombre. Juan de Zabaleta. *El día de fiesta*. Madrid, Ediciones Castilla, 1948. Tomo II.:235.
¹¹⁴ Maya Ramos Smith. *El actor en el siglo XVIII. Entre el Coliseo y el Principal*. México, Editorial gaceta, 1994.:76.

afortunadamente nadie llevaba armas y de un par de empujones no excedía el asunto. El encargado ponía paz dando su veredicto, el cual a decir verdad, no siempre era justo ya que las ropas, las sonrisas y el cohecho hacían pesar la balanza.¹¹⁶

Con la entrada del público comenzaba la peregrinación de los vendedores de golosinas. Enumerando a gritos sus productos y cargando charolas con nieves de sabores, aguas, frutas, nueces y pastillas de anís, pasaban con trabajos entre los asientos y las faldas de las señoras, pisando uno que otro pie y manchando una que otra casaca, cosa que conseguía enojos y nuevamente gritos.

Estos vendedores compraban al asentista del teatro las concesiones que les permitía realizar su vendimia, la cual se hacía no sólo entre actos, sino en plena función, cosa que fastidiaba sobremanera tanto a los espectadores como a los actores mismos.

En esa época las luces de la sala no podían bajar de intensidad puesto que todavía no existían las lámparas de gas, mas bien se iluminaba con velas, que en ocasiones estaban hechas de esperma¹¹⁷ y las más de las veces de sebo (éstas al quemarse, emitían mucho humo y olían a fritanga). Para oscurecer un poco la sala (ya que los arbotantes quedaban permanentemente prendidos) la tramoya levantaba el candil central, antes de la última llamada, hasta sobrepasar el nivel de la cazuela, para así no impedir la visión del público. Con esto se conseguía, si no una oscuridad total, sí una penumbra acogedora.

¹¹⁵ Con respecto al personal que laboraba en el teatro se hablará más adelante.

¹¹⁶ La imagen aquí retratada está tomada del relato que hace sobre el Teatro de Comedia de Madrid Juan de Zabaleta en su libro *El día de fiesta*. Madrid, Ediciones Castilla, 1948.:28.

¹¹⁷ La esperma es una sustancia que proviene de la materia oleosa de las cavidades del cráneo de las ballenas, con la que se hacían velas que resultaban óptimas para el teatro ya que daban una luz blanca y muy brillante además de que no goteaban. Se utilizaron en el Coliseo Nuevo sólo para las grandes ocasiones pues eran caras y difíciles de conseguir. Maya Ramos. *El actor en el siglo XVIII*. México, Editorial gaceta, 1994..80-81.

Así pues, con la sala a medio iluminar y con los espectadores todavía dando voces y buscando acomodo, se daba la última llamada con solemnes golpes de bordón sobre el escenario, la música atacaba con brío y se abría lentamente el telón para dar comienzo al primer acto, llamado también jornada, de la función.

"Norabuena,
que a mí nada me da pena,
si he de decir verdad; pues
diciendo yo la verdad,
¿ser qué importa, en conclusión,
en trono o dominación,
cuanto más el Potestad?"¹¹⁸

Las obras de teatro que se presentaban en el Coliseo Nuevo de la Ciudad de México eran españolas o mexicanas y seguían las pautas y el tono del teatro de la metrópoli, pero con anécdotas locales. Uno de los autores más puestos fue Don Pedro Calderón de la Barca (precisamente una de sus obras fue la que inauguró el teatro) pero también se montaba a Lope de Vega, Tirso de Molina, Lope de Rueda, Juan Ruíz de Alarcón y autores menos conocidos, ya fueran de España o México. Los autores teatrales abordaban temas de amores, de gestas históricas o de mitología grecolatina, esta última muy del gusto del espíritu barroco. Algunas de las obras puestas en el Coliseo fueron: *El garrote más bien dado* (ahora conocida como *El alcalde de Zalamea*),

La dama duende, El amo criado, Pánfilo Narváez, Hernán Cortés en Tlaxcala, El bruto de Babilonia y Andrómaca.

El aspecto formal de las puestas en escena no variaba mucho de una temática a otra, las ropas y la escenografía eran muy parecidas, ya fueran temporalmente ubicadas en el período del Siglo de Oro o en épocas contemporáneas o históricas. Fácilmente se podía ver una obra mitológica en donde un Júpiter lucía casaca y zapatos de hebilla, mostrando sus rayos amenazantes a una serie de diosas de la Hélade que se tocaban con pelucas blancas y vestidas con *panier* del siglo XVIII.

El ambiente lo daba una escenografía de múltiples usos, que podía ser a veces un castillo que, con pocos cambios, se transformaba en salón y que luego, con algunas nubes, estrellas y angelitos dibujados se convertía en el magnífico Olimpo.

Mientras la obra transcurría, el público miraba atento, comentaba en voz alta, se reía y se sorprendía de los efectos especiales (entre una y otra parte de la cazuela había un cuartito llamado “cuarto de velos” en donde estaba colocada una argolla con cuerda y polea; esto era para que ángeles, dioses o emisarios celestiales descendieran volando hasta el escenario entre humo de colores y explosiones de pólvora¹¹⁹), todo esto sin dejar de comer golosinas, beber vino y fumar.

Terminada la primera jornada, el telón se cerraba con el fin de cambiar rápidamente de escenografía para la representación de algún entremés o sainete. Antes de que empezara uno u otro, el público estiraba las piernas, saludaba a los conocidos recién vistos y los hombres salían a satisfacer sus necesidades fisiológicas.¹²⁰ Mientras

¹¹⁸ Primer acto de la obra *Mejor está que estaba* de don Pedro Calderón de la Barca.

¹¹⁹ Enrique de Olavarría y Ferrari. *Op. Cit.*:24.

¹²⁰ En el teatro Principal de Puebla, construcción del siglo XVII, existían en uno de los extremos del teatro, en el pasillo repartidor de los palcos, unos huecos en la pared en forma de hornacinas,

tanto, las damas de los palcos espiaban a sus congéneres, revisaban y criticaban sus atuendos, modales y galanes o pasaban al vestíbulo de su propio palco a seguir fumando y comentar las novedades.

Como ya se dijo antes, las mujeres mexicanas tuvieron el hábito de fumar antes de la emancipación femenina; fumaban las mujeres pertenecientes a clases de escasos recursos y también las de la élite. Las segundas fumaban unos cigarritos pequeños, ovalados y por supuesto sin filtro, que guardaban en hermosas cigarreras de plata labrada o con esmalte, junto con la pinza para detenerlos.

Los hombres que, también fumaban, podían preferir cigarros (puros) o cigarrillos como los de las damas;¹²¹ en ocasiones los caballeros gustaban de llevar el tabaco en cajas de piel o en pequeñas faltriqueras, especialmente hechas para este propósito, y también los papelillos de arroz para preparar ellos mismos sus cigarritos.

Ya estaban en uso los fósforos, que también se llevaban en cajitas de plata y se encendían frotándolos contra cualquier superficie lisa, como el suelo, la pared o incluso la suela del zapato. También los caballeros solían utilizar mecheros, que eran unas

expresamente hechos para que los hombres orinaran. Estos huecos daban al pasillo lateral, que estaba al descubierto y que servía para introducir los materiales de construcción de las escenografías. No hemos encontrado ninguna referencia acerca de esto con respecto al Nuevo Coliseo; sin embargo por inferencia suponemos que así debió ser también en el teatro de la capital, ya que al durar poco más de tres horas y media los espectáculos mientras el público bebía en gran cantidad, es lógico pensar que la naturaleza llamara. En cuanto a las mujeres, siempre han tenido en esto muchos más problemas, tanto por sus ropas como por su natural físico, pensamos que si la exigencia era inaplazable, alguna camarera podía abastecer a la dama con una bacinica.

¹²¹ Existió en la ciudad de México en el siglo XVIII una gran fábrica de cigarros en donde laboraban de siete a ocho mil personas entre hombres y mujeres. Estaban divididas las dependencias, una para hombres y otra para mujeres, ya que en ocasiones podía haber desavenencias y pleitos (recordemos los incidentes relatados en la obra *CARMEN* de Merimée, que transcurre en el sur de España, en donde las tabaqueras se pelean a cuchilladas. De la dicha fábrica salían los cigarros y cigarrillos de buena calidad que fumaba la clase pudiente. Los cigarros de baja categoría, y que fumaba la sociedad de menores recursos, se hacían a base de desperdicios por las tabaqueras emplazadas en las calles de Balvanera, Tabaqueros y los Bajos de Portacoeli, las cuales recogían los sobrantes de cigarros ya fumados en el suelo de la ciudad, los deshacían y formaban nuevos cigarros que se vendían a bajo precio. Para más

pequeñas piezas en cuya parte superior ostentaban un adorno de plata o de hierro con una figurita decorativa de caballo, barco o cualquier otro animal. Este adorno estaba sujeto a una pequeña base de hierro que, a la vez, sostenía un pedernal y una mecha de algodón. Al frotar el pedernal sobre una superficie dura se producía una chispa, la cual prendía la mecha y se producía la llama.¹²²

Sin embargo, dentro de casas o teatros, ya que siempre había candeleros a la mano, era mucho más sencillo que los fumadores se acercaran a él para prender sus cigarros.

Las palabras entremés y sainete significan pequeños bocadillos que se comen para abrir boca o entrecomidas y esto es lo que eran en el teatro, pequeñas obras jocosas, siempre acompañadas de música y baile, que podían durar hasta media hora y que siempre se representaban entre un acto y otro. Aunque actualmente este tipo de obras se llegan a representar por sí solas, en su origen en el siglo XVI, fueron hechas expresamente para representarse conjuntamente a una obra de mayor envergadura.

La gente se divertía enormemente con estos sainetes que, generalmente, abordaban los problemas cotidianos que vivía el público espectador. Algunos de los títulos de estas obras que se representaron en el Coliseo fueron: *El payo y la novia*, *El niño bobo*, *El petimetre afectado* y *El marido celoso* entre otras.

datos ver: Hipólito Villarroel. *Op.Cit.*:187. Luis González Obregón. *Las calles de México. Op.Cit.*:314 Agustín de Vetancurt. *Op.Cit.*:254.

¹²² Ned Seidler. *El arte de fumar*. México, Novaro, 1966.:62. En el Museo Franz Mayer existen varias piezas en muy buen estado de este tipo de mecheros.

Luego del entreacto sainetero, el telón se levantaba para dar paso a la segunda jornada.

Poco en eso me mandáis
que es piedad tan singular
como en vos llevo a advertir,
imposible de decir,
y imposible de callar.¹²³

El público tardaba en entrar en situación, puesto que el divertimento del entreacto había causado hilaridad y la gente seguía comentando alguna canción o baile en especial. El bullicioso mosquete alababa a gritos a las actrices guapas o se burlaba con pullas y silbidos de algún galán imberbe. Mientras tanto los actores hacían esfuerzos sobrehumanos para dejarse oír entre el interminable desasosiego de la sala.

Las compañías teatrales del Coliseo eran muy grandes, entre 45 y 50 artistas contando a cantores y bailarines; además estaban los tramoyistas, vestuaristas, apuntadores, músicos y el personal de taquilla, los encargados de acomodar al público, mozos y camareras.

Los actores tenían una determinada jerarquía según los papeles que representaran y su sueldo era correspondiente a ella: las primeras damas y los galanes

¹²³ Segundo acto de la obra *Mejor está que estaba* de don Pedro Calderón de la Barca.

ganaban los mejores sueldos, entre 1200 y 1800 pesos por temporada¹²⁴, las segundas damas y segundos galanes, que son los que representan las parejas antagónicas, tenían un sueldo poco menor, entre 1000 y 1200 pesos. Los graciosos y graciosas que desempeñaban los papeles cómicos podían ganar desde 300 hasta 800 pesos. Eran llamados "Barba" y "Vejetes" los actores que interpretaban los papeles característicos y de cuadro; éstos recibían sueldos no sólo acordes al papel que interpretaran sino también, en determinadas ocasiones, conforme al *currículum* que tuvieran, ya que muchos de ellos habían sido en su juventud famosos primeros actores (además, las más de las veces, eran los "Barba" los que fungían como directores de escena) por ello su sueldo podía variar desde 300 hasta 1000 pesos anuales.

Los bailarines y cantores ganaban poco más o menos lo mismo según su jerarquía sin embargo, había muchos casos en que, por trabajar la familia al completo se les pagaba en paquete. Tal fue el caso de Gerónimo Marani, al que se le pagaban 4000 pesos por temporada a él y a su familia (esposa e hijos)

El resto del personal ganaba mucho menos, desde el apuntador¹²⁵ que ganaba 470 pesos por temporada hasta el iluminador que ganaba 50.

Aunque hay mención de las buenas cualidades de algunas actrices del Coliseo como Antonia de San Martín (activa de 1780 a 1809), Gertrudis Solís (activa de 1789 a

¹²⁴ La temporada teatral empezaba el domingo de Pascua de Resurrección (entre marzo y abril) y terminaba después del carnaval o carnestolendas, justo el miércoles de Ceniza, es decir que la compañía descansaba durante la cuaresma y la Semana Santa. Enrique de Olavarría y Ferrari *Op Cit.*:24.

¹²⁵ En el Nuevo Coliseo se ponían varias obras por semana; se trabajaba de domingo a viernes y se descansaba el sábado. En algunas ocasiones se llegaron a poner más de 20 obras en un mes, esto quiere decir que los actores debían memorizar una gran cantidad de parlamentos. Por ser casi imposible esto, existía el trabajo de apuntador, quien permanecía toda la función en su concha, especie de pequeña media bóveda en el centro de proscenio. Desde ahí seguía la obra, con libreto en mano, y apuntaba cuando algún actor olvidaba sus líneas. Muchas veces el apuntador hablaba tan alto que el

1808) y de bailarines como Gerónimo Marani¹²⁶, pero en general el nivel actoral de la compañía del Coliseo dejaba mucho que desear. Casi siempre los actores provenían de familia de actores y sus hijos también eran actores. Algunos de ellos tenían talento artístico, sin embargo, muchos otros carecían de él, pero como su mundo giraba en torno al teatro y no estaban adiestrados ni tenían las posibilidades para cambiar de situación, continuaban con la tradición familiar.

Desde tiempos antiguos los actores, también llamados farsantes (puesto que se dedicaban a hacer farsa) habían sido admirados y buscados en los escenarios, pero eran terriblemente despreciados a nivel social. La Iglesia no permitía que se les enterrara en tierra consagrada (aunque ya para el siglo XVIII todos se saltaban la prohibición), no se les invitaba a departir en reuniones sociales, los ricos los miraban con desdén y los pobres les tenían desconfianza por creerlos personas de escasa moral.

Generalmente, en Nueva España, los actores vivían en condiciones bastante pobres ya que sus sueldos no eran muy buenos y tenían que sufragar alquiler de vivienda, manutención y vestido, no sólo el cotidiano, sino también el de escena. Se recriminaba el que un actor saliera mal vestido en una obra teatral y no se pensaba que, a lo mejor, no tenía dinero para ello. Muchas veces el actor que hacía papel de criado estaba mejor vestido que aquél que personificaba a un rey.

público se enteraba de lo que iba a pasar antes de que el actor lo dijera. La usanza del apuntador en concha continuó hasta la década de los cuarenta de este siglo.

¹²⁶ Gerónimo Marani, bailarín que cosechó magníficas críticas en Italia, Austria, España y Portugal, llegó a trabajar como coreógrafo y primer bailarín del Coliseo Nuevo en 1786. Para más datos ver Maya, Ramos Smith. *La danza en México durante la época colonial*. Op.Cit.:89-105. Para ver el periodo de trabajo de las actrices dentro de los repartos del Nuevo Coliseo de 1753 a 1821 ver Maya Ramos Smith. Op.Cit.:230-255.

Además, los artistas que firmaban contrato con el Coliseo estaban atados a él hasta que el asentista quisiera, y si para la siguiente temporada no estaban de acuerdo con el sueldo y querían contratarse en otra obra, el gobierno, que la mayor de las veces apoyaba a los asentistas, los boicoteaban no permitiendo su ingreso a teatros de otras ciudades. Es obvio decir que los actores carecían del dinero suficiente para cambiar de país.

Por consiguiente, resultaba lógica la conducta de los actores, que a pesar de las ordenanzas al respecto¹²⁷, muchas veces se desinteresaban de su desempeño escénico, no memorizaban sus líneas, se desconcentraban, se reían sin poder decir sus parlamentos y con bastante frecuencia contestaban con gritos a las invectivas del público. Además de esto, faltaban a los ensayos, perdían sus papeles¹²⁸, se fingían enfermos y concebían mil triquiñuelas para sacar el mejor provecho de la situación.

Independientemente de que el teatro para el siglo XVIII tenía ya una tradición y un sitio en el gusto de los novohispanos, los gobiernos ilustrados le brindaron un mayor apoyo, puesto que pensaban que este tipo de actividades educaba y pulía el carácter de los habitantes del virreinato. Por esto mismo es que se lanzaban ordenanzas a diestra y siniestra para mejorar el comportamiento tanto de los actores como del público. Sin embargo, y a pesar de multas, amenazas y penas de cárcel, el ambiente tardó largo tiempo en limarse: al público se le prohibía escupir y lanzar colillas encendidas desde la cazuela, pues los espectadores de luneta se podían mojar o quemar y los gritos causaban molestias. No estaba permitida la malicia de lanzar monedas de plata a las

¹²⁷ Maya Ramos Smith. *El actor en el siglo XVIII. Op.Cit.*.220.

¹²⁸ Antes de la década de los años treinta y cuarenta del siglo XX, cuando el teatro se modernizó, no se usaba darle a los actores el libreto completo de las obras, sino sólo las cuartillas en donde su personaje aparecía. Por esto se decía que se les daba un papel, puesto que a veces era sólo una hoja. Muchas

"actoras" guapas, ya que éstas, al estar siempre tan necesitadas de dinero, no dudaban en agacharse a recogerlas y con esto mostraban al público sus generosos escotes.

Por supuesto que quedaba vetado gritar a los actores, lanzarles grajeas y cáscaras¹²⁹, intervenir en los parlamentos y pedir repeticiones de diálogos o canciones. Se sugería que, si al público le agradaba la función, premiara a los actores con el aplauso, nunca gritando ni lanzando sombreros; si el espectáculo dejaba qué desear, se proponía el silencio castigador, no el abucheo, los silbidos, el golpeteo de tacones en el piso, ni mucho menos, el arrojar proyectiles, aunque fuera fruta.

Por otro lado, también la gente de escena tenía asimismo sus prohibiciones: debían saber de memoria sus parlamentos y no atenerse permanentemente al apuntador (los actores que recaían en esta falta por tres veces, eran castigados con una semana de cárcel). Los artistas que hacían papeles de criados o subalternos no debían pasar por enfrente de los que hacían papeles de nobles, ni podían mostrarse con el sombrero puesto frente a ellos.¹³⁰

Las actrices debían vestir honestamente y así no serían causa de lascivia y servirían como enseñanza de las buenas costumbres que se imponían en el virreinato; asimismo, no se les permitía sonreír directamente al público, hacerle señas ni ponerse a platicar con él. Se prohibían las conversaciones entre actores durante el transcurso de la función, los ademanes de cólera y desprecio contra el público y también que, al término de sus escenas, pidieran perdón al respetable auditorio por su mala actuación, pues esto rompía la "magia" teatral.

veces el actor memorizaba sus líneas sin saber cómo empezaba y cómo terminaba la obra, de lo cual se enteraba hasta el primer ensayo.

¹²⁹ De esto se saivaban los actores durante las carnestolendas, ya que entonces, estaba prohibido que se vendieran anises y huevos con harina. ACM. Ramo Diversiones Públicas Legajo 1. Expediente 13

Siempre había un juez de teatro, mantenido por el ayuntamiento, que cuidaba del buen comportamiento de todos los asistentes al teatro y de que los espectáculos no contuvieran mensajes alusivos a la política, a la Iglesia o a la conquista de México. Tampoco se permitían escenas, parlamentos o movimientos procaces que atentaran a la moral vigente. Sin embargo, a pesar de las ordenanzas, de los jueces, y de la misma presencia del virrey o de altos miembros del gobierno en el teatro, el ambiente nunca fue del todo pacífico como así hubieran gustado los afanes ilustrados.

Al terminar la segunda jornada venía el segundo entreacto y la fiesta continuaba con nuevos cantos y bailes que se sucedían con rapidez para la alegría y alboroto del público. A diferencia del estilo teatral que imperaba en esos momentos en Inglaterra y Francia, el modelo de teatro español (que era el que se seguía en la Nueva España) hacía uso constantemente del canto y del baile dentro de las representaciones, ya fueran cómicas o dramáticas.¹³¹ Asimismo los entremeses, sainetes y demás escenificaciones intermedias, también se coloreaban con música y cantos.

Durante el siglo XVIII, como reacción contra el ambiente operístico elitista que manaba de la metrópoli, tomaron auge las tonadillas, cancioncillas ligeras con toques cómicos, patrióticos o amorosos, que de manera superficial retrataban la actualidad de los habitantes y que lucían títulos como *El emporio del Orbe*, *México adorado*, *Amado Coliseo*, *Paisanitos graciosos*. Además de las tonadillas se bailaban danzas españolas y las llamadas "de la tierra", es decir, bailes populares mexicanos como los jarabes.

¹³⁰ Enrique de Olavarría y Ferrán. *Op. Cit.*.63.

¹³¹ Desde el siglo XVI el teatro español hizo uso de la música y el baile en el teatro. Lope de Rueda siempre se acompañaba de la guitarra en sus obras, pero fue don Pedro Calderón de la Barca, quien inició la idea de espectáculos integrados con trama y música cantada. Cerca de Madrid existía un pabellón de caza al que eran adictos los reyes. Esta construcción se hallaba en medio de matorrales de zarzas, por ello recibía el nombre de La Zarzuela. En este pabellón, luego ampliado a Palacio, es donde

Durante este entreacto los asistentes de palcos podían retirarse a su pequeño vestíbulo a descansar y comer un bocadillo más en forma, las damas se refrescaban agitando sus abanicos, tomando vino y charlando más cómodamente. Mientras tanto, el público de mosquete movía las piernas ya entumecidas o salía a los corredores a caminar, a pesar del riesgo de perder su lugar.

Tras el último cambio de escenografía se daban los golpes de llamada para la tercera jornada:

Y diré
que esta comedia, que ofrece
el autor a vuestros pies,
hoy "está mejor que estaba",
si os ha parecido bien.¹³²

Ya para el tercer acto y dada la duración de la función, el público se encontraba cansado y muy tendiente a la distracción, por ello, generalmente, era en este último acto (que además era el más corto) en donde, para capturar la atención de los espectadores, abundaban los duelos con espada, la aparición de fantasmas, espíritus o dioses y los efectos especiales con la voladora, explosiones, humo y movimientos complicados de tramoya (aparecían nubes, el sol se acercaba o bajaban las estrellas).¹³³

se representaban los espectáculos de Calderón y por ello al género le empezaron a llamar "Fiestas de Zarzuela". Salvador Valverde. *El mundo de la Zarzuela*. Madrid, Editorial Palabras, 1979.:passim.

¹³² Tercer acto de la obra *Mejor está que estaba* de don Pedro Calderón de la Barca.

¹³³ Phyllis Hartnoll. *The Theatre*. London, Thames and Hudson, 1981..126.

Para estos momentos la sala ya estaba llena del humo de las velas y de los cigarrillos que en ningún momento se dejaban de fumar. El ambiente, dado el encerramiento, los humos y el olor a humanidad, era irrespirable. Algunos se quedaban dormidos, otros platicaban francamente sin importarles la función, otros más, se divertían escupiendo al público de luneta y por último, los que sí estaban interesados en la conclusión de la obra, se vaciaban los pulmones siseando para acallar al resto.

Finalmente, la función concluía cerca de la medianoche y la calle del teatro se volvía a aglomerar. Los coches particulares hacían largas filas para recoger a sus dueños, los grupos sociales se mezclaban entre empujones, ascos y tal vez uno que otro pequeño robo. Era un buen momento para que algunos mendigos pidieran "Por Dios" una limosna.

La calle se empezaba a vaciar y el ruido se apaciguaba. Era entonces cuando los actores, vestidos ya de calle y sin maquillaje en las caras, salían hacia sus casas, siempre cercanas al teatro, o hacia algún otro trabajo que ayudara a completar el dinero para el diario sustento.

A pesar de que en el año de 1749 se habían prohibido las funciones de títeres,¹³⁴ (por dar cabida a reuniones en donde el vicio y el relajamiento moral causaba disturbios a la población y a las autoridades) seguían existiendo en la capital ciertas casas habitadas por actores en donde se daban, después de los espectáculos del Coliseo. Estas sesiones de títeres (que eran pensadas para los espectadores adultos, aunque siempre había la posibilidad de que algún niño desvelado las pudiera presenciar) las organizaban los mismos actores para poder ganar un dinerillo extra. Sin embargo, por ser tan casero el asunto, no había orden y muchas veces la fiesta acababa con algún

disgusto, ya fuera por causas del alcohol que se consumía o los celos o la lascivia que se desencadenaban en este tipo de reuniones.¹³⁵

El público que quería asistir a estos espectáculos se arriesgaba sobremanera, ya que podía llegar la guardia y multar a los presentes o incluso arrestarlos y llevarlos a la cárcel.

Sin embargo, la capital no estaba privada por completo de los títeres, ya que al finalizar las carnestolendas y empezar la Semana Mayor, concluía la temporada teatral del Coliseo, y era entonces cuando el foro era utilizado para títeres y espectáculos bizarros como alambristas, prestidigitadores, muñecos autómatas y circos de animalitos amaestrados.

Después de los agasajos nocturnos, el cansancio se dejaba sentir en los pobladores de la ciudad. Cada quien se retiraba a su casa, las calles se quedaban silenciosas y los habitantes se acostaban a descansar y a esperar el llamado a maitines y a las aves marías que les recordaran en dónde estaban y el ritual que recomenzaría el siguiente día y el otro y como había sido siempre.

¹³⁴ Juan Pedro Viqueira Albán. *Op.Cit.*.224.

¹³⁵ Las personas que vivían en las mismas vecindades que los titiriteros y maromeros, se quejaban de los desordenes y el ruido, y pedían a las autoridades que los desalojaran. ACM. Ramo Diversiones Públicas. Legajo 1. Expediente 9.

ESPARCIMIENTO Y REGOCIJO

Un grupo delicioso,
por natural milagro,
de entretejidas flores
formó el ameno prado.¹³⁶

En el siglo XVIII, la Ciudad de México tenía la certidumbre de despertar protegida, ya fuera por su nítida claridad, sus montes y volcanes como por sus vírgenes y santos que llenos de desvelos y paciencia cuidaban de los súbditos de la noble ciudad.

Para que no hubiera enredos ni equivocaciones, cada santo tenía su propia vocación y era patrono en favor o en contra de los específicos llamados de la población: y así San Gregorio Taumaturgo era patrono contra las inundaciones y se le invocaba cada temporada de aguas, mientras que el resto del año se invocaba a San Isidro Labrador en contra de la sequía (los súbditos de la Imperial Ciudad nunca estaban conformes). A San Bernardo se le pedía su intercesión contra la escasez de semillas y a San José *"Ite ad Joseph, et quicquid vobis dixerit, facite"*¹³⁷ contra los terremotos. Por supuesto que ante una cadena de calamidades pudiera cargarse el trabajo en demasía para los benévulos santos; sin embargo para ayudarlos en sus tareas estaba San Antonio Abad quien fue nombrado patrono auxiliar en cualquier asunto de la ciudad en el

¹³⁶ *Las flores de Cionla* poema de Fray Manuel Martínez de Navarrete (1768-1809) en Antología literaria de autores mexicanos. México, Trillas, 1965.:272.

¹³⁷ Ve con José, y lo que él te diga, hazlo. *Responsorio Segundo de S.S. José* del compositor Ignacio de Jerusalem (1710-1769)

año de 1723.¹³⁸ Por supuesto que no había que olvidar a San Felipe de Jesús, también patrono de la ciudad, sobre todo por haber sido nativo de ella.

Además de sus venerados santos, la capital virreinal no olvidaba su orientación mariana y se vanagloriaba de tener por protectoras a cuatro advocaciones de la virgen, una por cada punto cardinal: al norte, en su santuario ubicado en una villa, Nuestra Santísima Señora de Guadalupe:

*Mexici, in colle Tepeyacensi,
anno millesimo quingentesimo
trigesimo primo
Dei para Virgo Maria
Ioanni Didaco nephyto...*¹³⁹

nombrada patrona por excelencia de la ciudad en 1736 y jurada en 1737, a raíz de la milagrosa cura que hizo contra la peste de matlalzáhuatl que aquejó dolorosamente a la población.¹⁴⁰

Al sur se encontraba, en su hermoso santuario, la Virgen de la Piedad¹⁴¹; al este, Nuestra Señora de la Bala en el Hospital de San Lázaro y al oeste la Virgen de los

¹³⁸ "Los Santos Patronos de la Ciudad de México" en *Artes de México* dedicado a la Ciudad de México II. Primera época, número 53, año XI, 1964: 1-6.

¹³⁹ En el año de 1531 según la tradición del Tepeyac en México, María, la Virgen Madre de Dios, se le apareció al recién bautizado Juan Diego...

¹⁴⁰ La jura del patronazgo de la Virgen de Guadalupe fue el 26 de mayo de 1737 y se confirmó que se honraría y festejaría el 12 de diciembre. El día de su jura se engalanaron balcones, calles y la ciudad toda por tres días y permaneció iluminada ésta con hachones durante las tres noches de festejos, misas y regocijos.

¹⁴¹ El convento de La Piedad fue destruido en este siglo para construir la Octava Delegación, la iglesia todavía se conserva. Guillermo Tovar de Teresa. *La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido*. México, Espejo de Obsidiana, 1990. Tomo I.172-175. La imagen todavía se conserva. Gonzalo

Remedios, quien había sido patrona de la ciudad desde 1576 y ahora compartía el patrocinio con Nuestra Señora de Guadalupe.¹⁴²

Sabiéndose bien cobijados espiritualmente, los habitantes de la ciudad podían despertar tranquilos y disfrutar de su día de fiesta o descanso sin sentirse acosados por lastres pecaminosos o desvalidos de protecciones supraterrrenales.

En las residencias señoriales los señores de la casa empezaban su día con un breve desayuno de chocolate y bizcochos en la propia alcoba. Esto era si no había que acudir a misa pues en este último caso había que proseguir el ayuno hasta después de la comunión. De cualquier forma, el siguiente paso era el aseo personal y el engalanarse para la salida.

Durante el siglo XVIII científicos y médicos europeos hicieron varios descubrimientos importantes que cambiaron la percepción que se tenía con respecto a la salud, higiene y hábitos personales.¹⁴³ Aunado a que esta información llegó al virreinato vía España y Francia, cabe recordar que la dinámica del baño fue un tanto más presente en Nueva España que en la misma Europa. Así pues, el día de fiesta o descanso había que empezarlo con agua y jabón.

Obregón. "Los baluartes de México" en Artes de México dedicado a Virgenes de México. Primera época, número 113, año XV, 1968 24.

¹⁴² La Virgen de los Remedios fue una temprana importación española a Nueva España, se dice incluso que la imagen era de una virgen arzonera, es decir que venía en el arzón de la silla de la cabaigadura de algún soldado de Cortés. Fue la primera patrona de la ciudad y su culto fue eminentemente español. En el transcurso del siglo XVIII compartió importancia con la virgen morena, sin embargo su culto fue decreciendo y aunado a esto, durante la Guerra de Independencia fue nombrada protectora de los ejércitos realistas, con esto el desprendimiento de la gente fue mayor. Su santuario todavía se conserva.

¹⁴³ Albrecht von Haller (1708-1777) fisiólogo suizo que hizo importantes estudios sobre el movimiento de los músculos y su relación con los nervios. James Lind (1716-1794) médico escocés, llamado padre de la higiene. Descubrió la importancia de los alimentos frescos y limpios para evitar ciertas enfermedades. Giovanni Morgagni (1682-1771) anatomista italiano quien estudió las enfermedades pulmonares. John Arbuthnot (1667-1735) escritor inglés quien hizo un interesante estudio sobre la circulación del aire en las ciudades para mantener la buena salud de la población.

Algunas residencias contaban con una pequeña cámara llamada "placeres", en donde una tina de talavera llena de agua tibia y perfumada esperaba al higiénico huésped. A estas tinas se les solía cubrir con un lienzo de tela delgada para que el contacto de la piel con el frío mosaico no resultara desagradable. Estas telas se cambiaban por cada bañista, con esto se trataba, al retirar el lienzo sucio y poniendo uno limpio cada vez, de que el agua permaneciera lo más clara posible.¹⁴⁴

Las damas novohispanas, notorias por su recato y pudor, se sumergían en las aguas cubriendo su cuerpo con delgadas batas, para así no permanecer desnudas ante la presencia de las criadas ni aún de ellas mismas. El baño, por no ser diario requería de cierto tiempo, no sólo para hacerlo a conciencia sino también por el placer que ofrecía.

Después del aseo, la dama pasaba a su tocador para ser vestida por su criada o dama de ayuda. El vestirse requería necesariamente de dos personas, ya que el acomodo de las canastas era difícil y el ensartado y enlazado de las agujetas para abrochar el corsé primero y el corpiño después, era imposible para la persona que se vestía por si misma. Después de esto había que escarmentar los cabellos y peinarlos para después engalanarlos con broches, joyas o tocas.

Los caballeros, después del baño, pasaban a su alcoba para ser vestidos y calzados. Luego de esto llegaba el barbero y el peluquero (a veces una misma persona ejercía los dos oficios). Se traía agua caliente en un escalfador y el señor se sentaba

¹⁴⁴ Llenar estas tinas de agua caliente cuyas medidas eran bastante grandes (1.50m. de largo por 1m. de ancho) requería de bastante trabajo, por lo cual se aprovechaba el líquido para dos o más baños

para ser envuelto en el peinador y la muceta colocándosele seguidamente la bacía en el pecho con la muesca bien acomodada en la garganta.¹⁴⁵

Después de haber rasurado al señor y conversado con él, el barbero le aplicaba afeites en la cara para suavizar la piel, (durante este siglo los hombres llevaban la cara totalmente rasurada, son escasos los bigotes o barbas que se llegan a ver en los retratos) y pasaba a cortar el cabello, peinarlo y acomodarlo (y en muchas ocasiones a repararlo totalmente) para luego colocar la peluca. Existían diversos tipos de pelucas y en esto prevalecía el gusto de cada quien: las había a la "catogan" con dos rizos de cada lado que dejaban las orejas al descubierto y con una coleta larga que corría hasta media espalda como la que usaba el conde de Santiago de la Laguna. También estaban las llamadas *boucles en rouleaux* (bucles enroscados) como las usadas por los hombres de la familia Fagoaga y finalmente de un solo rizo a cada lado y coleta corta llamada "salsifis" como podemos ver en diversos retratos de Don Juan Vicente de Güemes Pacheco y Padilla, 2º conde de Revillagigedo.¹⁴⁶

Las mejores pelucas eran importadas y se hacían en Francia a la medida. Podían ser de pelo de yak, (muy costosas puesto que había que traerlo desde las regiones de Mongolia) de pelo natural o de seda y se sostenían con un lazo anudado en la nuca, los extremos sobrantes del cordón se escondían por debajo de la peluca. Estando ésta ya

¹⁴⁵ El peinador era una especie de sábana con la que se cubría desde el cuello al que iba a ser peinado y rasurado, muy parecida a las que usan actualmente los peluqueros. La muceta era un lienzo más pequeño que el peinador y de tela más gruesa, tenía botones en la nuca y espalda para impedir que el cabello recortado se metiera entre las ropas y la piel. El escalfador era una especie de tetera para calentar el agua, traía su propio hornillo para hacerlo en la habitación misma. La bacía era un platón cóncavo con una muesca que embonaba en el cuello y que utilizaban los barberos para poner agua con la cual enjuagar las jabonaduras. Una bacía era lo que usaba como yelmo Don Quijote de la Mancha.

¹⁴⁶ Existían muchas formas de pelucas cada una con su nombre, lo aquí puesto vale como ejemplo. Para tipos de pelucas ver R. Dalmau. *Historia del Traje*. Barcelona, Jover, 1947. Tomo II :395-400. Para retratos ver Artes de México dedicado al retrato novohispano, Nueva época número 25, julio-agosto 1994, *passim*.

bien colocada, el barbero le cubría la cara al señor con una careta de cartón para que no le molestara la última polveada de almidón que se le daba a la peluca para conseguir un blanco parejo. Ya afeitados y engalanados, los señores de la casa estaban listos para salir rumbo a misa a cumplir con sus deberes cristianos para luego disfrutar del paseo y la diversión.

Los habitantes de menores recursos amanecían más temprano puesto que no tenían quién les prendiera los fogones y calentara un atole y pues, si había que hacerse, pues a hacerlo lo más temprano posible.

Las mujeres, después de reanimar las brasas de los fogones y hacer el té de hierbas para los "escuincles", salían hacia los lavaderos públicos del Barrio de Belén para poner al día la enorme cantidad de ropa sucia que se les había acumulado. Si era un día de fiesta o simplemente de descanso, la salida podía ser más placentera y consistir en un buen baño en el temazcal del callejón del Amor de Dios, cerca de La Academia¹⁴⁷ o tal vez en alguno de los que estaban en el barrio de San Lázaro o de Santa Ana.¹⁴⁸ Después de sudar los trabajos de toda una semana y darse una buena

¹⁴⁷ ACM, Ramo Policía, Baños y Lavaderos. Legajo 1 expediente 3621. En 1794 se construyó una casa de baños con temazcal para mujeres en el barrio de la Santa Veracruz y otro en la calle de Pajaritos.

¹⁴⁸ Desde el siglo XVI existieron las casas de baños públicos en la Ciudad de México (algunos con temazcal siguiendo la costumbre del baño prehispánico). Durante el siglo XVIII el número de estos locales aumentó, llegando incluso, a ser construídos por importantes arquitectos como Antonio Guerrero y Torres quien trabajó, construyendo y remodelando, en los baños del barrio de Santa Ana.. Glorinela González Franco, "Casas de Baños y Lavaderos en la Ciudad de México, siglo XVIII" en Boletín de Monumentos Históricos. Dirección de monumentos coloniales N°1:23-29.

En ocasiones los lavaderos públicos se encontraban en las casas de baños, es decir que en un mismo recinto se encontraba al fondo la habitación del temazcal, en el patio central los lavaderos y en las habitaciones que rodeaban el patio los baños. Se debe pensar en baños de tina por supuesto.

Había baños especiales para mujeres y otros para hombres o bien que en una misma casa de baños había horario para mujeres y horarios para hombres, para así evitar la promiscuidad que aterraba a las mentes de la Ilustración. Además estaba absolutamente prohibido que el temazcalero, es decir el mozo que tenía que echar agua a las piedras calientes para producir vapor, entrara a hacer este cometido cuando hubiera mujeres dentro, bajo pena de 50 azotes y dos meses de prisión trabajando en obras públicas para el temazcalero y 50 pesos de multa para el dueño del local o arrendatario del mismo ACM. Ramo policía, Baños y Lavaderos. Legajo 1 expediente 3621.

fríega en el cuerpo hasta dejar la piel limpia y lustrosa, la mujer, vestida con pollera de vivos colores, enaguas con encajes tiesos, se cubría los hombros con paño de rebozo de algodón listado y con peinetas de carey en el restirado chongo, y ya quedaba lista y preparada para oír una misa cantada y salir a pasear.

Mientras tanto los hombres, que tenían que ir a baños destinados para ellos o en su defecto a otro horario, aprovechaban el tiempo yendo a arreglarse la cara y el pelo con los peluqueros que atendían en los barracones dedicados a este oficio que se encontraban frente a la iglesia de Porta Coeli, lugar al que tenía que ir la población que no podía darse el lujo de pagar un barbero en su propia casa.

Como lo mandaba la Iglesia Católica Apostólica de Roma, la asistencia a misa los domingos y días de fiesta era obligatoria (y sigue siendo); así pues, después de las placenteras abluciones la comunidad de pobladores de la Ciudad de México se unía en *ecclesia* para asistir a ella.

Existían innumerables y bellas iglesias en la ciudad y por lo mismo, los habitantes se podían dar el lujo de escoger la de su preferencia ya fuera por su propia devoción, por la cercanía, la belleza y por la compatibilidad que pudiera existir con algún sacerdote en especial o incluso por la duración de la liturgia.¹⁴⁹

Las familias con título nobiliario tenían capillas y oratorios propios en sus palacios. Sin embargo, éstos sólo eran utilizados para rosarios, rezos individuales y oficios de

¹⁴⁹ En Madrid, España, a finales del siglo XVII y principios del XVIII existían iglesias en donde la duración de la misa era mayor y otras en donde era menor. Famosa por lo último era la Iglesia de La Victoria, perteneciente al convento situado en la calle de San Jerónimo. A esta iglesia asistía lo más granado de la Corte e incluso es mencionada por Tirso: "En la Vitoria estos lindos todos juntos aguardaban una misa breve..." Juan de Zabaleta. *El día de fiesta*. Madrid, Ediciones Castilla, 1948 :287. Por inferencia suponemos que si así fue en España, puede haber sido igualmente en la Nueva España, es decir que hubiera una especie de "libertad de cátedra" en cuanto a temática de sermones y duración de las liturgias.

capellanía; siendo así la familia y su servicio asistían a los oficios regulares en las iglesias de la comunidad.

Ciertamente las mejores misas eran las de Catedral, no sólo por la regia amplitud, la magnificencia del recinto y el derroche de boato, sino porque además se podían escuchar maravillosas composiciones musicales de Manuel de Zumaya e Ignacio de Jerusalem¹⁵⁰ hechas especialmente para ser oídas en ese lugar y acompañadas del manífico órgano.

Al toque de campanas de llamado a misa iban acudiendo poco a poco los feligreses; la mayoría venía a pie desde las distintas calles que llevaban a la entrada de la iglesia. Algunos llegaban en grupos familiares o bien solos. Por lo regular la gente de "buena posición" solía ir en coche, aunque podía darse el caso de que alguna señora de recursos, por vivir muy cerca, acudiera caminando acompañada de su "dueña" o tal vez de algún esclavo o niño indígena que le llevara el misal, el abanico y el cojín para reclinarse.

En general las iglesias del siglo XVIII lucían un interior fastuoso, con altares dorados con pilastras estípites, ángeles de enroscados cabellos y prominentes santos estofados que contemplaban con sus lacrimosos ojos de vidrio a la concurrencia. Y aunque para algunos extranjeros tanto lujo y derroche en las iglesias era de mal

¹⁵⁰ "Manuel de Zumaya nació en México cerca de 1678 (de origen mestizo) y su música llegó a ser la culminación del estilo barroco del Nuevo Mundo. Era un compositor de destacada y maravillosa originalidad, y en calidad sus obras podían rivalizar con las de sus contemporáneos europeos. Compuso la primera ópera del Nuevo Mundo, *Parténope* (1711), y fue uno de los primeros americanos nativos en ascender al alto puesto de maestro de capilla. En 1715 fue nombrado al puesto de maestro de capilla de la Catedral de México donde sirvió hasta 1738 cuando se trasladó a Oaxaca... en donde permaneció hasta su muerte en 1755...

Ignacio de Jerusalem nació en Lecce en Italia cerca de 1710. Sus contemporáneos lo describen como un "milagro musical" y Jerusalem estableció una alta reputación de compositor y violinista virtuoso. Tocaba en el Coliseo de Cádiz cuando en 1742 le pidieron que se trasladara al Coliseo de México. Para 1746 ya componía obras para la catedral de México y en 1749 ascendió al puesto de maestro de capilla,

gusto¹⁵¹, lo cierto es que sublimaba el espíritu y hacía que el más incrédulo sintiera su alma transportada a éxtasis metafísicos.

Ya acomodada la gente, sentadas las familias de "calidad" en los mejores lugares, de pie los indios y los más pobres, arrodilladas las beatas y arropados entre las columnas los galanes que se embelesaban observando a sus amadas, la misa daba inicio:

Gloria in excelsis deo.

Et in terra pax hominibus

bonae voluntatis.

Laudamus te,

benedicimus te,

adoramus te,

*glorificamus te.*¹⁵²

Los muy devotos rezaban con fervor, los que no lo eran tanto lo hacían de manera menos profunda. Había algunos que hacían como que rezaban mientras su interés estaba puesto en las ropas del vecino, en el amado que permanecía de pie junto a alguna capilla o en la hora que marcaba el reloj que colgaba de la leontina de oro.

puesto que ocupó hasta su muerte en 1769." Tomado textualmente de la información del disco del grupo vocal CHANTICLEER, *Mexican Baroque, music from New Spain*.

¹⁵¹ Para muchos extranjeros, entre ellos el francés Thierry de Menonville, tanto dorado era de mal gusto. Berta Flores Salinas. *México visto por algunos de sus viajeros (siglo XVIII)*. México, Botas, 1966.:106. Posiblemente esto era porque Europa se encontraba ya inmersa en el espíritu neoclásico que quería hacer desaparecer todo adorno superfluo y preconizaba una simetría y limpieza de formas no muy de acuerdo con el *ethos* barroco de la población mexicana, por lo menos en el siglo XVIII.

Mientras tanto la misa proseguía y el sacerdote continuaba con la liturgia ayudado por un indio que ejercía la labor de acólito.¹⁵³ Finalmente, después del sermón y la comunión, la misa concluía:

*Gloria Patri,
et Filio,
et Spiritui Sancto.
Amen.*¹⁵⁴

Las personas abandonaban lentamente el interior de la iglesia, algunas permanecían un momento más haciendo sus últimas peticiones al santo de su devoción, otras se saludaban cerca de las pías de agua bendita y alguna que otra beata que supiera leer se entretenía revisando las amonestaciones para tratar de encontrar cualquier impedimento que suspendiera las próximas bodas.

Al salir, cuando el sol ya caldeaba las piedras de los edificios, de las aceras y los atrios, muchos se dirigían a sus casas a almorzar y a reposar, otros preparaban los coches y las meriendas, si es que pensaban hacer un paseo largo o excursión, y otros más, las personas que no tenían facilidades para darse un buen baño en casa o que les aquejara alguna dolencia reumática, emprendían el camino hacia el Peñón.

¹⁵² Gloria a Dios en las alturas, y Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Te rogamos a ti, te bendecimos a ti, te adoramos a ti, te glorificamos a ti. *MISSA en D mayor* de Ignacio de Jerusalem, grupo CHANTICLEER en el disco *Mexican Baroque, music from New Spain*.

¹⁵³ Hipólito Villarroel. *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España*. México, CONACULTA, 1994.:150.

¹⁵⁴ Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo. Así Sea.

El Peñón de los Baños es un sitio de manantial de agua mineral hirviendo, que se encuentra al este de la ciudad y que colindaba en esa época con la laguna de Texcoco. A este lugar acudían familias enteras con cargamentos de colchones, sábanas, agua potable y merienda preparada. El camino para llegar al Peñón era una pequeña cuesta solitaria y llana, sin árboles que estorbaran la vista del gran valle. El silencio era apaciguador y la lava petrificada que rodeaba el lugar sobrecogía al visitante¹⁵⁵, que además lograba observar nítidamente todos los lagos del valle, la Villa de Guadalupe a la derecha y a lo lejos, a la izquierda, el pueblito de San Angel .

En el lugar existían construcciones de piedra, a manera de casitas, que poseían cada una en su interior, sala, alcobas, cocina y en medio una alberca con las aguas curativas. A estas construcciones llegaban los miembros de la familia y docaban los colchones y las mesillas para las vituallas; acto seguido se sumergían en los estanques y permanecían ahí por algún tiempo para que las aguas hicieran su efecto en las partes adoloridas del cuerpo. Después de esto, los individuos salían, se arropaban con las sábanas y se recostaban en los colchones para sudar las dolencias; posteriormente se vestían y merendaban dentro de las casas o bien fuera para gozar de la hermosa vista.

En ocasiones las visitas al Peñón no sólo eran de índole curativa sino simplemente de esparcimiento. Los viejos gozaban de las aguas que curarían sus reumas entre los chapoteos de los niños que simplemente se divertían, mientras las mujeres preparaban las viandas y los varones se divertían cazando patos y conejos. Al

¹⁵⁵ Madame Calderón de La Barca. *La Vida en México* México, Porrúa, 1990.:196.

caer la tarde, las familias hacían música, bailaban y cantaban hasta llegar la hora del regreso o inclusive pernocaban ahí alargando el jolgorio hasta por tres días.¹⁵⁶

Existían también en la ciudad de México otro tipo de esparcimientos, tal vez más pacíficos pero igualmente encantadores: por ejemplo, cuando las familias no podían salir a pasear en sus carruajes (había ciertas celebraciones, como el Jueves y Viernes Santos y Sábados de Gloria, en que desde 1777 se prohibió que las personas, no importando su clase social, utilizaran coches o caballos para circular por la ciudad¹⁵⁷) o si preferían permanecer en la ciudad para reposar el almuerzo y sólo salir a pasear hasta la tarde, se podía descansar en los corredores de las viviendas, entre las macetas con flores y escuchando el canto que desde sus jaulas entonaban los zenzontles.

Al haber muchas casas y residencias que tenían arregladas sus azoteas como terrazas¹⁵⁸ (en vez de pretil tenían barandal de hierro o de piedra y el suelo recubierto de ladrillo colorado puesto en forma de petatillo), los residentes las utilizaban para pasar el rato: los criados llevaban sillas e incluso mesitas para tomar algún refrigerio. Las damas portaban sus parasoles para impedir que la piel se les irritara con el sol y que con esto tomara un color oscuro que las hiciera perder su tan apreciada blancura. A veces, como ayuda o por compañía, algún pequeño niño, criado o esclavo ya fuera indio o negro y vestido a la última moda de la Corte española, podía acompañar a las señoras, posiblemente para detenerles el parasol, tal vez para servirles las aguas preparadas o simplemente para entonar alguna canción. Al ser la atmósfera de la ciudad

¹⁵⁶ Los datos de las descripciones geográficas fueron tomados de Madame Calderón de la Barca. *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. México, Porrúa, 1990. (Sepan Cuántos...N°74):196. Los datos sobre las construcciones fueron tomados de Agustín de Vetancurt. *La Ciudad de México en el siglo XVIII. (1690-1780). Tres crónicas*. México, CONACULTA, 1990.:266.

¹⁵⁷ Manuel B. Trens. "los coches en la ciudad de México" en *Boletín del Archivo general de la Nación*. Secretaría de Gobernación. Tomo XXV num.4. Octubre-diciembre 1954.:548.

¹⁵⁸ Manuel Toussaint. *Paseos coloniales*. México, Porrúa, 1983.:69.

de prístina claridad, los caballeros podían utilizar sus catalejos, recién importados de Europa, y observar los caseríos y poblados lejanos como Tacubaya o Mixcoac,¹⁵⁹ o simplemente dar una leída a la Gaceta.

Después de la comida y de una siesta reparadora, a las personas de la capital les apetecía salir a dar un paseo, y los mejores lugares para hacerlo eran la Alameda o el Paseo de Bucareli.

Era costumbre que las personas de cierto *status* (o que querían aparentarlo) pasearan en coche, pues se veía de mal gusto el hacerlo a pie.¹⁶⁰ Existían diversos tipos de coches que circulaban en la ciudad como calesas, bombés, estufas (introducidas al país por el virrey Marqués de las Amarillas en 1756¹⁶¹), forlones y birloches, llamados comunmente viroches¹⁶², cada uno de los cuales era preferido

... Existe una pintura al óleo hecha en lámina y propiedad del Banco Nacional de México (la cual se pudo apreciar durante la exposición " Tesoros de la Nueva España" en el Palacio de Iturbide en el año de 1997 que muestra una vista de la Alameda desde la azotea del convento de Santa Isabel (en este sitio se encuentra actualmente el Palacio de las Bellas Artes). Esta pintura forma parte del material gráfico del libro de Guillermo Tovar de Teresa *La Ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido* México, Vuelta, 1990 Tomo I, 132. La acción arriba retratada corresponde a este cuadro en donde se ve en primer término a un caballero español o criollo sin peluca, con un gorro para estar en casa, observando la ciudad con un catalejo, junto a él, sentada en una silla, una dama, que porta una red que detiene sus cabellos, parece comentar algo con el caballero y mientras tanto un niño negro atiende a la dama. Ciertamente esta escena está ubicada en la azotea de un convento, sin embargo pareciera un pretexto para retratar el famoso parque, ya que tal cotidianeidad (el hombre sin peluca, la dama sin rebozo o cualquier tipo de tápalo y el pequeño esclavito) no eran propios dentro de un convento sino más bien como escena doméstica.

¹⁶⁰ Posiblemente, la usanza de llevar el coche para toda ocasión fue en un principio necesidad, por estar las calles lodosas e imposibles de transitar sin manchar las ropas, sin embargo la costumbre quedó. A mediados del siglo XIX, la Marquesa Calderón de la Barca comentaba esta costumbre de los capitalinos y decía que le sorprendía el escaso gusto por los paseos a pie. Actualmente parece que la costumbre continúa, la actual ciudad de México está hecha para los coches, los peatones son clase discriminada. Poca es la gente que pasea a pie por placer.

¹⁶¹ Francisco Santiago Cruz. *Las artes y los gremios en la Nueva España*. México, Jus, 1960:118

¹⁶² La palabra coche proviene del turco *cochi*. Calesa- del checo *koleso*- rueda, es de caja abierta por delante, de dos o cuatro asientos y tiene dos ruedas. Bombé- del francés *bombée*-combado, es como una calesa pero con el techo combado. Las estufas eran carrozas grandes y de caja cuadrada y tenían ventanas con cristales. Los forlones eran de caja más pequeña que las estufas, de cuatro asientos, sin estribos, sus ventanas se cerraban con cortinas y son los que más se utilizaban para viajes entre una ciudad y otra. Los birloches o birlochos eran carruajes ligeros y sin cubierta, de cuatro ruedas y cuatro asientos, dos en la testera y dos enfrente, abierto a los costados y sin portezuelas, en México se les llamaba viroches. Los coches más utilizados durante el siglo XVIII en la Ciudad de México fueron las

según el clima, el lugar al que se encaminaba el paseo o el gusto personal del dueño. En cuanto a las familias ricas, se podía dar el caso de que tuvieran diversos coches para ser usados según la ocasión.

Durante el siglo XVIII, las autoridades virreinales trataron de hacer de la ciudad un lugar más acorde con las ideas modernas ilustradas: se limpiaron las calles y se pavimentaron, se construyeron lugares públicos más amplios y se embellecieron los jardines, todo esto para permitir la libre circulación del aire y así, según sus ideas, evitar enfermedades. Además se trató de conseguir un equilibrio visual que redundara en la *psique* de los habitantes y se promovieron los paseos al aire libre, puesto que los científicos pensaban que el contacto con la naturaleza no sólo era higiénico sino estabilizaba y calmaba los espíritus.¹⁶³

Siendo el esparcimiento no sólo apetecible sino altamente recomendado por el ilustre gobierno, los habitantes, por consejo real, se preparaban para salir a respirar oxígeno.

La Alameda ya tenía una tradición en el siglo XVIII, puesto que fue mandada construir desde finales del siglo XVI por el virrey Luis de Velasco II en lo que había sido el tianguis de San Hipólito. La costumbre de tener parques públicos venía de España, en donde se acostumbraba llamarlos alamedas aunque no fueran los álamos los árboles preponderantes, sino que compartieran el terreno con olmos, chopos o fresnos.

En 1771, durante el mandato del virrey marqués de Croix (1766-1771) la Alameda se amplió al ser tomadas las plazuelas ubicadas frente a los conventos de Santa Isabel

estufas. Sin embargo a la vuelta del siglo se convirtieron en estorbosos y símbolo de vetustez, no pasó así con los otros modelos mencionados.

¹⁶³ Marcela Dávalos. *De basuras, inmundicias y movimiento o de cómo se limpiaba la ciudad en el siglo XVIII*. México, Cienfuegos, 1989.:52-53.

y San Diego. Posteriormente, con el virrey Antonio María de Bucareli (1771-1779), se le construyeron dos calzadas diagonales y cinco fuentes, se le cercó con barandales de cedro pintado de verde y se le pusieron cinco puertas, una en cada esquina: la llamada de la Tlaxpana (que miraba en dirección hacia el hospital de San Hipólito), la del Ejido (llamada también de Velázquez, frente a las capillas del Calvario y que llevaba al Paseo de Bucareli), la de la Caja de la Mariscalá (que miraba justamente a la caja de agua que se encontraba detrás del convento de Santa Isabel y delante del Palacio de los Mariscales de Castilla) y la del Puente de San Francisco y finalmente una más grande y principal que miraba a la fachada del convento de Corpus Christi (es decir entre la puerta del Ejido y la de San Francisco).

Al caer la tarde, desde diversos puntos de la ciudad, se dirigían los coches hacia la Alameda, entraban por las puertas de su preferencia y ya dentro circulaban por las calzadas entre las sombras que otorgaban las frondas de los árboles. Era tal la cantidad de coches, que los que hacían el paseo a pie debían ser sumamente precavidos para evitar atropellos.¹⁶⁴

Después de algunas vueltas, los coches se detenían, las mujeres descendían para charlar un rato, se sentaban en las bancas de piedra o se acercaban a alguna de las fuentes para sentir el frescor del agua. Las fuentes eran cinco y tenían hermosas estatuas de personajes mitológicos: la mayor y central ostentaba la figura de Glauco, las otras cuatro tenían estatuas de Arión, Hércules, Tritón y Ganimedes.¹⁶⁵

¹⁶⁴ Dice Viera que llegaban a ser hasta 1000 coches, tal vez esto sea exagerado, pero ciertamente eran tantos que se pensó en 1789 hacer dos puertas más junto a la grande de Corpus Christi, sólo para peatones, ya que a las entradas se producían accidentes con bastante frecuencia. ACM. Ramo Paseos. Expediente 3584. Legajo 1.

¹⁶⁵ Francisco de la Maza menciona estas fuentes en: "Estudio Introductorio" en *Antonino y Anita o los nuevos misterios de México*. Publicado en facsímil por *Artes de México*, 1960.
ARIÓN- poeta griego inventor del ditirambo (composición poética escrita en forma de metros variados).

Los jóvenes que preferían hacer el paseo cabalgando detenían los caballos, de cuando en cuando, para dejar ver su magnífica indumentaria y sus arreos de inmejorable calidad, y saludaban a las damas descubriéndose y proseguían su camino para volver a detenerse más adelante ante un nuevo grupo de damas.

También se observaban paseantes de a pie dentro de la Alameda, estudiantes uniformados, algún canónigo de enorme sombrero, mestizas con polleras de vivos colores que esperaban a los enamorados bajo los árboles y corros de niños jugando a los moros y cristianos, a las carreras o cantando alguna tonada infantil. Los paseantes más populares se detenían a comer un bocadillo de los que ofrecían los vendedores ambulantes, mientras los perros callejeros los seguían para poder comer algún sobrante caído al suelo.¹⁶⁶

San Hipólito era un hospital en donde se cuidaba e internaba a los locos. Los que eran considerados de peligro permanecían encerrados, en cambio a los inofensivos se les permitía salir a pasear; por tanto era común el verlos deambular, con su uniforme de orates de San Hipólito, entre los paseantes de la Alameda, a veces comentando algo, riéndose de alguien o simplemente observando a los paseantes.

Aunque la Alameda siempre fue un sitio concurrido y nunca olvidado, fue en el siglo que nos ocupa cuando más se cuidó de su apariencia; además de las reformas llevadas a cabo por Croix y Bucareli, existió constantemente en las autoridades el afán

GANIMEDES- guerrero troyano llevado al Olimpo para servir de copero a Zeus.

HÉRCULES- semidiós hijo de Alcmena y Zeuz, famoso por su fuerza.

GLAUCO- dios marino hijo de Poseidón y la ninfa Nais.

TRITÓN- dios marino hijo de Poseidón y Anfitrite, medio hombre medio pez.

¹⁶⁶ Existe otro cuadro anónimo de la Alameda, también pintado en lámina y estudiado por Xavier Moysen, que ilustra muchas de las escenas aquí comentadas. Es una pintura de grandes atractivos pues retrata verdaderamente lo que es la cotidianidad en la ciudad, se ve a los niños jugar, los perros que deambulan solitarios e incluso, más allá de los límites de la Alameda, bajo un arco solitario del

de que el parque conservara su bella imagen: se proyectó sembrar más fresnos, que hubiera un guarda llamado "alamedero" que estuviera al pendiente del riego de los prados, que las fuentes fueran limpiadas y con las cañerías desahogadas y de que las bardas no estuvieran despintadas.¹⁶⁷

El mantenimiento era caro, simplemente el riego implicaba que un carromato jalado por mulas y cargado de tambos, hiciera el viaje a la caja de agua de la Mariscalá, que en este lugar se llenaran los recipientes con agua y que regresara a la Alameda, en donde un grupo de trabajadores se encargara de regar las plantas, los prados y hacer la limpieza. En tiempo de secas debían hacerse varios viajes del carro al día y este ritmo debía repetirse por lo menos un día si y uno no. El Ayuntamiento gastaba aproximadamente 6000 pesos al año en el cuidado del parque.

Al finalizar el siglo, con el virrey Don Juan Vicente de Güemes-Pacheco y Padilla, 2º conde de Revillagigedo (1789-1794), se prohibió que los "encuerados" y andrajosos entraran a la Alameda. Había una guardia especial (con uniforme de calzón, chupa, casaca y tricornio de donde se asomaba, las llamadas coletas de cerdo, de las pelucas usadas por las guardias virreinales) que cuidaba del cumplimiento de esta ordenanza, impidiendo la entrada a pordioseros, gente sucia e indios con escasa vestimenta. Cabe señalar que esta ordenanza fue típicamente elitista, ya que para esta época, las personas que andaban por la ciudad medio desnudas no lo hacían por costumbre o tradición, sino porque que vivían en extrema pobreza.¹⁶⁸

acueducto de la Tlaxpana se ve un hombre, indio de tilma, que defeca en cuclillas. Xavier Moysen. "La Alameda de México en 1775" en Boletín de monumentos coloniales N°2 (1979):47-57.

¹⁶⁷ Archivo de la Ciudad de México. Ramo Paseos. Expediente 3584. Legajo 1.

¹⁶⁸ Norman F. Martin. "La desnudez en la Nueva España del siglo XVIII" en Anuario de Estudios Americanos. Tomo XXIX, 1972.:261

Para las personas que tenían que permanecer a las afueras de la Alameda e incluso para las que podían estar en el interior y observar desde las bardas, había un entretenimiento más: el ver las carreras de carros que hacían los cocheros en sus ratos libres en la Tlaxpana, junto a la Alameda. A pesar de la ordenanza que las prohibía desde tiempos del marqués de Croix representaba un divertido jolgorio, con risas, gritos y emoción para los observadores y un verdadero calvario para la gente que quería cruzar la amplísima calle.¹⁶⁹

Otro lugar magnífico para el paseo dentro de la ciudad era el llamado de Bucareli, éste fue mandado hacer por el virrey del mismo nombre en 1775 y era una hermosa avenida que corría de norte a sur, desde los terrenos del Ejido de la prisión de la Acordada, hasta los arcos de la garita de Belém.¹⁷⁰ Por su orientación era muy cómodo, ya que nunca daba el sol en los ojos, ni el levante ni el poniente.

Contaba este paseo con dos calzadas a los lados para la gente de a pie y una central, más ancha, para carruajes y jinetes. Cuatro hileras de árboles, álamos, fresnos y sauces daban sombra a los paseantes y al centro de la avenida una hermosa fuente refrescaba la vista y alegraba el oído. Esta fuente tenía en el brocal de su taza, sirenas y cupidos recostados que arrojaban agua hacia el centro de la fuente, en medio de ésta

¹⁶⁹ Manuel B. Trens (compilador). "Los coches en la ciudad de México" en Boletín del Archivo General de la Nación. Secretaría de Gobernación. Tomo XXV, número 4. Octubre-diciembre 1954.:544.

¹⁷⁰ En tiempos del virrey Don Juan de Acuña, Marqués de Casa-Fuerte (1722-1734), se construyó el magnífico edificio de la Aduana de México, para organizar de mejor manera las importaciones y exportaciones del virreinato y con ello el cobro de las alcabalas. En este tiempo también, se construyeron algunas y remodelaron otras de las garitas de la ciudad, que permitían la salida y entrada de los cargamentos. Las garitas eran las de la Piedad, de San Antonio Abad, de La Viga, del Calvario, de la Candelaria, de Collulla, de San Lázaro, de Tepito, de Nonoalco, del Albarradón, del Peñón, de Peralvillo, de Santiago, de San Cosme y de Belém (tomado del plano de la Ciudad de México del Conde de Tepa 1776). Esta última se encontraba al finalizar el Paseo de Bucareli, tenía cinco arcos de piedra labrada (divididos en una de sus partes, por la arquería del acueducto de Chapultepec, el cual traía agua de una de las albercas del bosque del mismo nombre y que era el camino que llevaba desde la ciudad al pueblo de Romita, la villa de Tacubaya, Chapultepec y más allá hasta Toluca), y unas construcciones destinadas al teniente de garita, guardas y oficina de despacho

y sobre una fuerte baza, había una curiosa pirámide que en la punta ostentaba un águila parada en un nopal dorado. Sobre el mismo pedestal había otras estatuas de quimeras con cornucopias y entre cada una de ellas, sentados sobre la comisa varios cupidos que también arrojaban agua, haciendo con estos chorros y los antes mencionados, juegos de agua que al brillar con el sol formaban un espectáculo magnífico.¹⁷¹ Alrededor de la fuente había pequeñas pilastras con cadenas, que impedían que los caballos se acercaran a beber el agua y con esto causar suciedad y trastornos (ya que se formaba una aglomeración y además los caballos llenaban el derredor de la fuente de estiércol).

Llegaban los carruajes y jinetes por la parte norte del paseo que se ubicaba en los terrenos llamados del Ejido y trasponían los mojones, que eran pequeños pilares de donde colgaban cadenas que se ponían de noche para que no entraran los coches, pero que de día permanecían guardadas. Ahí tomaban los vehículos el lado izquierdo de la calzada¹⁷² central y proseguían su camino hasta la garita, desde donde regresaban tomando ahora el lado derecho (la parte central de la avenida era exclusiva para el virrey). Había centinelas bellamente uniformados, que a caballo cuidaban del buen tránsito de los carruajes e impedían que alguno de ellos se saliera de la hilera o diera vuelta antes de tiempo¹⁷³, causando desórdenes y embotellamientos.

También el Paseo de Bucareli requería de muchas atenciones, había que regar prados y árboles, barrer la larga avenida y tener la fuente en óptimas condiciones. En ocasiones era el mismo "alamedero" el que también se encargaba del cuidado del paseo

¹⁷¹ Esta descripción de la fuente está tomada en alguna de sus partes, casi textualmente del texto de Viera. Agustín de Vetancurt, *et al. La Ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780). Tres crónicas.* México, CONACULTA, 1990:262.

¹⁷² La costumbre de tomar el lado izquierdo se debía, sobre todo por los jinetes, que al tomar ese lado, dejaban el flanco derecho libre para poder saludarse de mano con el jinete que viniera por el lado contrario. Esta costumbre fue desapareciendo en el siglo XIX, a excepción de Inglaterra, la que continuó con esta modalidad hasta la fecha.

y aunque su mantenimiento no era tan caro como el de la Alameda, el gobierno gastaba 1700 pesos al año en él.

Las damas que se asomaban desde las ventanas de sus estufas, podían contemplar las montañas que rodean el valle y el campo que se extendía hasta la lejanía; también podían dedicar su atención a los jinetes, que pasaban caracoleando sus caballos y haciéndolos dar corvetas, para así lucir sus dotes de buenos caballistas, todo esto para ganar la admiración de los espectadores y tal vez alguno que otro corazón. La gente se saludaba de coche a coche con la mano y con el abanico, se repartían sonrisas y se quedaban de ver más tarde.

Después de dar dos o tres vueltas, los carruajes se estacionaban en las orillas del paseo, para ver pasar los demás coches, dejarse ver y charlar con los amigos, posteriormente se retiraban a sus casas a descansar o a prepararse para algún sarao.

Había veces que los paseos eran más largos y requerían de salir más temprano, ya que había que preparar meriendas, alistar coches, prevenir al servicio y salir antes de que el sol estuviera en lo alto.

En tiempos del virrey Don Agustín de Ahumada y Villalón, marqués de las Amarillas (1755-1760), su esposa Doña María Luisa del Rosario Ahumada y Vera, marquesa de las Amârillas, solía salir temprano del Palacio Virreinal montando a la jineta y acompañada de caballeros de la nobleza, su caballero y cuatro soldados. Todos ellos salían a galope con rumbo a Chapultepec, seguidos por la estufa de la marquesa. Las damas no los acompañaban puesto que no se acostumbraba que las nobles mexicanas montaran y menos a la "hombrieriega".¹⁷⁴

¹⁷³ Manuel B. Trens (compilador) *Op. Cit.*:556.

¹⁷⁴ Abetardo Carillo y Gariel. *El traje en la Nueva España*. México, INAH, 1959.:142.

Después de pasear por el bosque, la marquesa dejaba su caballo y subía a la estufa, y de ahí todo el grupo se dirigía hacia alguna villa o finca en San Cosme, en donde se reunía con las damas y ya juntos, tenían banquetes y saraos hasta la noche, en que regresaban a la ciudad.

El camino que conducía a Chapultepec era el que bordeaba por el acueducto del mismo nombre, pasaba por San Cristóbal de Romita (pequeña población de indios dedicados a la alfarería, y que colindaba con los potreros de Romita, pertenecientes a la hacienda de los condes de Miravalle¹⁷⁵), sitio en donde se podían comprar deliciosas frutas para el camino y la merienda, leche cuajada con azúcares y bizcochos. Siguiendo la arbolada calzada que daba sombra a los arcos del acueducto, se llegaba a Tacubaya, sitio ideal para pasar el día, puesto que la zona estaba llena de riachuelos, huertas y grandes árboles que cobijaban del sol.

Los paseantes bajaban de los coches y caballos, descansaban las piernas y respiraban el perfume de las flores que daban color a la villa. Mientras tanto, los criados montaban las mesas con sus manteles de hilo, disponían los objetos de la vajilla, colocaban cojines a las sillas y ponían mantas sobre los prados (los días de campo en ese tiempo eran más complicados). En algunas ocasiones, grupos de músicos acompañaban a los paseantes, para que éstos comieran escuchando algunas composiciones y bailaran después.

Las mujeres en Europa montaban normalmente a la "mujeriega", es decir sin estar precisamente montadas, sino con el pie izquierdo en el estribo y la pierna derecha abrazando la cabeza de la silla (en silla especial para mujeres). A esta forma de montar se le llama también de amazona o a la "albarda". Era poco usual el que una mujer montara "a la jineta" es decir a horcajadas.

Para más datos sobre esta virreina ver: Manuel Romero de Terreros, *et al.* "Viaje de la Marquesa de las Amarillas" en Anales del Museo Nacional de Arqueología. México, Museo Nacional de Arqueología, 1913. 391p

En general, las personas usaban para estas excursiones las mismas prendas de vestir que utilizaban para la ciudad. Los caballeros de cierta posición podían calzar, si el clima lo ameritaba, botas en vez de zapatillas y las damas vestían de colores más claros, se tocaban con sombreros de ala, portaban parasoles para protegerse del sol y para cubrirse llevaban rebozos de primorosos bordados por si el ambiente refrescaba.

De esta manera transcurría con placidez el día, los grupos caminaban entre los árboles, cruzaban los arroyos o tomaban una siesta junto a ellos, cortaban flores, fumaban cigarrillos y jugaban a la "gallina ciega" hasta el atardecer, hora en que se recogía todo para emprender la vuelta a la ciudad.

Existía otro paseo de tradición en la Ciudad de México éste, sin embargo, se efectuaba sobre todo en el lapso que iba de la cuaresma hasta el día de la Ascensión del Señor (aproximadamente dos meses) y era el que bordeaba el canal de La Viga.

El canal de La Viga nacía en Xochimilco y pasaba por varios poblados (no se debe olvidar el carácter lacustre que todavía conservaba en ese tiempo el valle): Chalco, San Francisco, Mexicalzingo, San Juanico, Ixtacalco y Santa Anita, hasta llegar a la ciudad en donde terminaba en las calles de Roldán cerca de la Merced.

En 1790, con el virrey Revillagigedo, se hizo un paseo más en forma, nacía éste en la Parroquia de San Pablo y corría a la margen derecha de la Acequia Real y así hasta la garita de La Viga. Su traza era parecida a la del Paseo de Bucareli, es decir: cuatro hileras de árboles dando cobijo a tres calzadas, de las cuales la central y más ancha era para carros y jinetes, se llamó Paseo de Revillagigedo.¹⁷⁶

¹⁷⁵ Lo que fue el pueblo de Romita todavía existe y está inmerso en la actual colonia Roma. Aún ahora se puede ver la minúscula placita con la pequeña iglesia del pueblo, es como un punto solitario y atemporal dentro de ésta céntrica colonia.

¹⁷⁶ Luis Castillo Ledón. *El Paseo de La Viga y de Santa Anita*. México, Cultura, 1925 :2.

Terminada la misa tempranera, las personas tomaban camino por el canal, hacia algunos de los pueblos mencionados. La gente con posibilidades iba muy elegante en coches descubiertos (forlones o calesas) para así disfrutar ampliamente del paisaje y el colorido.

Los jinetes sacaban sus mejores caballos y trotaban entre las dos hileras de coches que iban y regresaban. Saludaban a la gente de los forlones y calesas, se adelantaban y regresaban, compraban flores para regalarlas a las damas y se acercaban al canal para abreviar a los animales.

El canal se veía pletórico de trajineras, algunas llenas de flores y pájaros para vender, otras con bocadillos y muchas más con familias enteras que las alquilaban para hacer el paseo. La mayoría de las embarcaciones tenía toldos curvos, hechos de petate para evitar las insolaciones, sin embargo también las había sin él, para permitir que los pasajeros bailaran en ellas al son de la música.

El paseo se hacía lentamente, ya que la calzada se llenaba de coches¹⁷⁷ y viandantes. Las personas de menores recursos caminaban, se detenían a tomar atole en los jacales que estaban a la orilla del camino, compraban flores y se sentaban bajo los árboles a descansar y tejer guimaldas de amapolas y retamas, mientras comían tamales, pato cocido y tortillas con chile.

La música se oía desde varios lugares, puesto que cada grupo organizaba su propia verbena, entre las arboledas, en las embarcaciones y en carrmatos que llevaban guitarristas y pasajeros. También había trajineras especiales que sólo llevaban músicos,

¹⁷⁷ Podían llegar a circular hasta 800 carros. Virginia González Claverán. "Un verano en el México de Revillagigedo 1791" en Historia Mexicana. Volúmen XXXVIII, número 2. Octubre-diciembre 1988.:227.

que se acercaban a las orillas del canal para ofrecer sus servicio a la gente de los coches y dar serenatas.

Las personas mandaban detener sus forlones de cuando en cuando, para saludar a los conocidos, para refrescarse con un vaso de agua de chia, comprar flores a las indias o pedir algunas canciones.

La romería continuaba a los pueblos de Ixtacalco o Santa Anita. Ahí las personas descansaban, comían y seguían bailando hasta que se ponía el sol y entonces comenzaba el retorno, todavía con música y risas. Las mujeres regresaban coronadas con flores, algunos paseantes dormitaban en sus coches, otros, ya borrachos, cantaban a voz en cuello y no faltaba quien se hiciera remolón para despertar de la siesta etílica que tenía efecto bajo algún árbol.

Finalmente la noche caía sobre los romeros y si había luna, el paseo se tornaba magnífico, ya que convertía las aguas del canal en espejos que reflejaban las múltiples canoas.

La gente regresaba cansada después de tanto regocijo y baile, sol y música. Algunos podían continuar la fiesta en sus casas hasta el amanecer, otros simplemente se recogían en sus habitaciones y se disponían a descansar.

Finalmente la ciudad quedaba quieta y al abrigo de peligros, ya que los Santos Patronos y las Virgenes protectoras velaban por el cuidado de los habitantes de la ciudad.

TARDE DE TOROS

A cuadrillas los Luceros
de oro sacaron la gala,
cuando las Flores salieron
hermosa pompa de grana.
Salió galán en su carro
ese de brillos Monarca
y más hermosa que nunca
la Luna, a partir la plaza.¹⁷⁸

Era jueves y el sol de la Ciudad de México se encontraba en su punto más alto. Los habitantes de la misma, en vez de cobijarse a la sombra y comer tranquilamente para luego prolongar el descanso con una siesta, corrían por toda la casa, dando voces, apurando al servicio y mal comiendo con premura para estar listos a la hora señalada, pues ese día habría tarde de toros.

Las mujeres apenas probaban un poco de sopa para que el corpiño ajustara perfectamente y pudieran lucir como las más bellas, además de que en la plaza habría vendimia de bocadillos, dulces y pasteles de miel, así que no valía la pena robarle espacio al estómago.

¹⁷⁸ Sor Juana Inés de la Cruz. "Segundo Nocturno. Villancico IV, segunda copla". *Obras Completas*. México, Porrúa, 1969. (Sepan Cuantos...100):325

El origen de la fiesta de toros es remoto; muchos lo ubican en el período de esplendor de la civilización cretense. Posteriormente, el autor latino Plinio, menciona la Taurocatapsia¹⁷⁹ como una lidia de toros que se practicaba en Tesalia y que fue llevada a Roma por Julio César. En España, además de la fuerte influencia latina que tuvo lugar, fue también la necesidad la que creó este ritual ya que el ganado vacuno era bravo por naturaleza y si se quería disponer de él, había que domeñarlo antes.

En la península ibérica, durante la Edad Media, se corrieron y lidiaron toros y existen pasajes literarios que dan fe de ello, como en los *Cantares de Gesta* y en la *Crónica General* de Alfonso el Sabio (1256).

Las técnicas de enseñanza para la práctica del toreo estaban emparentadas con los preceptos de las órdenes de caballería y el honor del lidiador de toros debía ser tan inmaculado como el del caballero mismo. La suerte torera más antigua, en España, fue la de alancear al toro. Esto lo hacía el caballero desde su corcel y empuñando largas lanzas, práctica muy parecida a las de los torneos y a la guerra misma. Así como los caballeros debían contar con la ayuda de escuderos, los alanceros tenían el apoyo de los peones, especie de escuderos de la lidia.

A lo largo de la historia hubo momentos en que las autoridades no permitieron el ejercicio de esta fiesta o simplemente la desalentaron. Tal fue el caso de los Reyes Católicos, que veían en esta fiesta resabios paganos o el del Papa Pío V, quien en su

¹⁷⁹ La palabra taurocatapsia significa en griego "caer sobre el toro" y esta actividad consistía en perseguir a caballo el toro hasta rendirlo, y entonces, tomándolo por los cuernos, demarlo. Esta suerte se llama en español "mancornar" y también se llevó a cabo en España

bula *De salutis gregis dominici* de 1565, la prohibió y dictó pena de excomunión para aquellos que participaran en estos festejos.¹⁸⁰

Durante el siglo XVIII, las familias nobles o de alta jerarquía de la Ciudad de México, no escatimaban esfuerzos para lucir elegantes atuendos en las corridas; además, las damas tenían como acto vergonzoso el dejarse ver en las plazas con los mismos trajes que habían portado anteriormente¹⁸¹, así que, el que hubiera temporada de toros, implicaba un fuerte desembolso para preparar el ajuar de los espectadores.

Los caballeros utilizaban los mejores terciopelos para sus casacas, estrenaban tricornos y pelucas y además mandaban hacer hebillas de plata a la "chartre" para su calzado. Asimismo las damas lucían nuevos vestidos, de terciopelos gruesos si era invierno, y llenos de listones, rasos, blondas e hilos de oro, se compraban relojes nuevos para aderezar las faldas, y joyas y plumas para el cabello.

No sólo los miembros de la élite se veían alborozados por las inminentes corridas, sino también el resto de la población: los hombres cerraban temprano los talleres o los cajones de ventas y se preparaban, con sus mejores prendas, para asistir a la fiesta. Las mujeres, por su lado, compraban corales y perlas de Oaxaca para lucirlas alrededor del cuello, estrenaban paños de rebozos de colores chillones y compraban, a medio uso, zapatillas de taflete (a veces más pequeñas que sus propios pies, sin embargo esto último carecía de importancia pues el fin era el lucir lo mejor posible).

¹⁸⁰ Enrique Guarnier. *Historia del toreo en México*. México, Diana, 1979.: 23. Afortunadamente para los aficionados, el Papa Gregorio XIII la autorizó nuevamente en 1575, aunque con ciertas limitaciones.

¹⁸¹ Hipólito Villarroel. *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España*. México, CONACULTA, 1994. 161.

La lidia de toros llegó a América con los españoles mismos. La primera corrida que se llevó a cabo en México, fue el 13 de agosto de 1529, día de San Hipólito y como octavo aniversario de la caída de la capital del reino Mexica.

Durante los siglos XVI y XVII, y siguiendo la tradición española, el concepto de la lidia estuvo íntimamente ligado a las ideas de nobleza y estirpe; de esta manera, eran los españoles los caballeros que alanceaban los toros y los indios los que fungían como peones.¹⁸²

También en el virreinato de la Nueva España hubo detractores así como amantes y defensores de las corridas de toros: como ejemplo del primer caso estuvo el virrey Don Alvaro Manrique de Zúñiga, marqués de Villa-Manrique, quien trató de impedir que se llevaran a cabo en 1585. Y por el lado de los defensores de esta fiesta, estuvo el peculiar arzobispo virrey Fray García Guerra (1611-1612), quien no sólo la permitió sin ninguna restricción, sino que, incluso, ordenó que cada viernes se efectuara una corrida a la que él asistía, por ser él mismo un gran aficionado.

Con la llegada de la dinastía Borbona a España, el concepto de la lidia de toros cambió de manera esencial. Como se ha dicho, la mencionada dinastía era de importación francesa, por lo mismo no tenía ni la tradición ni la usanza y por ello el gusto por la fiesta brava. Coincidentemente, esta Casa Real arribó a España justo en el siglo en que se llevó a cabo la revolución del pensamiento llamada Ilustración, en cuyos

¹⁸² Durante los siglos XVI y XVII, siempre hubo corridas de toros el 13 de agosto, en conmemoración del triunfo de los españoles. Esto le daba a la fiesta de toros un cariz litúrgico, ya que simbolizaba el establecimiento de una nueva cultura marcada por los estamentos, en donde el vencedor, el cristiano, el español era el caballero que alanceaba y el indio o casta, gente de a pie, sólo suministraba el apoyo sin llevarse la gloria. Durante el siglo XVIII se dejaron de correr toros los días 13 de agosto, con esto la fiesta perdió bastante de su carácter simbólico; además, cada vez fueron menos los caballeros que participaron y por tanto la lidia tomó un matiz más plebeyo o llevando la conclusión más lejos, más "democrático".

esquemas no cabía, lo que se pensaba era, un espectáculo bárbaro y cruel y que ningún beneficio deparaba ni al espectador ni al actor del mismo.

El conocido disgusto que causaba al Borbón Felipe V la fiesta de toros, hizo que gran parte de la nobleza dejara de participar en ella. Posteriormente, Carlos III prohibió las corridas con excepción de aquéllas que tuvieran fines benéficos;¹⁸³ además reprobó abiertamente que los nobles que salieran al ruedo a lidiar.

Estas actitudes provocaron que, tanto en España como en sus colonias, se multiplicaran las obras públicas (como recurso para tener corridas de toros) y que la nobleza siguiera toreando, pero de incógnito (se les llamaba “tapados” puesto que portaban antifaz).

Aunque hubiera “tapados” tanto en España como en la Nueva España (los jóvenes condes de Santiago de Calimaya, famosos por sus desplantes y exuberancias¹⁸⁴, eran asiduos participantes en las corridas y aunque se suponía que iban de incógnito con antifaz de terciopelo negro, siempre llevaban bordados en las ropas, los colores de su Casa, para que nadie se confundiera), lo cierto es que cada vez eran menos los caballeros que participaban en las lides, tomando entonces el protagonismo los peones de a pie.

En la ciudad de México no hubo plaza de toros permanente sino hasta 1815, cuando se construyó una de mampostería en el nacimiento del Paseo de Bucareli. Así pues, las plazas eran de madera y se ponían y quitaban en diferentes lugares según la ocasión. La primera plaza que se armó en la ciudad se ubicó en la Plazuela del

¹⁸³ Ramón Guerra. *La corte española del siglo XVIII*. Madrid, Anaya, 1991.:38.

¹⁸⁴ Ignacio González Polo. *El Palacio de los Condes de Santiago de Calimaya*. México, Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM, 1973..26-27.

Marqués,¹⁸⁵ y posteriormente se armaron indistintamente en: la plazuela del convento de San Diego, en la de Vizcaínas, en la del Hornillo, en el Paseo Nuevo,¹⁸⁶ en la Plazuela de los Pelos (entre la Acordada y el Paseo de Bucareli), en la de San Pablo y en la del Volador

La plaza del Volador era conocida con ese nombre por haber estado emplazado ahí, en tiempos prehispánicos, un grueso tronco en donde se llevaba a cabo un ritual solar y desde el cual cuatro hombres, que tenían amarrados los pies con largas cuerdas que a su vez estaban atadas por el otro extremo a la cúspide del tronco, descendían dando varios giros hasta llegar al suelo, mientras que un quinto hombre hacía música en lo alto del pilar, invocando al sol. Durante la época colonial este ritual desapareció, sin embargo la plaza conservó el nombre y estaba ubicada justo enfrente de la Universidad¹⁸⁷ y a un costado del Palacio Virreinal. En la plaza del Volador se llevaban a cabo las corridas más importantes, las que tenían carácter oficial y a las que acudía el virrey.

En esta misma plaza del Volador se llevó a cabo una famosa temporada de toros auspiciada por el virrey marqués de Croix con el fin de recaudar dinero para la remodelación de la Alameda. La temporada empezó el 20 de noviembre de 1769 y

¹⁸⁵ Esta plazuela se encontraba frente a las casas de Cortés, Marqués del Valle de Oaxaca, y la antigua Catedral. No se debe olvidar que la primera catedral tuvo su frente orientado al poniente (la actual lo tiene al sur). Así que esta plaza se encontraba frente a lo que es hoy el Monte de Piedad y el costado de Catedral

¹⁸⁶ Este Paseo era pequeño y se encontraba en lo que es hoy la calle de Victoria entre Revillagigedo y Balderas.

¹⁸⁷ La Universidad siempre tuvo quejas cuando se instalaba el coso taurino en la plaza del Volador. Benjamín Flores Hernández. *La ciudad y la fiesta. Tres siglos y medio de tauromaquia en México*. México, INAH, 1986:69. Las quejas, seguramente eran porque la gritería interfería con la necesaria calma que se requiere para el estudio, se trastornaba el tránsito de coches y viandantes, el lugar quedaba terriblemente sucio y además, siempre existía la posibilidad de que se escapara algún toro e hiriera a maestros y alumnos.

terminó el 11 de enero de 1770, duró cuatro semanas y se hicieron ocho corridas (las corridas eran los lunes y los jueves).

Ya vestida y alistada, la gente de alta posición tomaba sus coches y se encaminaba rumbo a la plaza del Volador, y también lo hacía la gente de a pie formando una muchedumbre compacta. Los carros circulaban lentamente pues no tenían otra opción, iban como en caravana. Para evitar más confusión y que los vehículos formaran un Nudo Gordiano, las autoridades habían ordenado que la llegada de los coches y entrada a la plaza fuera sólo por el Puente de Palacio o La Merced y la salida, ya terminada la corrida, fuera por las calles de la Acequia, Porta Coeli o San Bernardo¹⁸⁸ (quedaba absolutamente prohibido meter los vehículos a la plaza, éstos debían esperar fuera a sus ocupantes, no importando su calidad). Así pues, las estufas se dirigían hacia el oriente de la ciudad para desde ahí regresar y tomar las calles señaladas.

Mientras tanto, en los corrales de la plaza ya esperaban, bufando, los bureles que serían toreados. Desde varios días antes habían sido traídos desde las lejanas haciendas de sus propietarios. Las mejores ganaderías eran la de Atenco en Toluca, propiedad de los Condes de Santiago de Calimaya, la de Enyegué de los Condes de la Torre Cossío y las de los Condes de San Mateo Valparaíso.¹⁸⁹ Al llegar el ganado al Valle, era encerrado en los ranchos cercanos a la ciudad (en Tacubaya o Anzures) para ahí esperar, según la rifa que formaba los lotes, a ser trasladado a la plaza.

¹⁸⁸ La llegada era entonces por la calle de Puente de Palacio que es ahora Corregidora o por la de La Merced que es ahora Manzanares. La salida era por la calle de Acequia, ahora 16 de septiembre, por Porta Coeli ahora Pino Suárez o por San Bernardo que actualmente lleva el nombre de Venustiano Carranza.

¹⁸⁹ Cabe recordar que los Condes de San Mateo Valparaíso también eran Marqueses de Jaral de Bermeo. Tanto el ganado vacuno como el caballar de esta familia tenía fama, por la estampa y por la bravura de los toros. Existía un dicho, que a veces todavía se utiliza: "*Pa los toros del Jaral, los caballos de allá mesmo*". Otro dato interesante es que en la estatua ecuestre de Carlos IV de Tolsá, el caballo que sirvió de modelo se llamó Tambor y perteneció a la ganadería de los Marqueses de Jaral.

La multitud de personas entraba lenta y difícilmente al coso para ir ocupando sus respectivos lugares. El desorden era caótico ya que los boletos no se vendían individualmente, sino que la empresa dividía el edificio en sectores y cada uno de ellos se daba a un contratista, el cual lo vendía, ya fuera por completo, o cada cuarterón por separado y al precio que le venía en gana.¹⁹⁰ Así que los que tenían boletos de cuarterón debían llegar todos juntos o esperar en las puertas a que llegaran los demás para entonces, poder entrar. Por supuesto que se formaban colas y empujones y debemos pensar que también insultos y golpes.

La plaza estaba dividida en 96 cuarterones: de éstos, 53 eran de sombra, 16 de media sombra y 27 de sol.¹⁹¹ Aunque la esencia estamentaria de la lidia de toros se había perdido ya en el siglo XVIII, continuaba en cierto grado a la hora del acomodo de los espectadores puesto que los mejores lugares eran, por supuesto, para el virrey y su corte; y todo aquél que se considerara de cierto nivel social, hacía hasta lo imposible por conseguir localidades cercanas a la zona que ocupaba el representante de Su Majestad. La plebe, obviamente, no tenía recursos pecuniarios para estas ostentaciones, así que se tenía que conformar con adquirir asientos de sol y cocerse durante toda la corrida.

La plaza lucía llena de color, los palcos del virrey tenían tapices, alfombras y se adornaban con flores de cera de tonos tenues. Desde los balcones colgaban pendones, mantillas e incluso rebozos, y la gente, vestida con sus mejores galas, formaba un arcoiris movedizo.

Finalmente el toque de trompeta anunciaba el inicio de la corrida y principiaba el paseíllo que cortaba la arena por la mitad. Entraban los toreros de capa con sus

¹⁹⁰ Enrique Guarnier. *Historia del toreo en México*. México, Diana, 1979.:43

cuadrillas, rejoneadores montados en hermosos caballos y rodeados de sus lacayos, seguían las cuadrillas de infantería, los toreadores de banda y los ventureros¹⁹² hasta llegar justo frente al virrey y a la autoridad de la plaza, para entonces, pedir la autorización y dar comienzo a la fiesta.

La corrida empezaba con el primer momento de la brega, cuyo objetivo principal, era cansar al toro: salía bufando a la arena el primer astado, zaino bragado, astifino y de carácter noble, seguramente de Valparaíso (que tenían fama de nobles brutos), por lo que el público aplaudía la estampa del burel y esperaba con emoción los primeros capotazos. El primer torero de la tarde entraba a escena, podía ser "el gachupín toreador", (famoso torero español de nombre Tomás Venegas, quien estuvo activo en la Nueva España desde 1767 hasta 1792), o también Alonso Gómez "el Zamorano", novohispano de origen o también "el Cuate"¹⁹³, torero de maneras alegres y ágiles. El diestro daba vanos capotazos, ayudado por su cuadrilla, y en las graderías las mujeres elogiaban su galanura y elegancia en el porte. Al siguiente toque de trompeta, salían los banderilleros que, sin tener la protección del capote se enfrentaban al astado, saltando y mostrando el frente de sus cuerpos sin ningún temor, el toro embestía y en un rápido movimiento rematado en giro, el valiente clavaba los adornados pinchos en el morrillo del burel; el público aullaba y aplaudía, el toro ensangrentado se enfurecía más pero a la vez se descongestionaba con la sangría.

¹⁹¹ Silvano García Guiot. "La temporada de toros en 1768" en *Divulgación histórica*. México, Helios, 1940. Volumen I :168

¹⁹² Los lacayos fungían como capeadores y apoyo del rejoneador. Los toreadores de banda se llamaban así por usar una banda que les cruzaba el pecho, también formaban parte del apoyo para rejoneadores y toreros. Los ventureros salían solos a la arena y eran los que clavaban las banderillas con flores u otros adornos Benjamín Flores. *Op.Cit.*:51.

¹⁹³ Benjamín Flores Hernández. *Op.Cit.*:63.

A continuación, "el matador" volvía al ruedo, cuando ya había cambiado su capote por la muleta (apenas inventada en 1700¹⁹⁴). Seguían los pases y empezaban las suertes, el torero se acercaba, se arnesgaba, la concurrencia retenía el aliento y luego tronaba en estrepitosos aplausos

(Como se mencionó, el propósito de este primer momento de la brega era que el burel se cansara, por lo mismo, después de algunas suertes y de clavar las banderillas, se llevaban a cabo una serie de actividades que, para nuestros días son en extremo impensables dentro de una corrida). A continuación salían al ruedo, para hacer su espectáculo, los locos y payasos que provocaban la risa y diversión de la concurrencia: un hombre, disfrazado de loco de San Hipólito, le hacía muecas al toro, brincaba como loco, fingía que no sabía que había una bestia peligrosa ahí y cuando el astado arrancaba la carrera para embestir, el loco corría y se metía a un barril, en donde era zarandeado hasta que llegaban los peones para apartar al animal.¹⁹⁵

También había picadores que salían en burro, banderillas con cohetes o con fuego. El público de ideas ilustradas, sólo suspiraba y reprobaba con la cabeza, admirándose del júbilo que causaban estas "barbaridades" en el henchido y barroco gusto de los espectadores.

Ya cansado el toro, se proseguía con el segundo momento de la brega, la suerte suprema, la muerte a espada del noble animal: el torero daba unos pases más, desfundaba la espada, buscaba el mejor ángulo del astado, se acomodaba, alzaba la espada y contenía la respiración. El público guardaba silencio con expectación, no le quitaba la vista al matador. El torero citaba al toro y cuando éste embestía, en un súbito

¹⁹⁴ Enrique Guarnier. *Op.Cit.*.23.

¹⁹⁵ Benjamín Flores Hernández. *Op.Cit.*:64.

arranque el torero se tiraba a matar, la espada entraba en el centro de la cruz hasta la empuñadura, el animal se tambaleaba, volteaba a ver a la gente que, frenética gritaba, se le nublaban la vista y caía pesadamente alzando una nube de polvo.

Los asistentes aplaudían la conclusión, el torero esperaba a que el animal muriera. Si los estertores de agonía se prolongaba, entraba el "mata toros" que, armado de un "chulo" (especie de puñales que servían para dar la puntilla al toro y en su defecto como arma blanca en momentos de riñas callejeras), remataba al burel. El torero agradecía la ovación, recogía las flores que le lanzaban las mujeres y se retiraba al callejón. Un tronco con un par de mulas guamecidas y empenachadas, tiraban del que, hasta hacía muy poco, había sido un noble burel, el público también lo despedía con un aplauso.

Entre toro y toro, venían las otras diversiones: corridas de liebres, peleas de gallos y de moros contra cristianos, saltimbanquis¹⁹⁶ o incluso peleas entre toros y perros y también persecución de cerdos por los ciegos.¹⁹⁷ Nunca faltaba un enloquecido que se aventaba al ruedo para tratar de torear con su casaca y que generalmente acababa apaleado.¹⁹⁸

Durante los intermedios, sonaba la música, las personas se levantaban de sus asientos y estiraban las piernas, los del área de sol se enjugaban el sudor, se abanicaban con los sombreros y miraban con cierta envidia a los de sombra, que lucían semblantes frescos y secos. La vendimia de bocadillos aumentaba: para la gente

¹⁹⁶ Silvano García Guiot. *Op.Cit.*:169.

¹⁹⁷ Benjamín Flores hernández. *Op.Cit.*.65.

¹⁹⁸ En el siglo XVIII, aunque seguía habiendo aficionados, la mayoría de los toreros eran matadores profesionales, sus sueldos eran fijados según la temporada. Ciertamente había toreros más caros que otros, según su calidad, experiencia y cartel con el público, para dar un ejemplo Venegas cobraba 30 pesos en corrida doble, "el Cuate" 20 pesos, toreros de menor nombre 8 pesos y los banderilleros 5. El famoso rejoneador "el Jerezano" llegaba a ganar 50 pesos. Enrique Guarnier. *Op.Cit.* :36.

ordinaria, fritangas, bizcochos, masas, frutas, aguas frescas y aguardiente. Para la mesa del virrey y su corte, dulces hechos en convento expresamente para la ocasión, aguas nevadas, vino con soletas, dulces cubiertos, pasteles de carne con nueces, turrone, barquillos y pasteles de miel.¹⁹⁹

Después de rastrear el ruedo y regar agua en la arena para que no se levantara el polvo, la trompeta anunciaba con un toque al siguiente toro, tal vez un berrendo cornigacho, pesado y de gran bravura. El turno ahora era para "el Jerezano"²⁰⁰, rejoneador de primera, famoso por sus buenas lides.

Durante los siglos XVI y XVII, se había utilizado la forma de monta llamada "a la brida", que consistía en llevar los estribos largos, así que el caballista iba totalmente encajado en el corcel y por lo mismo más seguro. Esta forma fue, sobre todo, para alancear. Ya en el siglo XVIII, el estilo de monta cambió y ahora se llamó "a la jineta", que llevaba los estribos más cortos y se necesitaba mucho mayor dominio sobre el caballo. Esta última forma era la usada por los rejoneadores y consistía en azuzar al toro para que embistiera, y entonces clavarle en el cervigullo pequeñas picas llamadas rejones, y que quedaban, con listones de colores, adornando la nuca del astado.

Después de una magnífica lidia del Jerezano, y el subsiguiente intermedio de diversión, llegaba el tercer toro, un cárdeno, enmorrillado y patifino cuya descomunal cornamenta quitaba el aliento, el turno ahora era para "el Capuchino". El torero salió con paso firme, saludando a la concurrencia y tratando de estar alerta, puesto que el toro lucía gran bravura, bufaba, mugía y embestía a todo lo que tenía enfrente. El Capuchino dio unos cuantos capotazos y el público le aplaudió la estampa. En determinado

¹⁹⁹ Silvano García Guiot. *Op.Cit.*:169

²⁰⁰ Benjamín Flores Hernández. *Op.Cit.*:23.

momento el burel cortó vuelta y le dio un empujón al matador quien cayó al suelo, los espectadores dieron un grito de alarma, sin embargo, el torero se levantó con premura sacudiéndose el polvo y recuperando una zapatilla. Se escuchó la llamada para las banderillas, pero el animal no se prestaba con facilidad y los banderilleros sufrieron para poner los pinchos, que quedaron mal puestos. El bruto estaba enfurecido.

Llegó el momento de la muleta, "el Capuchino" dio un pase con cierta precaución, otro, y otro más, parecía haber domeñado al bicho; dio un pase más de forma magistral, y el público aplaudía a rabiar cuando el toro pisó la muleta y provocó una nueva caída al matador. La cuadrilla del torero, pendiente de él, trataba de protegerlo, daba capotazos para cansar al toro, pero éste bufaba y babeaba furia. El torero, ya repuesto del último revocón, se le acercó, dio otro pase, cambió de flanco y volvió a citar. El toro se preparó a embestir y fue tal su fuerza que alcanzó a coger al torero, lo ensartó con los pitones de una pantorrilla y lo alzó por los aires. El Capuchino cayó pesadamente tocándose la henda, el cárdeno volvió a embestir y esta vez le clavó las astas en el vientre y volvió a lanzarlo por los aires. El público gritaba alarmado, las mujeres se cubrían los ojos y algunas damas perdían el conocimiento, los hombres no apartaban la vista. Todas las cuadrillas entraron al ruedo para ayudar: algunos trataban de apartar al toro mientras que otros levantaban al diestro. Sin embargo ya era tarde: "el Capuchino" había muerto, en una tarde fría de diciembre de 1769.²⁰¹

La alarma en el público duró un rato más. Sin embargo, retirado el cuerpo del toro de la arena, muerto el toro asesino y comenzada la diversión del intermedio, los

²⁰¹ La narración de la muerte de "el Capuchino" es imaginaria, un supuesto de cómo pudo haber sido la muerte de un torero y el motivo es ambientar los datos y darles color. El dato fidedigno es que en el mes de diciembre de la temporada de 1769-1770, un torero llamado "el Capuchino" murió en la arena. Benjamín Flores Hernández *Op.Cit* 23

espectadores olvidaron su sobresalto y volvieron a reír; "el muerto al pozo y el vivo al gozo".

En una época en que la muerte era constante compañera de los vivos, en la que el promedio de vida era más corto y en la que las pestes de viruela, matlazáhuatl, influenza y disentería arrasaban con las personas por centenas, una muerte más no caíaba tan hondo. Los novohispanos del siglo XVIII estaban acostumbrados a la muerte, la veían a diario en los retablos barrocos, oían de ella de labios de los sacerdotes y se la comían hecha azúcar el primer y segundo día de noviembre

Terminada la corrida, las personas de escasos recursos inundaban el ruedo para continuar la fiesta con bailes, cantos y bebida hasta altas horas de la noche. Los que ya estaban cansados o preferían tener saraos elegantes en sus casas, se preparaban para desalojar la plaza, las mujeres se cubrían los hombros con sus mantillas y rebozos pues el tiempo refrescaba, los hombres comentaban las suertes de los toreros y sus momentos ágidos, también prometían volverse a ver en la siguiente corrida. La gente salía poco a poco pues voivía a haber caos en las puertas; los coches esperaban a sus dueños y se retiraban, rodando lentamente por las calles autorizadas: la Acequia, Porta Coeli y San Bernardo.

La plaza quedaba sucia de cáscaras de fruta y restos de comida, la zona misma hedía, no sólo por la basura que llenaba el lugar, sino por el olor a orines y a sangre seca, a vísceras y boñigas. Todo sería relativamente limpiado para la siguiente corrida. Mientras tanto los asistentes a la Universidad continuaban con sus quejas.

A las seis de la tarde ya estaba oscuro pues era invierno, la luna iluminaba la ciudad. Terminaba un día más en la Ciudad de México, la de las campanas, la de la Virgen de Guadalupe, el *ombilicus mundi* del provinciano universo novohispano.

CONCLUSIONES

Las conclusiones que aquí presento se enfocan a cuatro puntos: primeramente hablaré de mi idea de la historia y sobre la vida cotidiana como parte integral de ésta. Seguidamente, sobre la necesidad de un enfoque global o totalizador para comprender cabalmente un periodo histórico. A continuación expondré la idea que tengo sobre el concepto de lo barroco como parte de la naturaleza humana, para terminar con la demostración de mi hipótesis de trabajo.

Se sabe que la historia, es decir la narración, la revisión, el análisis y la explicación del paso del ser humano a través del tiempo, ha acompañado al hombre desde que éste tuvo la conciencia de ser y estar en el mundo. Empero, como el hombre mismo, la historia ha cambiado y sigue cambiando, se transforma; sus parámetros no son estáticos así como tampoco lo son el comportamiento y los conceptos de los hombres mismos. La idea que se tiene de la historia siempre está interactuando con la vida que lleva el hombre, es decir, que los seres humanos tenemos diferentes actitudes en la vida por experiencia de lo que nos dice la historia y a la vez, la historia nos dice diferentes cosas según las actitudes que nosotros tomamos. "La historia es hija de su tiempo" dice Bernard Lepetit, y no hay nada más cierto, es interesante el observar cómo, visto en perspectiva, la historia ha ido acompañando en sus parámetros el largo camino que ha llevado la humanidad.

Hoy día vivimos en un periodo de crisis. Aparentemente se nos han agotado los modelos a seguir, nos hemos encontrado con un planeta que se destruye, que se licúa lentamente ante nuestros ojos por numerosas catástrofes como el sobrecalentamiento de la tierra, la extinción inexorable de diversas especies de flora y fauna que nos habían

acompañado en nuestra aventura vital y los agujeros de ozono, ventanas malignas que dejan entrar la amenaza apocalíptica de los rayos ultravioleta y que desgarran nuestra atmósfera, por mencionar unas cuantas. Y todo esto, sabemos, causado por nosotros mismos, por nuestros progresos, por nuestra tecnología mal entendida, por nuestro afán de imperar por sobre todas las cosas, por el delirio de grandeza y el síndrome de Dios. Por lo mismo, nos sentimos desahuciados, perdidos ya no tenemos visiones teleológicas.

Sin embargo, por nuestra misma naturaleza humana, sólo descansamos y tomamos aliento para buscar recursos y antídotos contra nuestra autodestrucción. Estamos en un *interregno* que lucha por encontrar lo que nos pueda salvar, si no definitivamente, puesto que ya no creemos en el paraíso, sí que alargue el mayor tiempo posible nuestra existencia como una especie más de este mundo.

Mi idea de la historia sigue el mismo camino. Ha agotado los modelos aparentemente definitivos, ya no se erige como la luz que iluminará el camino de la "verdad", la única, la final. Busca recursos, hace pruebas, experimenta, trata de encontrar el antídoto contra su propia muerte para con ello darse una explicación, si no perentoria, por lo menos lo suficientemente válida hasta poder llegar a una isla de descanso. Eso es la historia hoy en día: la búsqueda de nuevas formas, coherentes, explicativas, no busca ser definitiva. Estamos en la edad de la humildad.

La historia inició sus días como una forma de narrar la vida que habían llevado los hombres o ciertos hombres, en compañía de las fuerzas de la naturaleza o de los dioses o de un solo dios. Las fuerzas que movían la marea histórica eran el valor, la bondad, la magia o los milagros. El hombre creció, tuvo más edad y cambió de ideas, se buscaron más explicaciones, la metafísica ya no entraba en el esquema. La historia se

volvió adulta y se especializó: historia política, historia económica, historia de la ciencia. Se crearon tendencias, escuelas, adscripciones; cada uno pensaba que su razón era la única, la poderosa. La Explicación.

Se hizo una división tajante, dejando de un lado, del "bueno", la historia importante, profunda, explicativa y trascendental, y del otro, en los rincones vituperados de la levedad y liviandad y acusada de no dar explicaciones ni de ser analítica, la historia de los que no tienen historia, de los que no nacieron para ser héroes ni filósofos, la que yo llamaría historia de las formas, de lo material, de lo sensorial, de lo trivial.

¿En dónde podemos ubicar la historia de la vida cotidiana? Dice Daniel Roche que a esta historia se le ha considerado como una manera poco analítica de retomar la cuestión histórica, que no ha ocupado un lugar de primer plano en la Historia con mayúsculas. ¿Pero, por qué? Será porque en ella se habla de cosas sin importancia para el hombre como el reír, el comer, el amar y odiar, el vestir y gozar, en pocas palabras el vivir el día a día. Ciertamente, para cada uno de estos actos existe una explicación económica, pero también política y sociológica y psicológica y geográfica y racial y más y más. La historia es inmensa, todo está entrelazado, no hay generación espontánea, pero se debe partir de algún punto. Dice Leopoldo Zea que "a lo universal se llega desde lo concreto, de lo peculiar, de lo humano", y así entonces ¿cómo construir un edificio sólido sin conocer las bases, lo concreto, el cómo fue?

Para tratar de reconstruir la vida cotidiana de una determinada época se deben reunir hechos diversos, recurrir a diferentes fuentes, distintas entre sí, hacer arqueología de las formas existentes, tratar de extraerles del valor implícito que puedan poseer, el valor que adquirieron en una determinada época y en qué devino ese valor a través de las transformaciones conceptuales de los individuos. Es labor que requiere de la

observación de peculiaridades que con su constante repetición se convirtieron en hábitos de vida y en costumbres, muchas de las cuales trascendieron la barrera del tiempo y siguen estando en nuestra cotidianeidad actual.

La historia de la vida cotidiana no necesariamente explica cómo se gestaron las transformaciones de los modelos económicos o políticos de una sociedad; se puede conformar simplemente con observar cómo se ha sido para dar explicaciones de cómo se es. Es decir, el recurrente primer postulado filosófico que se ha hecho el hombre: ¿qué fui, qué soy, y por qué soy lo que soy, acaso podré intuir lo que puedo llegar a ser?

Cuando Hira de Gortari habla sobre la historiografía francesa, menciona que uno de los rasgos fundamentales de esta - llamémosla así- escuela historiográfica, es la apertura metodológica que permite el poder investigar en nuevas fuentes, en aquellas que no imaginaban que podían tener el rango de "fuentes", es decir: una cuchara, un diario, un listón, un retrato, el recurrente camino al mercado, una canción. El diario y banal ejercicio de platicar y regar las macetas, las diferentes experiencias sensoriales que han tenido los individuos a través del tiempo al observar un ocaso en la misma ciudad. Y todo esto, haciendo una cadena del pasado al presente para así observar cambios y permanencias, lo que es la vida misma en un ente, en una sociedad, en la historia.

Apoyándome en la idea de Ruggiero Romano, cuando hablo de darle a la historia una visión global o totalizadora, no pienso en adentrarme en la historia universal para encontrar las explicaciones de mi objeto histórico, sino de tratar de enfocarlo desde la mayor cantidad de ángulos posibles.²⁰² Sé que debo automarcar límites dentro de mis posibilidades; sin embargo el intentar obtener la mayor aproximación al "todo" que

constituye una vida, me permite la posibilidad de reconstruir, de la manera más cercana, lo que significa la cotidianeidad. Es decir que los individuos de una sociedad, para ser lo que fueron y llegar a ser lo que son, no sólo trabajaron y produjeron, sino también comieron, durmieron, se bañaron, se divertieron y pensaron. Muchas veces, el adentrarse en las formas y en su interacción con los seres humanos, nos puede dar claves para entender ciertas conductas. Por ejemplo: difícilmente se puede llegar a saber cómo pensaba una mujer occidental del siglo XVIII, si antes no se ha observado un corsé de algodón almidonado y empalado en varillas de ballena, con agujetas que al cerrarse sojuzgan el torso, el alma y las ideas. En verdad, no piensa de igual manera un mujer que camina libremente por la vida, que aquella cuya humanidad está sujeta al estético radio de 55 centímetros y lleva a cuestas varios kilos de telas.

La visión global debería tratar de ver todas las esquinas, las esenciales y las sustanciales, las formales y las anímicas, procurar reconstruir el todo de la cosa que se observa y así estar más cerca de poder entenderla cabalmente.

En últimas fechas mucho se ha hablado del barroco como estilo artístico, de lo barroco como aspecto formal de las cosas y del *ethos* barroco como parámetro conceptual, como una manera de observar, sentir y vivir el mundo.

Dícese de la palabra barroco que proviene de barrueco (verruja), cuerpo esférico, de preferencia una perla cuyas formas son irregulares, las cuales permiten apreciar los claros y los oscuros, los entrantes y salientes, las curvaturas suaves y deslizantes y las hondonadas abruptas y ásperas.

²⁵² Hira de Gortari y Ruggiero Romano. "Historia cuantitativa, historia económica e historia: algunas consideraciones sobre la historiografía francesa de hoy" en *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodológicas recientes*. México, Universidad Iberoamericana, 1997.:153.

Nada mejor que este concepto para describir a la sociedad capitalina mexicana del siglo XVIII (¿y por qué no del XX?). Una sociedad desigual, con clases altas y bajas jerárquicamente bien diferenciadas, pero que con frecuencia se encuentran y unen en determinadas coyunturas. Una sociedad heterogénea que se divide, muchas de las veces, según los recursos económicos; otras por la clase social, la cuna o la nobleza, y otras más por el color de la piel. Sin embargo, la frontera entre estas divisiones no está firmemente trazada y los individuos se mueven, con bastante frecuencia, entre un plano y otro. Es una sociedad que hace intentos de apertura hacia las nuevas formas e ideas y a la vez se enconcha, se cierra en el conservadurismo. Dice María Alba Pastor: "que es un mundo completo y cerrado pero dinámico, en movimiento, que intenta que todo tenga cabida y que se ríe de las exigencias del principio racionalista". Una sociedad que, aparentemente, se guía de mayor manera por la forma más que por la esencia de las cosas y olvida la razón para detenerse en lo sensorial.

La sociedad capitalina se desbordaba tanto en las alegrías de fiestas y carnavales como en el fervor religioso y autolacerante de la Semana Santa. Sentía éxtasis con la voluptuosidad de las formas y se arrepentía firmemente de su ligereza: amaba con toda su alma y cuerpo y en seguida odiaba con las entrañas, aclamaba, vitoreaba y era capaz de morir por el visitante encumbrado, líder religioso, rostro conocido, para olvidarlo prontamente y ceder sus favores a otro. Una sociedad que tenía y tiene la sensibilidad a flor de piel, capaz de crear obras maravillosas y de olvidarlas o destruirlas al siguiente cambio anímico. ¿Y se le podrá tachar de poco profunda?, ¿cuál es el parámetro de la profundidad?, ¿la duración, la largueza? No. Sus creencias y sentimientos son profundos y sin embargo son demasiados y todos deben ocupar su

lugar. Quien cree livianamente tiene el corazón liviano, quien lo hace con profundidad ha salvado su corazón.

La modernidad, el acceso al conocimiento de nuevas formas parece haber limado las redondeces y hondonadas de la perla, empero ésta sigue siendo irregular, desigual, barrueca.

El barroco se introdujo en el ámbito novohispano en el siglo XVII, y por las características propias y las coyunturas que se habían ido formando es esa determinada sociedad (la variedad de razas y conceptos importados, aunados a las resultantes de las mezclas de los mismos, los modos sociales, económicos y políticos de factura española de larga herencia, y que al ser implantados en las nuevas tierras, tuvieron que mestizarse con las dinámicas propias del lugar, existentes también desde antaño), llenaron las expectativas de la población y sirvieron para que el mecanismo vital siguiera su curso.

Durante el siglo XVIII, con el cambio de dinastía en España, los gobiernos trataron de racionalizar el ámbito colonial. Se trató de imponer un cierto orden, sin embargo, vemos que éste no encajó totalmente en el espíritu, para este momento ya consolidado, de la población: se prohibieron manifestaciones exaltadas de júbilos y desgracias, se conminó a abandonar las formas exuberantes en la construcción de edificios religiosos, se legisló con respecto a las actividades diarias en la vía pública, se restringieron las corridas de toros sólo para efectos de saneamiento y obra pública, se retiró, se clausuró, se prohibió. Sin embargo, la población encontró subterfugios para poder burlar el nuevo orden, ya que éste no encajaba en su esquema mental ni anímico, por lo mismo los usos y costumbres prevalecieron.

Se podría hablar de las constantes de este espíritu, pero sería redundar, ya que son obvias y evidentes para aquél que ha observado la cotidianidad actual de la ciudad de México. Es espíritu barroco se introyectó tan profundamente en el *ethos* del habitante de la capital mexicana, que difícilmente lo abandonará próximamente.

El planteamiento de mi hipótesis de trabajo se basa en la idea de que existen dos planos históricos: uno de corta duración y otro de larga duración que en cierto sentido se pueden considerar como contemporáneos, ya que durante la vida del primero se está gestando el segundo. El parámetro en donde ubiqué esta visión de la historia es en las zonas urbanas, en donde la sociedad se divide principalmente en dos clases: a la primera la llamaré clase alta, que es una élite social representada por individuos que, ya sea por su poder económico, nivel intelectual, tiene la posibilidad de acceso al conocimiento de nuevos modelos, ya sea formales como conceptuales, los adoptan y hacen uso de ellos por un cierto tiempo, hasta que surgen nuevas formas y entonces desechan las antiguas que paulatinamente caen en desuso, para aprehender las recién surgidas. Los nuevos modos surgen constantemente y por lo mismo el tiempo de aprehensión de cada uno de ellos es relativamente corto. A esto le llamo historia de corta duración y es la que registra la historia tradicional y es la que se conoce como *histoire evenementiel*.

Por otro lado, el resto de la población, en mayor o menor grado, ha estado observando a la clase ostentadora de la vanguardia y quiere emularla. Sin embargo, sus posibilidades no le permiten la apropiación inmediata, así pues espera, hasta que éstas sean desechadas o simplemente las copia o las transforma, imprimiéndoles una digestión propia. Al ser esta aprehensión más lenta y trabajosa, difícilmente será

prontamente abandonada, su vida será más larga; ésta es la historia de larga duración y es la que crea la base de la forma cultural de un pueblo.

Primeramente debo explicar el porqué de la ubicación de esta perspectiva histórica en las zonas urbanas. Decía Marc Bloch que: “los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres” y no hay nada más cierto que esto en las ciudades, puesto que el tiempo se sucede con mayor rapidez de lo que los hombres pueden asimilar. No obstante, el tiempo corre a menor velocidad en las zonas rurales; los modos permanecen más largamente y los conceptos duran más en las mentes; el tiempo ahí es más parecido a los padres mismos.

Trataré de situar estos conceptos dentro de la investigación: se mencionó en el texto la dinámica vital del mercado, lugar de encuentros, de vivencias e incluso de conocimiento. La población al completo hacía su aparición en estos lugares. Ciertamente para proveerse de lo necesario para su subsistencia, pero también para escuchar las novedades, conocer las decisiones de las autoridades, a entretenerse y a divertirse. Era un punto de encuentro para la experiencia vital de cada día.

Actualmente, la élite difícilmente acude a estos lugares para su experiencia diaria; su forma de “conocer” ha variado, su tiempo para intercambios personales ha disminuido y se conforma ahora con la compra semanal a solas. El autoservicio no requiere de hablar ni de entablar ningún contacto humano, en la soledad se compran los productos ya envasados, pesados y casi digeridos.

Es el resto de la sociedad, que aunque anhela la automatización, la cibernética y la interred, se ve obligada por sus circunstancias a continuar con sus usos y costumbres; tiene que hablar y comunicarse con su “marchante”, preguntar a cuánto está el kilo de ilusión y tocarla para ver si está madura. Tiene que caminar entre los colores de las

legumbres y oler las frutas, ver las carnes desangradas y regatear para poder alargar el sustento. Sin embargo, sus esfuerzos serán premiados con un pilón de lo que sea, regalo a su constancia, a la permanencia del antiguo modo de vivir.

Las reuniones alrededor del chocolate han desaparecido casi totalmente en la "aristocracia" citadina ya que por un lado, no hay tiempo y por otro, el colesterol y la gordura amenazan las nuevas ideas. Esta aromática dinámica ha sido sustituida por un café aguado y rápido que, en nada recuerda el pausado placer de "estar", se abandona el bordado, el compartir con la servidumbre, las familias ya no son tan numerosas y además sus encuentros son apresurados y forzosos puesto que el tiempo corre a tan alta velocidad que no se puede desperdiciar en vivir.

Es en el ambiente de las familias menos prósperas en donde se continua con las reuniones vespertinas. Ciertamente con el televisor encendido, pero el bordado o el simple hilvanado están presentes, al igual que la abuela, la tía, las cñaturas y alguna sirvienta, que ha accedido al rango de convertirse en consanguínea. Se concentran con fruición en los problemas de los protagonistas de las telenovelas y los comentan entre ellos, como antes se hablaba de los problemas de familiares o vecinos. Durante estas sesiones, la concurrencia se ve rodeada de los signos de prosperidad acorde con el ideal adquirido desde tiempo atrás, muebles Luis XV de aserrín aglomerado y terciopelos vinílicos, émulo de los pasados y admirados esplendores, reproducciones de obras señaladas por importantes y jamás contempladas (una copia de la Última Cena de Da Vinci en el comedor) y fotografías con marcos dorados en las que las imágenes dan, con su presencia, la solidez que la familia aspira tener: la boda de los papás, la primera comunión de las niñas y la graduación del hijo mayor. Son las nuevas formas de esos antiguos retratos al óleo que engalanaban los salones principales de las ilustres familias,

y que, como aquellas, muestran al mundo quiénes son esos individuos y por lo mismo lo que valen.²⁰³

La misma tendencia vemos en el teatro. Éste se ha refinado y también su público, dejando de ser el espectáculo de todos para ser el de unos cuantos, "los elegidos". El comportamiento se ha vuelto estricto, el público ya no habla, no comenta, y si alguien llora es a hurtadillas (mostrar los sentimientos abiertamente es de mal gusto). Los "clásicos" se han vuelto solemnes o ininteligibles, mientras más aburridos e inaccesibles sean para la audiencia más se precian de ser vanguardistas, se ha perdido la catársis, la comunión entre actores y espectadores, hay mucho miedo a la risa pues esta se considera banal y frívola. Se han olvidado de que Calderón, Lope y Shakespeare fueron autores populares, interesantes y graciosos. Ahora la carpa y el teatro de revista han venido a sustituir ése teatro interactivo y es, nuevamente el público de menores recursos el que accede a los espectáculos y conserva las antiguas dinámicas.

Hor día la élite se divierte en el ciberespacio, ha abandonado las calles y desconoce los placeres que le ofrece la ciudad. Ya no pasea ni siquiera en carro y los espacios que antes lo cobijaban, ahora sólo son utilizados por ella como una necesaria contrariedad para llegar al destino planeado. No obstante, estos espacios no permanecen en la soledad, sino que han sido aprehendidos por el resto de la población, incluso aquéllos que alguna vez le fueron vedados: las calles más elegantes del centro de la ciudad, el umbrío Chapultepec, los canales de Xochimilco, la Alameda. Actualmente cualquier árbol puede cobijar los besos de los novios, las fuentes servir de

²⁰³ Al respecto tiene una visión muy interesante Norbert Elias, quien además hace una defensa de la historia materia, dándole un enfoque sociológico. Norbert, Elias. *La sociedad cortesana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996 :87-88.

presurosa alberca para los niños de escasos recursos y las avenidas de los parques de solaz descanso para el albañil después de faenar.

En la ciudad de México se encuentran constantes que vienen desde siglos atrás y que constituyen la esencia y personalidad de la sociedad (la iglesia de San Hipólito se sigue llenando el día de San Judas Tadeo, los mercados se engalanan de cempasúchil en noviembre, se siguen vendiendo bengalas y letanías en Navidad y se comen condes, chilindrnas, tamales y pambazos). Sin embargo, lo interesante sería el observar, quiénes son los que continúan con estas costumbres, cuándo y quién las inició y por qué todavía permanecen vivas. Estas son las interrogantes que podrían dar pie a futuras e interesantes investigaciones sobre las ciudades mexicanas.

GLOSARIO

Batista- lienzo fino y delgado

Cabriolé- de cabriola, salto que dan las cabras y que forma una "s" en el aire. También son llamados así, los saltos de los caballos e incluso en el ballet clásico. En cuanto a los muebles, las patas en esta forma son las sinuosas y que asemejan tener una rodilla.

Caracolear- hacer que el caballo camine siguiendo la forma de un caracol.

Corsé- cotilla interior que usan las mujeres para ajustarse el torso.

Corveta- movimiento del caballo en el que se para en las patas traseras y tiene las delanteras en el aire.

Chupa- especie de chaleco que se usaba debajo de la casaca.

Escalfador- jarro de metal para calentar agua.

Figón- casa en donde se guisan y venden cosas ordinarias de comer.

Gragea- confites muy menudos y de colores varios.

Muceta- capa corta de tela que cubre espalda, hombros y pecho.

Tameme- cargador indígena.

Tianguis- mercado

Vitualla- conjunto de cosas necesarias para la comida.

BIBLIOGRAFIA

Archivo Histórico de la Ciudad de México. ACM. Ramos consultados:

Diversiones Públicas. Legajo 1. Expediente 5, 1791. Expediente 6, 1791. Expediente 9, 1792. Expediente 13, 1797.

Patronos y Santos Patronos. Legajo 1. Expediente 8, 1723. Expediente 9, 1731.

Ríos y Acequias. Legajo 2. Expediente 63, 1756. Expediente 69, 1762. Expediente 92, 1773. Expediente 93, 1774.

Convites y recepciones. Legajo 1. Expediente 1, 1775.

Baños y lavaderos. Legajo 1. Expediente 3621, 1794.

Paseos. Legajo 1. Expediente 3584, 1771.

Aguirre Beltrán, Gonzalo. La población negra de México. México, Fondo de Cultura Económica, 1984. 374p.

Alonso, Enrique. María Conesa. México, Océano, 1987. 171p. ilus.

Aries, Philippe, et al. Historia de la vida privada. El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII. Madrid, Taurus-Alfaguara, 1991. 421p. ilus.

Armella de Aspe, Virginia. Bordados y bordadores. México, Fernández Editores, 1992. 199p. ilus.

—————, *et al. La historia de México a través de la indumentaria.* México, Inbursa, 1988. 159p. ilus.

Artes de México. "Indumentaria mexicana". Primera época, año XIII. 1966.

Artes de México. "La Ciudad de México en el siglo XIX". Primera época, N° 53, XI. 1964.

Artes de México. "Virgenes de México". Primera época, N° 113, XV, 1968.

- Artes de México*. "La imagen de la música en México". Primera época, N° 148, XVIII. 1971.
- Artes de México*. "La pintura de castas". Nueva época, N° 8, 1990.
- Artes de México*. "Los palacios de la Nueva España. Sus tesoros interiores". Nueva época, N° 12, 1991.
- Artes de México*. "Centro Histórico de la Ciudad de México". Nueva época, invierno, 1993.
- Artes de México*. "El retrato novohispano". Nueva época, N° 25, 1994.
- Artes de México*. "Los espacios de la cocina mexicana". Edición especial N° 36, 1997.
- Benítez, Fernando*. *La Ciudad de México*. México, Salvat, 1982. Tomo II. ilustrado.
- Bloch, Marc*. *Introducción a la historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992. (breviario 64). 159p.
- Brokman Haro, Carlos*. *La cocina mexicana a través de los siglos*. México, Clío, 1996. 72p. ilustrado.
- Calderón de la Barca, Madame*. *La vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país*. México, Porrúa, 1990. (Sepan Cuántos... N°74). 426p.
- Calderón de la Barca, Don Pedro*. *Obras completas. Tomo II. Comedias*. Madrid, Aguilar, 1960. 2158p.
- Castillo Ledón, Luis*. *El Paseo de la Viga y de Santa Anita*. México, Cultura, 1925. 11p.
- Castelló Yturbide, Teresa, et al.* *Biombos mexicanos*. México, INAH, 1970. 171p. ilustrado.
- Carrillo Azpeitia, Rafael*. *El arte barroco en México*. México, Panorama, 1992. 162p.
- Carrillo y Gariel, Abelardo*. *El traje en la Nueva España*. México, INAH, 1959. 366p. ilustrado.
- Cintora, Pilar*. *Historia del calzado*. Zaragoza, Ediciones Aguaviva, 1988. 287p. ilustrado.

- Conti, Mila. *50 siglo de elegancia*. México, Novaro, 1966. 319p. ilus.
- Cooper, Donald. *Las epidemias en la ciudad de México. 1761- 1813*. México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1980. 263p.
- Cruz, Sor Juana de la. *Obras Completas*. México, Porrúa, 1969. (Sépan Cuántos...100).1107p.
- Cunnington, Willet. *The History of underclothes*. London, Faber and faber, 1981. 185p. ilus.
- Dalmau, R. *Historia del traje*. Barcelona, Jover, 1947. Tomo II. 515p. ilus.
- Dávalos, Marcela. *De basuras, inmundicias y movimiento, o de cómo se limpiaba la ciudad en el siglo XVIII*. México, Cienfuegos, 1989. 167p.
- Eliás, Norbert. *La sociedad cortesana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996. 403p.
- Estrada, Jesús. *Música y músicos en la época virreinal*. México, Sep- setentas Diana, 1973. (95). 164p.
- Fernández de Lizardí, José Joaquín. *El Periquillo Samiento*. México, UNAM, 1982. 2 tomos.
- Flores Hernández, Benjamín. *La ciudad y la fiesta. Tres siglos y medio de tauromaquia en México*. México, INAH, 1986. 146p.
- Flores Salir. Berta. *México visto por algunos de sus viajeros (siglo XVIII)*. México, Botas, 1966. 198p.
- Freixanet, Antonia. *La Guerra de Sucesión Española*. Madrid, Anaya, 1992. 119p.
- García Guiot, Silvano. "La temporada de toros en 1766" en *Divulgación histórica*. México, Helios, 1940. Tomo I. :167-178.

- García Sáiz, María Concepción. *Las castas mexicanas. Un género pictórico mexicano*. Milán, Olivetti, 1990. 253p. ilus.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar. *Historia de la educación en la época colonial*. México, El Colegio de México, 1990. 395p.
- et al. *Presencia y transparencia. La mujer en la historia de México*. México, El Colegio de México, 1992. 189p.
- González Casanova, Pablo. *La literatura perseguida en la crisis de la colonia*. México, Secretaría de Educación Pública, 1986. (Cien de México).174p.
- González Claveran, Virginia. "Un verano en el México de Revillagigedo 1791" en *Historia mexicana*. Volumen XXXVIII, N°2 octubre- diciembre 1988.:199-240.
- González Franco, Glorinela. "Casa de baños y Lavaderos en la Ciudad de México" en *Boletín de Monumentos Históricos*. Dirección de monumentos coloniales N° 1.:23-29.
- González Obregón, Luis. *México Viejo*. México, Alianza Editorial, 1992. 734p.
- Las calles de México*. México, Patria, 1992. 322p.
- González Polo, Ignacio. *El Palacio de los Condes de Santiago de Calimaya*. México, Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM, 1973. 101p.
- Gortari, Hira de. Et al. (compiladores). *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodológicas recientes*. México, Universidad Iberoamericana, 1997. 165p.
- Guarner, Enrique. *Historia del toreo en México*. México, Diana, 1979. 524p. ilus.
- Guerra, Ramón. *La Corte española del siglo XVIII*. Madrid, Anaya, 1991. 105p.
- Haring, Clarence. *Comercio y navegación entre España y las Indias*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984. 460p.
- Hartnoll, Phyllis. *The Theatre*. London, Thames and Hudson, 1981. 288p. ilus.

- Hernández Franyuli, Regina, et al. La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX.* México, Instituto Mora, 1994. 2 tomos.
- Humboldt, Alejandro de. Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España.* México, Porrúa, 1973. (Sepan Cuántos...39). 555p.
- Kumitzky, Horst y Bolívar Echeverría. Conversaciones sobre lo Barroco.* México, Universidad Autónoma de México, 1993. 87p.
- Ladd, Doris M. La nobleza mexicana en la época de la Independencia, 1780-1984.* México, Fondo de Cultura Económica, 1984. 353p.
- Laver, James. A concise history of costume.* London, Jarrold, 1969. 288p. ilustr.
- Leander, Birgitta. Herencia cultural del mundo náhuatl.* México, Sep-Setentas Diana, 1972. 286p.
- Leonard, Irving. La época barroca en el México colonial.* México, Fondo de Cultura Económica, 1976. 333p.
- Mac Gowan, Kenneth, et al. Las edades de oro del teatro.* México, Fondo de Cultura Económica, 1964. 347p.
- María y Campos, Teresa de y Teresa Castelló. Historia y arte de la seda en México. Siglos XVI-XX* México, Banamex, 1990. 178p. ilustr.
- Martin, Norman F. "La desnudez en la Nueva España del siglo XVIII" en Anuario de Estudios Americanos.* Tomo XXIX, 1972.:261-294.
- Martínez, Ma. De los Angeles. La ilustración en América (siglo XVIII). Pelucas y casacas en los trópicos.* México, Iberoamericana, 1990. 128p. ilustr.
- Martínez del Río, Marita. El Galeón de Acapulco.* México, INAH, 1988. 124p. ilustr.

- Maza, Francisco de la. "Estudio introductorio" en *Antonino y Anita o los Nuevos Misterios de México*. México, Artes de México, 1960. Edición facsimilar 155p.
- Moyssen, Xavier. "La Alameda de México en 1775" en *Boletín de Monumentos Históricos*. Dirección de monumentos coloniales N°2 (1979):47-57
- Novo, Salvador. *Cocina mexicana. Historia gastronómica de La Ciudad de México*. México, Porrúa, 1967. 361p.
- Olavarría y Ferrari, Enrique de. (prol. De Salvador Novo). *Reseña histórica del teatro en México*. México, Porrúa, 1961. 5 tomos.
- Pasquel, Leonardo. *La Alameda Central. Estampas de la Ciudad de México* México, Ciltlaltépetl, 1980. 138p.
- Ramos Smith, Maya. *La danza en México durante la época colonial* México, Alianza Editorial, 1990. 212p.
- *El actor en el siglo XVIII. Entre el Coliseo y el Principal*. México, Editorial Gaceta, 1994. 324p.
- Romero de Terreros, Manuel, et al. "Viaje de la Marquesa de las Amarillas" en *Anales del Museo Nacional de Arqueología*. México, Museo Nacional de Arqueología, 1913. 391p.
- *Una casa del Siglo XVIII en México*. México, UNAM, 1957. 84p.
- Rubio Mañé, José Ignacio. *El Virreinato*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992. 4 tomos. Ilus.
- Rubio y Rubio, Alfonso. *Los palacios de la Nueva España*. Monterrey, Gant, 1990. 129p.
- Sacristán, María Cristina. *Locura y disidencia en el México Ilustrado. 1760-1810*. México, Instituto Mora, 1994. 281p.

- Sánchez Hernández, Guillermina. *La Charrería en México*. Jalisco, INAH, 1993. 111p. ilustrado.
- Santiago Cruz, Francisco. *Las artes y los gremios en la Nueva España*. México, Jus, 1960. 141p.
- Sarrailh, Jean. *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. México, Fondo de Cultura Económica, 1981. 784p.
- Seidler, Ned. *El Arte de fumar*. México, Novaro, 1966. 132p.
- Sierra, Carlos J. *Historia de la navegación en la ciudad de México*. México, Departamento del Distrito Federal, 1974. Colección Popular, Ciudad de México 4. 93p.
- Sobrino, José Manuel. *La moneda mexicana. Su historia*. México, Banco de México, 1972. 331p ilustrado.
- Staples, Anne. "El abuso de las campanas en el siglo pasado" en *Historia Mexicana*. Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Volumen XXVII. Octubre-diciembre 1977.:177-194.
- Torres Quintero, Gregorio. *México hacia el fin del virreinato español*. México, CONACULTA, 1990. 162p.
- Toussaint, Manuel. *Paseos Coloniales*. México, Porrúa, 1983. 177p. ilustrado.
- Tovar de Teresa, Guillermo. *La Ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido*. México, Espejo de Obsidiana, 1990. 2 tomos. ilustrado.
- Trens, Manuel B. (compilador). "Los coches en la ciudad de México" en *Boletín del Archivo General de la Nación*. Secretaría de Gobernación. Tomo XXV num.4. Octubre-diciembre 1954.:537-587.
- Valverde, Salvador. *El mundo de la Zarzuela*. Madrid, Villanueva, 1979. 341p.

Vázquez, Josefina Z. *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano*. México, Nueva Imagen, 1992. 215p.

Vetancurt, Agustín de, et al. *La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780). Tres crónicas*. México, CONACULTA, 1990. 302p.

Viera, Juan de. *Breve y compendiosa narración de la ciudad de México*. México, Instituto Mora, 1992. 153p.

Villarreal, Hipólito. *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España*. México, CONACULTA, 1994. 363p.

Viqueira Albán, Juan Pedro. *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las Luces*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987. 302p.

Zabaleta, Juan de. *Un día de fiesta*. Madrid, Ediciones Castilla, 1948. 2 tomos.

INDICE DE LÁMINAS

- 1) *Plano Geométrico de la Imperial Noble y Leal Ciudad de México...* Sacado de orden del Señor Don Francisco Leandro de Viana, Conde de Tepa. Oydor que fue de la Real Audiencia de México y hoy del Consejo y Camara de Indias. por D. Ignacio de Castera, año de 1776... Tomado del libro *La Ciudad de México* de Fernando Benítez, T.II 160-161
- 2) *Salida en Público del Marqués de Croix*. Pintura del siglo XVIII que representa la Plaza Mayor de la Ciudad de México en tiempos del virrey de Croix. el original se encuentra en el Castillo de Chapultepec.
- 3) Cuadros de castas, este tipo de pintura tenía dos fines: primeramente para que los habitantes del virreinato pudieran reconocerse y en segunda instancia para que, en Europa (especialmente en España), se conocieran los tipos raciales además de las ropas, los frutos y las particularidades del Nuevo Mundo. Sin embargo, muchos de estos cuadros están idealizados o simplemente europeizados

Arriba De Español y Mestissa produce Castizo. El español que se ve en la pintura es de un nivel medio, posiblemente comerciante o incluso artesano, esto nos lo muestra la ropa que lleva puesta. ya que si bien cuenta con camisa y casaca, le falta la chupa y la chorrera. El que no traiga peluca sólo dice que estaba en casa, ya que muchos hombres descansaban la cabeza de los martirios de los lazos con que se sujetaban éstas. La mujer viste con blusa, pollera y cubre sus hombros con un hermoso rebozo. El hecho de

que traiga joyas no es un error del pintor ya que las perlas de río y las cuentas de azabache eran fáciles de adquirir para todos los medios de la población

Abajo De Mestiza e Indio produce Coiote Nuevamente vemos a una mujer mestiza con su indumentaria tradicional, la blusa con encaje y jareta y su falda o pollera. El indio viste una tilma de origen prehispánico pero tejida en telar español, es decir una prenda mestizada. Su corte de pelo es peculiar ya que tiene la coronilla tonsurada y le cuelgan, a cada lado de las orejas, dos guedejas de pelo; a causa de este tipo de peinado es que empezaron a llamar a los indios "pelados". Tomado de María Concepción García Sáiz *Las Castas Mexicanas* :113

4) *Izquierda De Español y Mulata : Morisca*. El español es de nivel medio, su ropa ya era anticuada para la época pues porta capa larga y chambergo, en cambio el pequeño niño viste a la moda, tiene camisa y casaca aunque de baja calidad. La mujer viste ropa mezclada (solía suceder esto) pues si bien usa pollera con brocado (totalmente europea y seguramente comprada en el Baratillo de segunda o tercera mano), en la parte superior porta un huipil sobre una camisa de encaje. La niña viste de mestiza. Es interesante ver los aguacates sobre la mesa, es decir que el pintor no sólo muestra los tipos raciales sino también un fruto netamente mexicano.

Derecha De Español y Albina; Toma atrás. Aquí vemos nuevamente a un español de capa larga y chambergo, la mujer viste de española. El ave y los chiles en la mesa son prototípicas de América. *Las Castas Mexicanas* :83.

5) *De Español e India nace Mestiza*. Aquí vemos a un español de nivel económico desahogado ya que viste con buena ropa, su chupa está bordada y la peluca es de buena calidad. La mujer viste la falda de enredo y el huipil propio de las indias, sin

embargo el rasgo mestizo son los encajes que se asoman por el cuello y las mangas. Su joyería de perlas y corales es muy propia de las indias. La niña viste de mestiza y lleva un bello rebozo *Las Castas Mexicanas.*, 91

- 6) *Retrato de la familia Fagoaga Arozqueta a los pies de la Virgen de Aranzazú.* Este es el retrato de Francisco Fagoaga Iragori y su esposa María Josefa Arozqueta y de las Heras Alcocer quienes ostentarían el título de marqueses del Apartado, su origen era vasco (el apellido Fagoaga y la pintura de la Virgen de Aranzazú nos lo subrayan) Fue una de las familias mexicanas más ricas de Nueva España en el siglo XVIII, posteriormente José María Fagoaga, nieto del matrimonio que aparece en el cuadro, apoyaría el movimiento de Independencia por lo cual sería desterrado. En esta pintura observamos el paradigma de la elegancia y riqueza de la gente de alcurnia de la capital novohispana: las mujeres visten vestidos de brocado con sobrefalda y mangas con grandes vueltas, por debajo asoma la camisa de batista con encajes de seda y sobre el peto del jubón hay joyas cosidas. La marquesa y sus hijas están peinadas con su propio cabello (que tiene tono gris gracias a los polvos de almidón) el cual se encuentra trenzado con joyas de piedras preciosas en forma de flores y broches. Dos de las hijas lucen lunares postizos en la sien llamados chiqueadores así como finos abanicos en las manos. Su joyería es extraordinaria. A su vez, los hombres llevan magníficas casacas de terciopelo con brocado, chorreras de encaje fino y pelucas polveadas impecables. Al pequeño niño de la derecha se le pueden apreciar las medias de seda con bordados de hilo de oro. Tomado de *Artes de México* "El retrato novohispano"..4.

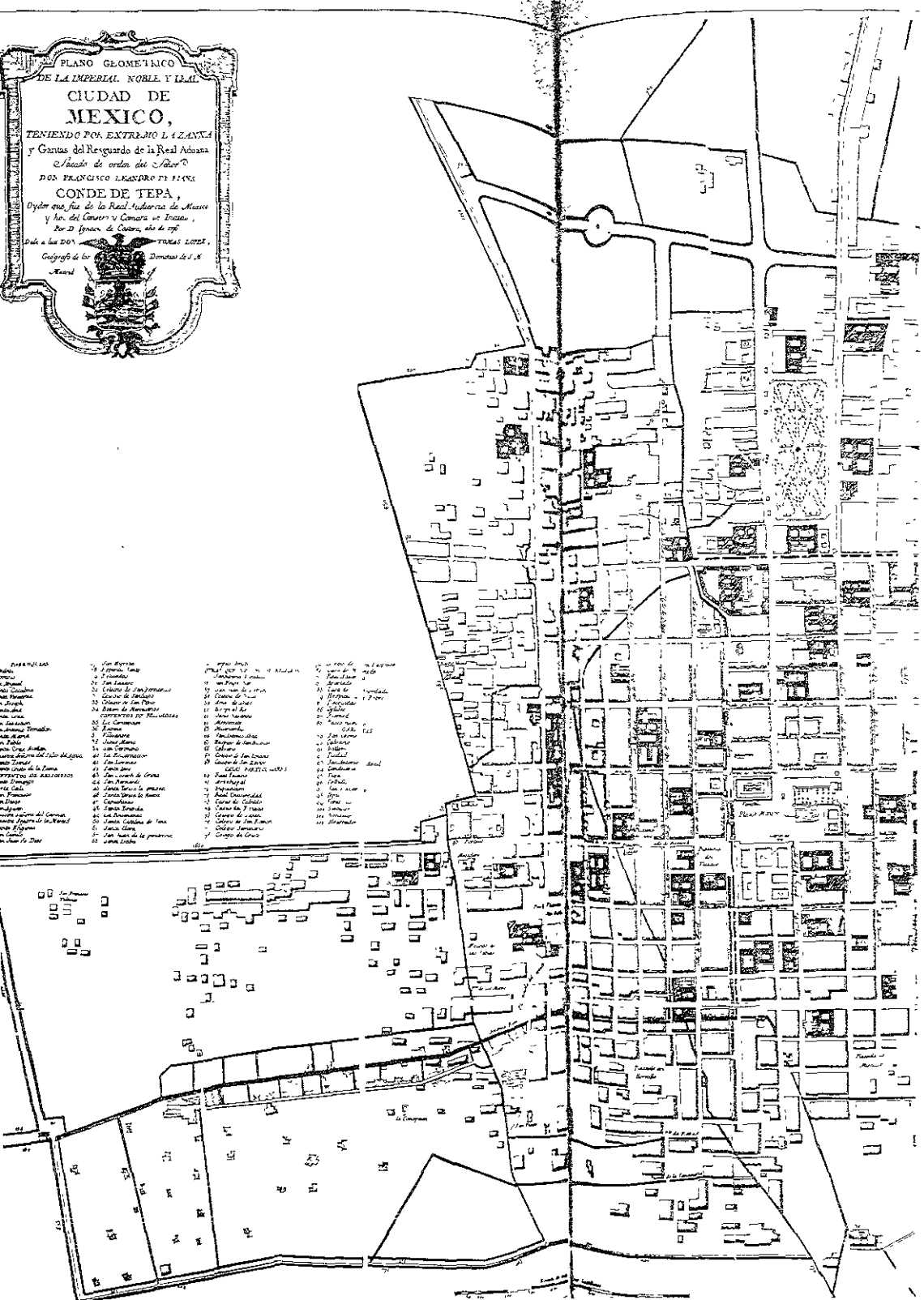
- 7) *Retrato de la Señora Doña Madalena de Villaurrutia y Osorio. Marquesa del Apartado.* En este retrato se aprecia el vestido de tres piezas. falda, jubón y vestido *volant* (que parece como capa). Para cubrir púdicamente el pecho, un sopiillo de encaje de Bruselas en forma de triángulo. Las mangas no llevan vuelta pero terminan también en fino encaje. De la cintura cuelgan dos relojes de oro con cadenas de plata. El pelo está polveado en color gris. Tomado de *Artes de México*. "El retrato novohispano". 22.
- 8) *La Alameda.* En esta lámina aparece la Alameda de la Ciudad de México antes de 1778. Al fondo se aprecia el convento de San Diego, a la derecha el acueducto de la Tlaxpana, y en primer plano la azotea del convento de Santa Isabel (el lugar lo ocupa hoy en día el Palacio de las Bellas Artes). El jardín aparece rodeado de un reja con cuatro entradas, una en cada esquina y una puerta principal a la izquierda frente al convento de Corpus Christi (hoy Avenida Juárez). Tomado de Guillermo Tovar de Teresa. *La Ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido..* 132.
- 9) *El Paseo de Bucareli.* Esta litografía pertenece al siglo XIX (la ropa nos lo muestra), sin embargo conservaba todavía la apariencia del siglo anterior. Tomado de *Artes de México*. "La Ciudad de México". s/p.
- 10) *La Garita de Belém.* Aquí es donde terminaba el Paseo de Bucareli y entroncaba con el acueducto de Chapultepec. La litografía pertenece al siglo XIX, pero conserva la forma del siglo anterior. Tomado de *Artes de México*. "La Ciudad de México". s/p.
- 11) *El Paseo de la Viga.* Aunque la litografía también es del siglo XIX, aparece con las mismas características del siglo XVIII, aunque en ese tiempo se llamó Paseo de Revillagigedo. Tomado de *Artes de México*. "La Ciudad de México" s/p.

12) *Las banderillas*. Toreros del siglo XVIII en el momento de poner los pinchos.

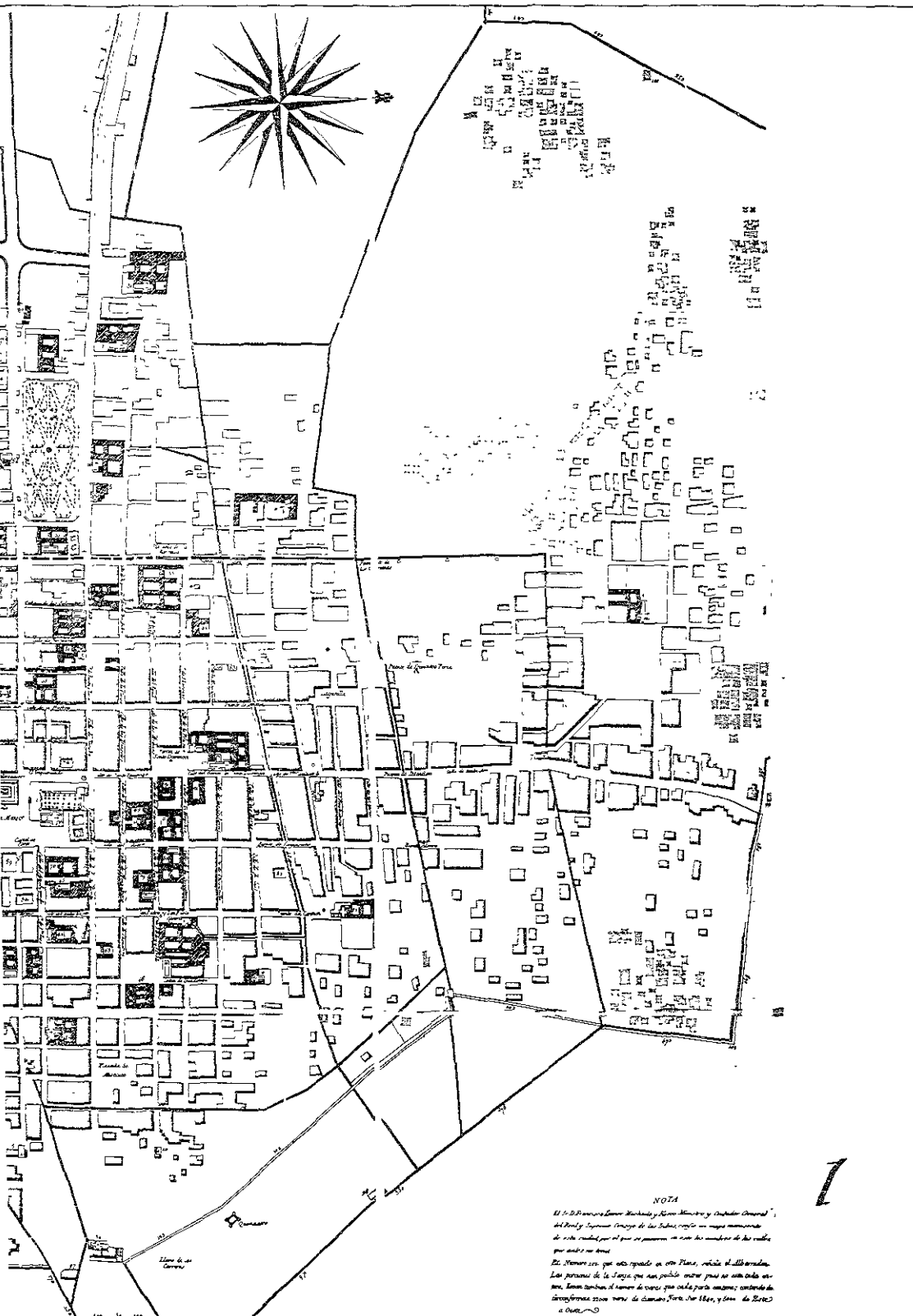
13) *La muerte*. Toreros del siglo XVIII en el momento de dar muerte al toro. Enrique

Guarner *Historia del toreo en México*. s/p.

PLANO GEOMETRICO
DE LA IMPERIAL, NOBLE Y LEAL
CIUDAD DE
MEXICO,
 TENIENDO POR EXTREMO LA ZANJA
 y Cantas del Resguardo de la Real Aduana
*Cantata de orden del Sr. D.
 DON FRANCISCO LEANDRO DE NEVADA*
CONDE DE TEPA,
*Oydon que fue de la Real Audiencia de Mexico
 y hoy del Consejo y Camera de Indias.*
Por D. Ignacio de Castro, año de 1791.
 Dada a los **DON** **TOMAS LOPEZ,**
 Geografo de los **Reinos de S. M.**
 Madrid

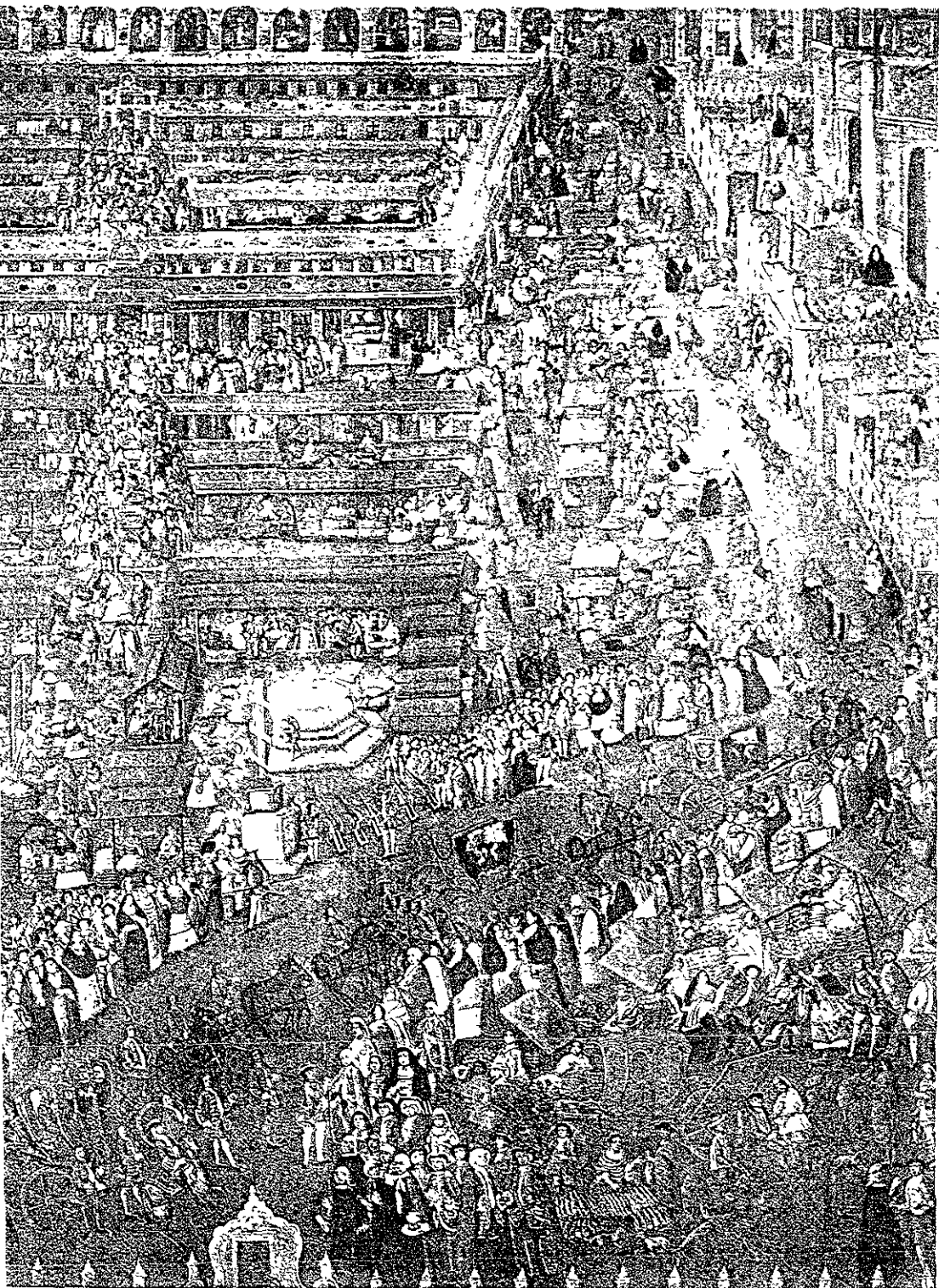
- | | | |
|--|--|--|
| <p>PARROQUIAS</p> <p>1 San Martin
 2 San Pedro
 3 San Juan
 4 San Sebastian
 5 San Francisco
 6 San Agustin
 7 San Blas
 8 San Marcos
 9 San Geronimo
 10 San Felipe
 11 San Mateo
 12 San Esteban
 13 San Juan de los Rios
 14 San Antonio
 15 San Pedro de San Juan
 16 San Juan de los Caballeros
 17 San Juan de los Baños
 18 San Juan de los Capules
 19 San Juan de los Baños
 20 San Juan de los Baños
 21 San Juan de los Baños
 22 San Juan de los Baños
 23 San Juan de los Baños
 24 San Juan de los Baños
 25 San Juan de los Baños
 26 San Juan de los Baños
 27 San Juan de los Baños
 28 San Juan de los Baños
 29 San Juan de los Baños
 30 San Juan de los Baños
 31 San Juan de los Baños
 32 San Juan de los Baños
 33 San Juan de los Baños
 34 San Juan de los Baños
 35 San Juan de los Baños
 36 San Juan de los Baños
 37 San Juan de los Baños
 38 San Juan de los Baños
 39 San Juan de los Baños
 40 San Juan de los Baños
 41 San Juan de los Baños
 42 San Juan de los Baños
 43 San Juan de los Baños
 44 San Juan de los Baños
 45 San Juan de los Baños
 46 San Juan de los Baños
 47 San Juan de los Baños
 48 San Juan de los Baños
 49 San Juan de los Baños
 50 San Juan de los Baños
 51 San Juan de los Baños
 52 San Juan de los Baños
 53 San Juan de los Baños
 54 San Juan de los Baños
 55 San Juan de los Baños
 56 San Juan de los Baños
 57 San Juan de los Baños
 58 San Juan de los Baños
 59 San Juan de los Baños
 60 San Juan de los Baños
 61 San Juan de los Baños
 62 San Juan de los Baños
 63 San Juan de los Baños
 64 San Juan de los Baños
 65 San Juan de los Baños
 66 San Juan de los Baños
 67 San Juan de los Baños
 68 San Juan de los Baños
 69 San Juan de los Baños
 70 San Juan de los Baños
 71 San Juan de los Baños
 72 San Juan de los Baños
 73 San Juan de los Baños
 74 San Juan de los Baños
 75 San Juan de los Baños
 76 San Juan de los Baños
 77 San Juan de los Baños
 78 San Juan de los Baños
 79 San Juan de los Baños
 80 San Juan de los Baños
 81 San Juan de los Baños
 82 San Juan de los Baños
 83 San Juan de los Baños
 84 San Juan de los Baños
 85 San Juan de los Baños
 86 San Juan de los Baños
 87 San Juan de los Baños
 88 San Juan de los Baños
 89 San Juan de los Baños
 90 San Juan de los Baños
 91 San Juan de los Baños
 92 San Juan de los Baños
 93 San Juan de los Baños
 94 San Juan de los Baños
 95 San Juan de los Baños
 96 San Juan de los Baños
 97 San Juan de los Baños
 98 San Juan de los Baños
 99 San Juan de los Baños
 100 San Juan de los Baños</p> | <p>CONVENCIONES DE LAS CALLES</p> <p>1 Calle de San Martin
 2 Calle de San Pedro
 3 Calle de San Juan
 4 Calle de San Sebastian
 5 Calle de San Francisco
 6 Calle de San Agustin
 7 Calle de San Blas
 8 Calle de San Marcos
 9 Calle de San Geronimo
 10 Calle de San Felipe
 11 Calle de San Mateo
 12 Calle de San Esteban
 13 Calle de San Juan de los Rios
 14 Calle de San Antonio
 15 Calle de San Pedro de San Juan
 16 Calle de San Juan de los Caballeros
 17 Calle de San Juan de los Baños
 18 Calle de San Juan de los Capules
 19 Calle de San Juan de los Baños
 20 Calle de San Juan de los Baños
 21 Calle de San Juan de los Baños
 22 Calle de San Juan de los Baños
 23 Calle de San Juan de los Baños
 24 Calle de San Juan de los Baños
 25 Calle de San Juan de los Baños
 26 Calle de San Juan de los Baños
 27 Calle de San Juan de los Baños
 28 Calle de San Juan de los Baños
 29 Calle de San Juan de los Baños
 30 Calle de San Juan de los Baños
 31 Calle de San Juan de los Baños
 32 Calle de San Juan de los Baños
 33 Calle de San Juan de los Baños
 34 Calle de San Juan de los Baños
 35 Calle de San Juan de los Baños
 36 Calle de San Juan de los Baños
 37 Calle de San Juan de los Baños
 38 Calle de San Juan de los Baños
 39 Calle de San Juan de los Baños
 40 Calle de San Juan de los Baños
 41 Calle de San Juan de los Baños
 42 Calle de San Juan de los Baños
 43 Calle de San Juan de los Baños
 44 Calle de San Juan de los Baños
 45 Calle de San Juan de los Baños
 46 Calle de San Juan de los Baños
 47 Calle de San Juan de los Baños
 48 Calle de San Juan de los Baños
 49 Calle de San Juan de los Baños
 50 Calle de San Juan de los Baños
 51 Calle de San Juan de los Baños
 52 Calle de San Juan de los Baños
 53 Calle de San Juan de los Baños
 54 Calle de San Juan de los Baños
 55 Calle de San Juan de los Baños
 56 Calle de San Juan de los Baños
 57 Calle de San Juan de los Baños
 58 Calle de San Juan de los Baños
 59 Calle de San Juan de los Baños
 60 Calle de San Juan de los Baños
 61 Calle de San Juan de los Baños
 62 Calle de San Juan de los Baños
 63 Calle de San Juan de los Baños
 64 Calle de San Juan de los Baños
 65 Calle de San Juan de los Baños
 66 Calle de San Juan de los Baños
 67 Calle de San Juan de los Baños
 68 Calle de San Juan de los Baños
 69 Calle de San Juan de los Baños
 70 Calle de San Juan de los Baños
 71 Calle de San Juan de los Baños
 72 Calle de San Juan de los Baños
 73 Calle de San Juan de los Baños
 74 Calle de San Juan de los Baños
 75 Calle de San Juan de los Baños
 76 Calle de San Juan de los Baños
 77 Calle de San Juan de los Baños
 78 Calle de San Juan de los Baños
 79 Calle de San Juan de los Baños
 80 Calle de San Juan de los Baños
 81 Calle de San Juan de los Baños
 82 Calle de San Juan de los Baños
 83 Calle de San Juan de los Baños
 84 Calle de San Juan de los Baños
 85 Calle de San Juan de los Baños
 86 Calle de San Juan de los Baños
 87 Calle de San Juan de los Baños
 88 Calle de San Juan de los Baños
 89 Calle de San Juan de los Baños
 90 Calle de San Juan de los Baños
 91 Calle de San Juan de los Baños
 92 Calle de San Juan de los Baños
 93 Calle de San Juan de los Baños
 94 Calle de San Juan de los Baños
 95 Calle de San Juan de los Baños
 96 Calle de San Juan de los Baños
 97 Calle de San Juan de los Baños
 98 Calle de San Juan de los Baños
 99 Calle de San Juan de los Baños
 100 Calle de San Juan de los Baños</p> | <p>OTROS PUNTOS</p> <p>1 Plaza de San Martin
 2 Plaza de San Pedro
 3 Plaza de San Juan
 4 Plaza de San Sebastian
 5 Plaza de San Francisco
 6 Plaza de San Agustin
 7 Plaza de San Blas
 8 Plaza de San Marcos
 9 Plaza de San Geronimo
 10 Plaza de San Felipe
 11 Plaza de San Mateo
 12 Plaza de San Esteban
 13 Plaza de San Juan de los Rios
 14 Plaza de San Antonio
 15 Plaza de San Pedro de San Juan
 16 Plaza de San Juan de los Caballeros
 17 Plaza de San Juan de los Baños
 18 Plaza de San Juan de los Capules
 19 Plaza de San Juan de los Baños
 20 Plaza de San Juan de los Baños
 21 Plaza de San Juan de los Baños
 22 Plaza de San Juan de los Baños
 23 Plaza de San Juan de los Baños
 24 Plaza de San Juan de los Baños
 25 Plaza de San Juan de los Baños
 26 Plaza de San Juan de los Baños
 27 Plaza de San Juan de los Baños
 28 Plaza de San Juan de los Baños
 29 Plaza de San Juan de los Baños
 30 Plaza de San Juan de los Baños
 31 Plaza de San Juan de los Baños
 32 Plaza de San Juan de los Baños
 33 Plaza de San Juan de los Baños
 34 Plaza de San Juan de los Baños
 35 Plaza de San Juan de los Baños
 36 Plaza de San Juan de los Baños
 37 Plaza de San Juan de los Baños
 38 Plaza de San Juan de los Baños
 39 Plaza de San Juan de los Baños
 40 Plaza de San Juan de los Baños
 41 Plaza de San Juan de los Baños
 42 Plaza de San Juan de los Baños
 43 Plaza de San Juan de los Baños
 44 Plaza de San Juan de los Baños
 45 Plaza de San Juan de los Baños
 46 Plaza de San Juan de los Baños
 47 Plaza de San Juan de los Baños
 48 Plaza de San Juan de los Baños
 49 Plaza de San Juan de los Baños
 50 Plaza de San Juan de los Baños
 51 Plaza de San Juan de los Baños
 52 Plaza de San Juan de los Baños
 53 Plaza de San Juan de los Baños
 54 Plaza de San Juan de los Baños
 55 Plaza de San Juan de los Baños
 56 Plaza de San Juan de los Baños
 57 Plaza de San Juan de los Baños
 58 Plaza de San Juan de los Baños
 59 Plaza de San Juan de los Baños
 60 Plaza de San Juan de los Baños
 61 Plaza de San Juan de los Baños
 62 Plaza de San Juan de los Baños
 63 Plaza de San Juan de los Baños
 64 Plaza de San Juan de los Baños
 65 Plaza de San Juan de los Baños
 66 Plaza de San Juan de los Baños
 67 Plaza de San Juan de los Baños
 68 Plaza de San Juan de los Baños
 69 Plaza de San Juan de los Baños
 70 Plaza de San Juan de los Baños
 71 Plaza de San Juan de los Baños
 72 Plaza de San Juan de los Baños
 73 Plaza de San Juan de los Baños
 74 Plaza de San Juan de los Baños
 75 Plaza de San Juan de los Baños
 76 Plaza de San Juan de los Baños
 77 Plaza de San Juan de los Baños
 78 Plaza de San Juan de los Baños
 79 Plaza de San Juan de los Baños
 80 Plaza de San Juan de los Baños
 81 Plaza de San Juan de los Baños
 82 Plaza de San Juan de los Baños
 83 Plaza de San Juan de los Baños
 84 Plaza de San Juan de los Baños
 85 Plaza de San Juan de los Baños
 86 Plaza de San Juan de los Baños
 87 Plaza de San Juan de los Baños
 88 Plaza de San Juan de los Baños
 89 Plaza de San Juan de los Baños
 90 Plaza de San Juan de los Baños
 91 Plaza de San Juan de los Baños
 92 Plaza de San Juan de los Baños
 93 Plaza de San Juan de los Baños
 94 Plaza de San Juan de los Baños
 95 Plaza de San Juan de los Baños
 96 Plaza de San Juan de los Baños
 97 Plaza de San Juan de los Baños
 98 Plaza de San Juan de los Baños
 99 Plaza de San Juan de los Baños
 100 Plaza de San Juan de los Baños</p> |
|--|--|--|



NOTA

El Plan de la Ciudad de México, obra de don Juan de Ovando y Ovando, es el resultado de un trabajo que se hizo en el año de 1563, y que se publicó en el año de 1577, por el Sr. D. Juan de Ovando y Ovando, con el título de "Plan de la Ciudad de México".

Los nombres de las calles que se ven en este plan, son los que se usaban en el año de 1577, y no los que se usan ahora. Los nombres de las calles que se ven en este plan, son los que se usaban en el año de 1577, y no los que se usan ahora. Los nombres de las calles que se ven en este plan, son los que se usaban en el año de 1577, y no los que se usan ahora.



De Español y Mulata, Morisca



De Español y Albina, Torina atrás

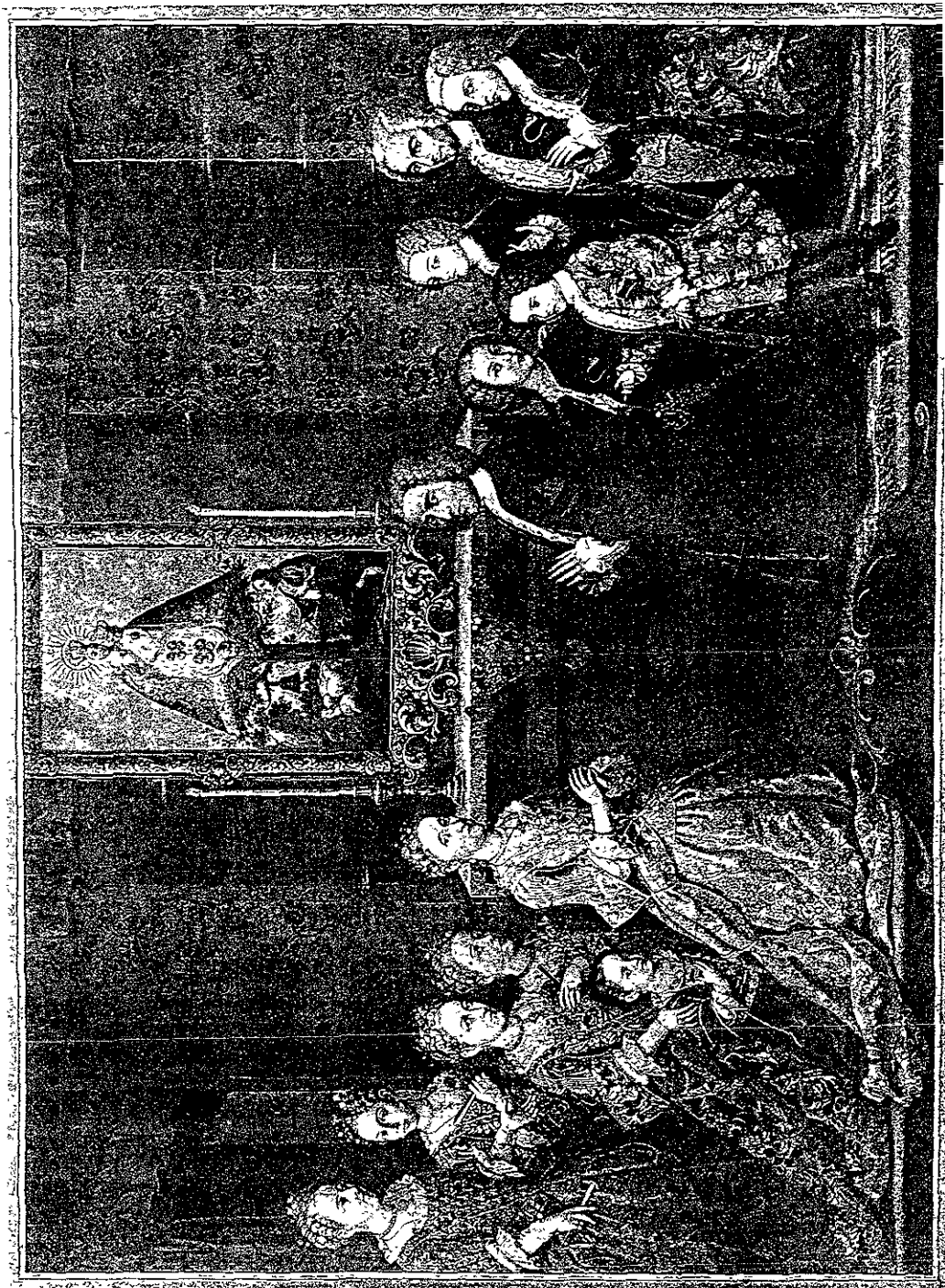






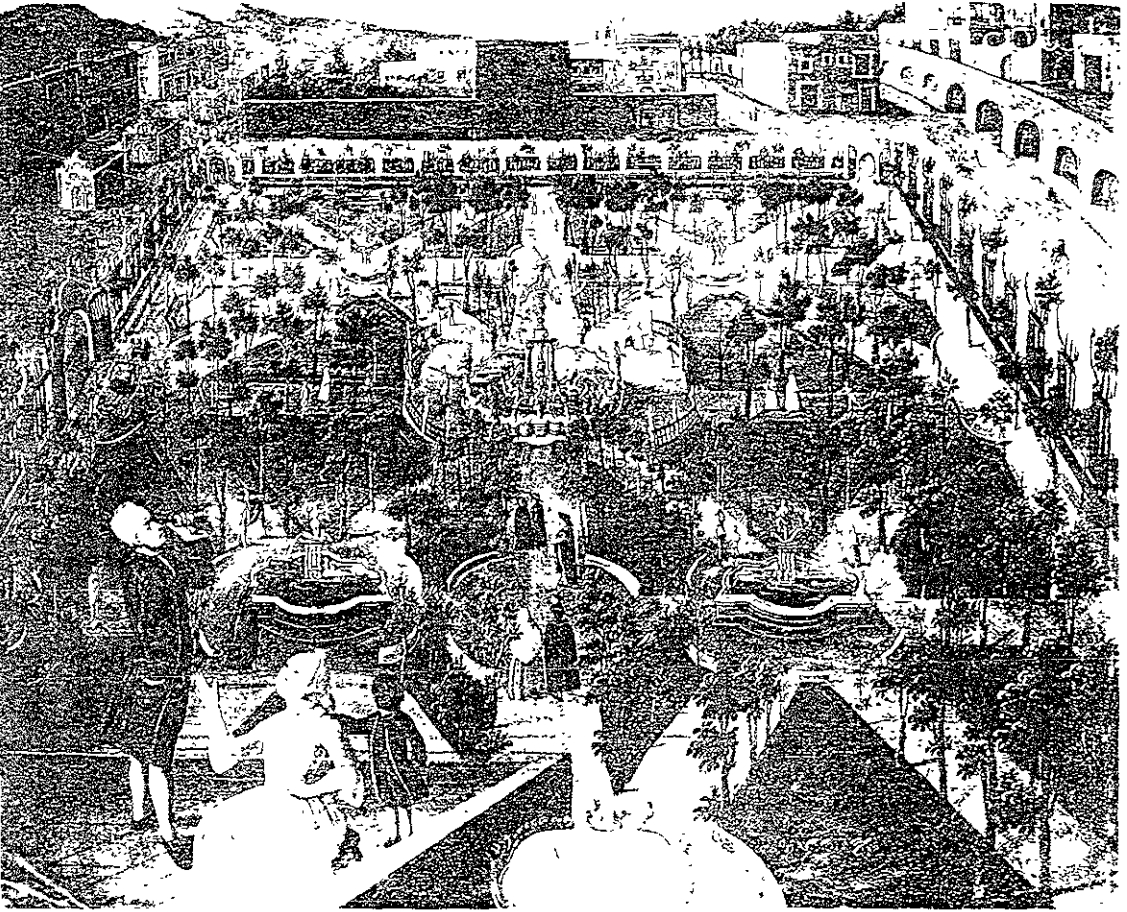
De España y de las Indias

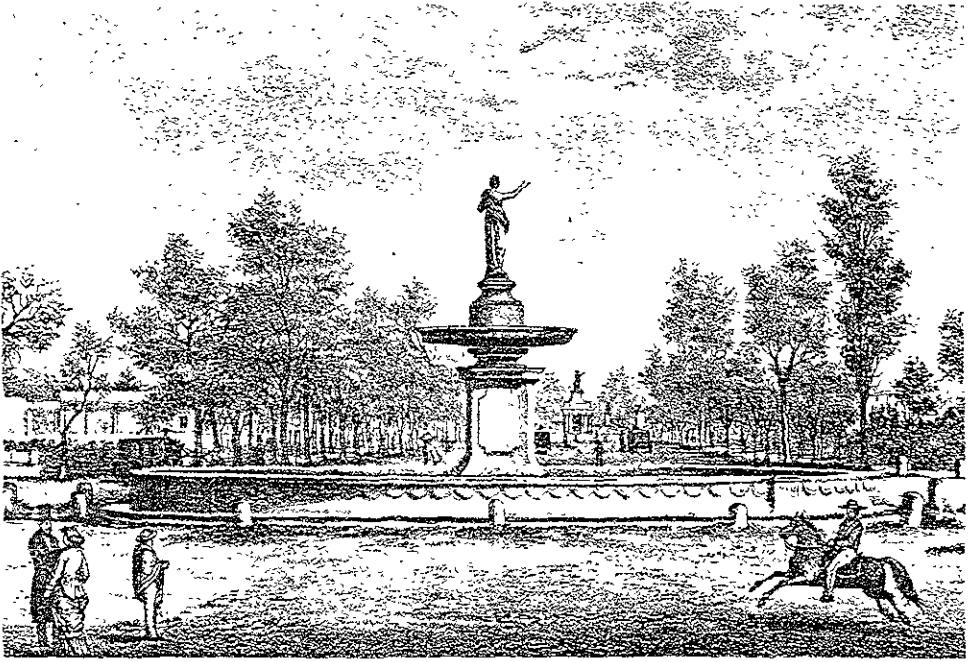
Conflicto que se ha iniciado de
España, México y India y que
seguirá en América y Europa
se sigue por los minutos.





Retrato
de la Señora Doña Ma-
dalena de Villavieja, y
Ocasio, Marquesa del Apart-
tado

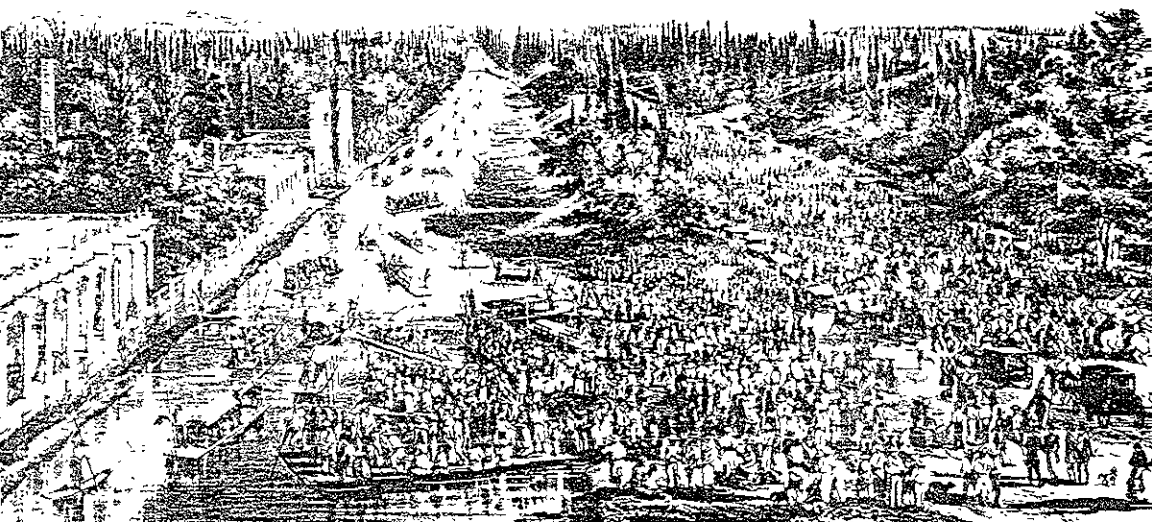




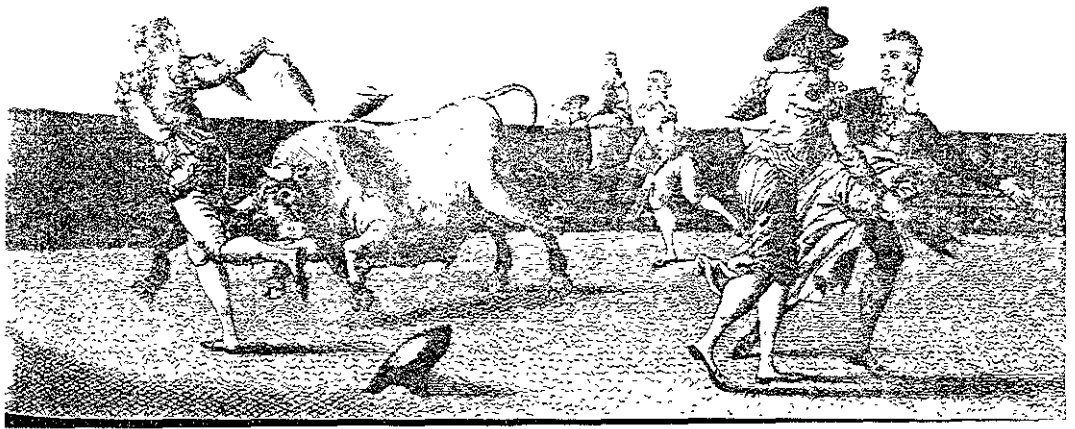
Fuente de Bucareli. Litografía de Murguía

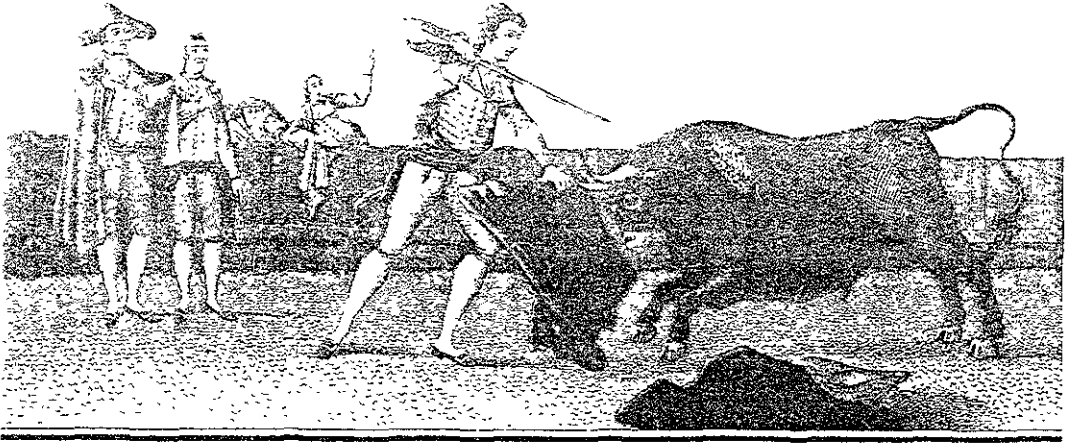


La Garita de Belém. Litografía



El Pasco de la Viga





INDICE

INTRODUCCION

La Muy Noble y Leal e Imperial Ciudad de México - - - - -	-9
Una Mañana de Mercado - - - - -	-20
La Hora del Chocolate - - - - -	- 38
Un Billeto para el Teatro - - - - -	- 57
Esparcimiento y Regocijo - - - - -	-83
Tarde de Toros - - - - -	- 107
Conclusiones - - - - -	- 121
Glosario - - - - -	- 133
Bibliografía - - - - -	- 134
Indice de láminas- - - - -	- 142